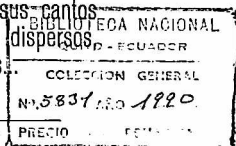


LUZ ELISA BORJA MARTINEZ

La bella durmiente
musita sus cantos
ocultos, dispersos
perdidos



Nueva obra postuma

Palabras liminares

por

L. A. Borja



ARTES GRAFICAS SENEFELDER-GUAYAQUIL

DERECHOS RESERVADOS

Palabras liminares

Rompe el silencio el ritmo lejano; brotan claveles a través de la noche; *la bella durmiente musita sus cantos ocultos, dispersos, perdidos...*

Fué en un mes de julio, el 10 de julio de 1927, cuando Luz Elisa Borja Martínez, a los veintitrés años de edad, traspasó el confín de su corta vida e ingresó en los dominios eternos.

En el cementerio de Riobamba, su cuna, yérguese un mausoleo dedicado a su memoria y reposan allí sus humanos despojos.

Diluyéronse pronto los días de su existencia, proyectando, en cambio, un reguero de luz que recorre el espacio, viaja hacia los tiempos futuros y pregona la valía de su nombre, el recuerdo de sus dones y el prodigio de su numen.

Cuando creíase que el primer libro de la poetisa—"Cofre romántico"—guardaba todo el producto de su pluma, aparecen numerosos versos inéditos, suficientes para formar un nuevo tomo unidos a sus prosas también desconocidas.

Pero después de ocho años de su muerte y seis desde la impresión de su antedicha obra póstuma, es difícil, por no calificar de imposible, la tarea de recoger los renglones dispersos y olvidados y perdidos, porque nuestro ambiente es frígido, hostil, desapacible, y no hay aliciente en realizar una empresa intelectual; se echa más tierra encima de una fosa; se marchitan las flores sin que haya quien las reemplace con otras frescas; se apagan intencionalmente las antorchas que iluminan y embellecen el mundo, buscando las tinieblas destructoras...

En este momento de soledad y abandono, en la lejanía de las horas que se disipan, nos es grato, gratísimo reabrir un legajo de papeles desordenados y confusos, emanados de la cantora juvenil, recién salida de la adolescencia y entrada en la pubertad, que yace, no obstante, en la tumba silenciosa desposada con el supremo descanso, y cuyos labios, al imán de un conjuro, se despiertan y se animan, musitando levemente las estrofas remotas y desparramadas que no se estamparon cuando era crisálida y se posaba en el cáliz de las rosas, inebriada con el almíbar de los parques y jardines de su tierra idolatrada.

Y a esas huellas diáfanas del pasado vamos a infundirles el soplo vital, juntando en el sitio respectivo los preciosos

ingredientes; dándoles un aspecto de conjunto armónico en medio del laberinto universal; y, por fin, haciendo que se editen en un nuevo volumen, el cual circulará enalteciendo las letras nacionales y el prestigio de la prominente hija del suelo chimboracense.

Consta de cuatro secciones: composiciones inéditas en el número de ciento dos; en seguida, cincuenta i un poesías reimprimadas; luego, la prosa no publicada hasta hoy; y, por último, un apéndice con las esquemas biográficas, literarias y artísticas sobre la autora.

Las producciones están de propósito entreveradas dentro de cada agrupación, conforme son los minutos amargos y tristes, risueños y felices, profanos y místicos que se suceden entre sí, señalando la ruta incierta de cada existencia.

* * *

Y era en una noche de luna, serena y misteriosa. Después de haber cabalgado durante seis horas consecutivas, viniendo desde la apartada dehesa a la ciudad de Riobamba, antes de encaminarnos a nuestra residencia se nos ocurrió visitar el panteón.

Y fuimos allá. Sonaban las doce en el reloj de una torre. Las puertas del lúgubre recinto estaban cerradas. Un fuerte candado enlazaba las pesadas armellas.

Sabiendo que la muralla era baja y deficiente al lado de atrás, dirigimos al cansado corcel hacia el costado accesible, y colocándolo a modo de pedestal, sobre él subimos y escalamos la tapia, atundo el ronzal lo mejor posible para sujetar a la noble bestia y encontrarla en el mismo sitio a nuestro regreso.

Saltamos sobre una loma de arena y comenzamos a hollar el suelo sagrado, sin profanarlo, respetuosamente, ya que nuestro deseo era tan sólo sentir las palpitaciones de nuestro ser entre el supremo aniquilamiento, la excelsa inmovilidad, en donde todo se consume y acaba e iremos también nosotros, muy presto, llegado el turno, a reposar.

Admirando el silencio y la calma, recorrimos callejones de álamos y zaucos, delante de hileras de bóvedas repletas de antiguos y nuevos cadáveres, vestigios de algunas épocas y generaciones.

Pero al cruzar un sendero, ya internados en el centro de la lóbrega mansión, brotó como un hálito secreto del fondo de un escultural mausoleo, obligándonos a suspender el paso y fijar en él nuestra atención.

¿Qué vimos entonces? ¿Fué espejismo, sueño o alucinación? No nos proponemos definir. Lo cierto es que el busto marmóreo que se destacaba encima de la base y bajo el cielo del monumento, principió a moverse, incorporándose despacio, adquiriendo los contornos de una blanca silueta de mujer, vaporosa y tenue, cuyos labios se entreabrieron, silabeando:

—¡Deteneos! ¿No me reconoces? Soy ella: la que, según tú escribiste en el prólogo de mi libro inicial, “nació, cantó, murió”...

—¿Tú, Luz Elisa? ¡Ah, sí! La misma. Cuéntame algo...

—Al penetrar en el valle de la muerte, comprendí la sinrazón, la ignorancia, la pobreza, la inconsciencia humanas. ¿Por qué lloré tanto creyéndome infortunada? ¿Por qué advertí desigualdades ilusorias, categorías sociales y relaciones de varios matices? Porque vosotros—¡oh insignificantes criaturas!—vivís engañados; vuestras leyes son ilógicas y absurdas; vuestros prejuicios parecen montañas gigantescas; vuestro miedo y egoísmo han labrado la desgracia general...

—¿Cómo?

—Formando una sociedad caprichosa y falsa que vacila y se abisma de su propio sino, y que no tiene fundamento alguno, no perdura un segundo más sobre el límite de la vida. Ved aquí la igualdad absoluta. Igual es el polvo de las tumbas. Sin embargo, éstas son diferentes porque son obra de los que sobrevivieron unos cuantos días. Hay bóvedas y mausoleos, catafalcos, piedras lapidarias, cruces, fosas y—¡oh sarcasmo!—la arcilla, la escoria, el residuo de nuestros cuerpos ¡es idéntico!

—Verdad.

—Canté en mis versos al amor, al dolor, al placer, a las lágrimas, al ensueño... a todo lo terreno y palpable; estrujé mi corazón; analicé el mundo, rodeándole de música y guirnaldas empero de su pequeñez... ¡pequeñez la nuestra, que no alcanza a deslindar la universal grandeza! Y abismada en el arte, anhelante de sol, belleza y ternura, crucé como un meteoro las pocas horas del humano vivir, legando a mis congéneres un rastro de armonía, un acento de esperanza y una brizna de resplandor, algo inmateral y sublime regado por la superficie fría, tosca y cruel de un planeta habitado e ignorado, perdido en el espacio de la nada...

—Tu misión fué cumplida: de la lira pulsaste el dulce arpegio; del piano encontraste la clave sonora; en el lienzo tus manos combinaron los colores y fijaron las figuras; y en el barro y en el yeso esculpiste el alma de las cosas...

—Estuvo en mí. No forcé la inclinación; no violenté mi destino. Amé el arte en todos sus aspectos. No pude ser rebuscada ni encubridora. No disimulé la pena ni el regocijo. Se deslizó mi pensamiento cual el agua de un arroyo, natural y libremente, hasta confundirse en el caudal del océano. Y apuré de un sólo trago los cortos años de mi vida, presintiendo su fin prematuro y rimando su arribo, con vehemencia y consagración, laborando como aveja, sin cesar, en la red de mis delirios, en el laberinto de mis devaneos, aprovechando presurosa del tiempo que se me iba despiadado, antes que la Parca se aproxime con su guadaña cegadora. Salí del nido; respiré la brisa de la mañana; expiré al crepúsculo, en un sólo sol, una aurora, un ocaso...

—¡Tu soledad te perlió, encantadora artista! Una alma compañera necesitaban tus melancolías...

—Bien lo has dicho, nocturno viajero... Una alma gemela de la mía, un enamorado sensible y dúctil, un bardo que vibre conmigo al mismo compás, eso necesitaba. Y eso, fatalmente, no hallé. Niesfactible conseguir tanta ventura. Por doquiera revolotearon los espíritus groseros y prosaicos. Y en lo áspero, como es lo usual, se tendieron mis alas, sacrificué mi quimera, y dejé de cantar y solo supe llorar. Y mejor fué morirme.

—¡Qué historia tan sutil y triste y que se repite con frecuencia!...

—A nadie acuso de mi suerte. Sumida en lo insondable de un abismo, perpleja ante la crudeza del destino, mi pecho ensanchó la amargura... y consideré profundo a lo nimio, complicado a lo simple, y mi estro se tornó pródigo y entoné las endechas a la injusticia de vuestro valle de lágrimas; clamé a los poetas, a los bohemios hermanos míos, y les supliqué que depositaran unas lágrimas, unas flores sobre mi huesa...

También nosotros, en aquel momento, nos sentimos poetas y visionarios, vohemios noctámbulos y empedernidos, y juzgándonos aludidos en el ruego de Luz Elisa, arrancamos impacientes unas rosas cercanas, depositándolas a sus plantas, ungidos de un fuego ardiente e insólita emoción...

Pero cuando levantamos la vista para seguir contemplándola, había desaparecido, desvaneciéndose el embeleso, y en su lugar sólo se erguía, alumbrado por la luna ya macilenta, el busto marmóreo que engalana e ilustra su mausoleo.

Regresamos sobre nuestros pasos; atravesamos nuevamente las hileras uniformes de bóvedas; tropezamos en algu-

nas cruces y marchitas coronas; trepamos ágilmente el muro y descendimos cautelosos, para que el corcel no se espante, fuera del cementerio; luego, pudimos recobrar la brida y la montura, y ya jinetes otra vez, nos dirigimos, al toque de las dos de la mañana que sonaba en el vetusto reloj de la torre de San Felipe, hacia nuestra morada, en el centro de la ciudad.

* * *

No es indispensable que se nazca bajo el mismo techo.

Hay hermanos buenos y malos; el fraternal afecto debe ser recíproco, como el antagonismo lo es también.

Y se da el caso que en la propia cuna se mecen seres afines en su origen que más tarde se desligan y acometen, habiendo heredado diferentes instintos y sentimientos, complejos recónditos del ancestro, aunque, en apariencia, se asemejen y confundan.

Y en diversos regazos pueden haberse recostado dos cabezas que, a la postre, piensan con ideas uniformes; dos corazones que palpiten al unísono y se atraigan, disminuyendo el espacio que al principio les separó.

Así como hay ejemplares humanos que propenden a la ruina de sus inmediatos parientes, con una sed destructora de odio y venganza, remontando la imaginación a lo pasado y desprendiendo del tenebroso ayer las actuales consecuencias, y anhelando saciar en los inocentes las pasiones ignotas y pretéritas, ofuscados por la ira y desesperación que les circunda y que ellos han encendido con sus manos.

En este mare magnum de problemas multiformes, Luz Elisa fué para nosotros la hermana delicada y santa: ella mereció que se la estime y se la ame...

No supo odiar.

Su bondad innata, su dulzura ingénita, la hicieron mística y sublime.

Repetiremos con el vulgo, fué tan perfecta que no era para la tierra; en las nubes, en el espacio, en el recuerdo, estuvo su elemento, hacia allá voló.

Las leyendas religiosas, los pasajes bíblicos, la nostalgia del colegio, el amor presentido, la dicha voluble, el sollozo reprimido, la queja tierna, el cariño filial, la oración devota, la alabanza pró liga, el campo, la ausencia, las flores... ¡ah, las flores! llenaron y ocuparon todos los instantes de su preciosa vida.

PALABRAS LIMINARES

Y en plena lozanía, cuando prometía derramar a raudales los productos del arte y de la literatura, estando el fruto en estado de sazón, llegó el instante fatal, frecuentemente previsto en sus versos, y sucumbió al peso inclemente de su destino.

Falleció la inspirada y suave alondra del Chimborazo, cuyas alas podían haberla encumbrado a la cima de las más altas cumbres; y su suelo, desde entonces, siente un vacío irreparable; desapareció el canario de su jaula, que está desolada y silenciosa...

El día en que ella expiró nosotros desgraciadamente estuvimos lejos, y, por tal causa, no la acompañamos en sus postreros momentos de existir y camino del campo santo.

La suerte no nos fué propicia; pero, a la distancia del lugar y del tiempo, hemos querido interponer el coraje de un propósito eminente, contribuyendo en la publicación de sus obras, aproximándonos a su tumba y colocando, reverentes y contritos, un ramo de rosas a sus plantas...

L. A. BORJA.

"La Primavera", Alausí, 31 de Agosto de 1935.



La bella durmiente...

A lo lejos se escucha de Chopín el acento
en una alborada de sentida armonía,
cuyas notas divinas en el alma penetran
como arrullos de aves al ocaso del día.

Una amante pareja se encamina muy quedo,
en sus rostros se pinta la ternura de amor,
y al oído se dicen ardorosas promesas
y parece que en ellos no existiera el dolor.

Surgen nubes doradas y sendales flotantes
a la hora solemne de emoción vespertina;
crúzase Febo en desmayo esparciendo matices
y se aduerme en su lecho de enlutada cortina.

La gran culpa

—Señor cura, señor cura,
yo no sé como empezar:
tengo una culpa tan dura
que no la puedo acusar.

—No te exaltes, hija mía,
dila luego, sin recelo,
encomiéndate a María,
quien te mira desde el cielo.

—¡Virgen madre, sin mancha,
tú conoces mi pesar;
tú que hicisteme de arcilla,
ten piedad de mi penar!

—¿Has orado ya, hija mía?
ten valor de tu pecado...
¿Has hurtado alguna cosa
o tal vez has blasfemado?

—Padre, no; nunca mi mano
se enredó en esa diablura,
ni mi labio ha pronunciado
jamás tamaña lisura.

—¿Has pecado contra el cielo,
contra el prójimo tal vez?
dime, hija, sin recelo,
con ingenua sencillez.

¿Te hallarás, pícara niña,
algún tanto enamorada?
¿no será, di, esta la causa
de que estés tan angustiada?

—Padre mío, mi pecado,
es del todo original,
me ha legado mil congojas
y es la causa de mi mal...

—Me confundes, hija mía,
tus palabras son extrañas
y tus frases insondables
como abismo de alimañas.

—Si mi pecho abrir pudiese,
como en mármol esculpida,
mirarais, oh buen padre,
de esta culpa la honda herida.

—¿Qué te hiere, qué te aqueja?
dime en nombre de Jesús.
Este enigma ya despeja.
Cuéntame ¿cuál es tu cruz?

—Cual la rosa que en el prado,
por un hálito divino
sobre el tallo que cimbreo,
abrió el cáliz purpurino.

Como el tierno pajarillo
que en el prado cuchichea,
sin notar que el blando albergue
con el viento valancea.

Así yo, confesor mío,
como el pájaro en el nido,
cual la rosa en la pradera,
inconsciente yo he nacido.

Porque Dios lo dispusiera
con su fiat grande y fecundo...
¡y esta es mi horrenda culpa!...
¡la de haber venido al mundo!...

—¿Qué ésta es tu horrenda culpa?
¡ja, ja, ja, risa me has dado!...
¡ja, ja, ja! ¡qué horrenda culpa!
¡ja, ja, ja! ¡qué gran pecado!

Hija mía, esta tu culpa
no requiere contrición,
y por esto, *ego te absolvo*
y con todo el corazón.

Recuerda estas palabras, buena niña,
que aliviarán el peso de tu alma:
has de saber que en este triste suelo
no se encuentran a un tiempo dicha y calma.

Que siempre hay una espina punzadora
que la existencia sangra del mortal;
porque la vida es un desierto triste
donde tenemos de tristeza el mal.

La vida es padecer, lucha constante;
llevamos una cruz pesada y dura;
no desmayemos en la gran batalla;
¡sigamos la jornada con bravura!

Toques de la gracia

A veces hay en el alma
una efusión de piedad,
que parece enardecida
en amor y caridad.

Gana nos da de rezar,
de ir a los pies del Señor,
dándonos golpes de pecho,
de contrición y dolor.

Que se nos sale parece
el corazón por la boca,
y ansiamos ir a un convento
en busca de hábito y toca.

Y correr al hospital
a curar a un desvalido,
porque ante Dios estas obras
grande mérito han tenido.

Somos de cubrir capaces
con nuestra ropa decente
los andrajos y miseria
del pordiosero indigente.

Rezamos por los difuntos
pidiéndole a Dios clemencia,
y el áncora recorrimos
buscando alguna indulgencia.

Y si por la calle vamos
con la vista junto al suelo,
meditando en la ventura
que se alcanza, yendo al cielo.

Pues entonces de la tierra
conocemos la bajeza,
y vemos que todo es humo
placeres, lujo y grandeza.

Son los toques de la gracia
estos deseos piadosos,
que nos incitan al bien
y nos hacen fervorosos.

Dios desde su augusto trono
gracias está derramando,
y éstas en el corazón
de todo hombre van tocando

Por esto, nunca jamás
a la gracia resistamos;
antes con este ropaje
nuestra alma siempre cubramos.

¡Oh, estrella!

Madre mía del Socorro,
reina de cielo y tierra,
bendigo tu dulce nombre
que todo lo bello encierra.

A esta mi joven lira
te lo suplico ¡oh María!
la bendigas y la llenes
de animación y armonía.

Ojalá, madre querida,
con toda mi alma y anhelo
elevara mis canciones
hasta tu trono del cielo.

¡Oh, estrella matutinal
virgen madre del Señor,
cuando pulse yo mi lira
dadme fe, luces y amor.

Conserva siempre mi pecho
exento de duda y pena,
para ensalzar tus bondades,
pura y cándida azucena.

De mi vida en el transcurso
dirige, madre, mis pasos
a fin de alejarme siempre
de los efímeros lazos.

De tentación y peligro
librame, virgen piadosa;
hazme humilde y obediente,
compasiva y fervorosa.

También bendice ¡oh María!
a mis padres con ternura;
consérvalos largos años
felices y sin tortura.

Escucha ¡oh virgen! mis ruegos
por tu pura concepción,
y por el amor inmenso
del Sagrado Corazón.



Plegaria

Generoso Rabí de las piedades,
devuélveme el amor que me quitaste
una tarde de invierno oscura y fría,
cuando mi corazón en primavera
tenía la frescura inmaculada
de una blanca azucena perfumada.

Tú lo sabes, Señor, cuanto lo amaba...
en sus ojos miraba alucinada
florecer el rosal de mi esperanza;
en ellos como en cofre secretero
ocultaba mis gratas ambiciones;
eran ellos cristales venecianos
que copiaban mis íntimos afanes.

¿Acaso te ofendieron mis desvelos?
¿o quizá de mi amor tuviste celos,
que una tarde de invierno, oscura y fría,
marchitando el jardín de mis ensueños
deshojaste el rosal del alma mía?

Bien lo sabes, Señor, lo que he sufrido,
mis insomnios, mi pena, mi tortura;
las lágrimas que a solas he vertido
sobre el pañuelo de la noche oscura.

Hoy que llega el invierno
más helado que nunca,
salmodiando angustiado
la canción del dolor...
¡Rabí de las piedades,
calma mis ansiedades,
devuélveme mi amor!

Seré como las aves...

Seré como una estrella en el sendero:
blanca, pura, esplendente y pasajera;
seré como las aves melodiosas
que cantan en la hermosa primavera.

Haré del corazón azul fontana,
donde beban anciosas mi ternura
las almas que sedientas de esperanza
mendigan por el mundo sin ventura.

¿Quién sabel

Me has escrito una carta ingenuamente
cariñosa, sencilla y lisonjera,
do aparecen culpables las miradas
que sin malicia alguna yo te diera.

No han tenido jamás mis tristes ojos
el sortilegio de encender pasiones;
pero es verdad que a veces se comprenden
y laten con amor los corazones.

Tan pura como el agua cristalina
me describes tu amante confesión...
¿será lo que en tus frases dices?
¡interrógalo bien al corazón!

Pueda ser que tan sólo sea un sueño,
una loca quimera juvenil,
¡una ilusión que transitoria pase
como las auras en el mes de abril!

Unos ojos

Ví en sueños unos ojos adorables
que me miraban con ferviente anhelo:
unos ojos azules y expresivos,
dulces y puros como el albo cielo.

Habían sido tus ojos, amor mío,
que mi alma en su delirio presentía,
pues al siguiente día
te encontré en mi camino sonriente
y ví en tu faz los adorables ojos
que en sueños yo veía.

El campo

Cuando la aurora a despuntar empieza
por detrás de la enhiesta serranía,
sonriente aparece como un niño
con túnica de luz vestido el día.

Y despierta natura alborozada
salmodiando el poema de la vida,
que elabora sin fin polen fecundo
y palpita doquier estremecida.

Forman coro las aves con sus trinos,
que semejan mil notas arpeggiadas
que sutiles penetran en el alma
cual divinas saetas afiladas.

Inquieta por el peso de la ubre,
la vaca muge por su tierna cría,
a quien anhela relamer ansiosa
y regalar su néctar de ambrosía.

La mujer del labriego se levanta
a soplar los rezagos de la brasa;
ella vive conforme en su pobreza
y es la esclava y señora de su casa.

El diligente labrador va al campo
a cultivar la tierra laborioso:
es su escudo el trabajo y su bandera,
y por él lucha, ufano y sudoroso.

¡Oh la paz de los campos! ¡Oh la calma
de esa vida sencilla y deliciosa
sin vana emulación y sin rencores,
do vive el hombre como un ángel bueno
entre brisas, arroyos, flores y aves!

Mi gato negro

Tiene los ojos mi gato negro
glaucos y lindos cual esmeraldas;
como fontanas de primavera,
lucen serenos durante el día;
pero en la noche tétrica, oscura,
tórnanse en ascuas fosforescentes,
son dos luceros, dos joyas vivas
en fino estuche de terciopelo.

Es una esfinge mi gato negro...
Cuando juntando patas y manos
siéntase inmóvil sobre la alfombra,
yo me imagino con gran tristeza
que de otros mundos por él vividos
cruzan recuerdos por su cabeza.

Siempre que escribo, hila mis sueños
con suave arrullo. Él a mi lado
acuso intenta saber mis ansias
y sinsabores,
pues fijamente me mira inquieto
como anhelando curar la herida
de mis dolores.

Mientras yo duermo vela mi sueño
con tierno afán;
al despertarme miro encantada
mi gato negro junto a la almohada
como un guardián.

Cuando se infiltra por la vidriera
el tibio enjambre de un arrebol,
persigue vuelos de mariposa
y desmenuza rayos de sol.

Siempre que amante le brindo halagos,
me corresponde con su ternura,
hunde en mi pecho sus uñas mansas,
cual si intentase con gran locura
cazar de mi alma las esperanzas.

No, en vano intentas, travieso gato,
robarme astuto bella ilusión;
como las aves que tú persigues
en la locura de tus erranzas,
son tan ingratas mis esperanzas...
¡y siempre emigran del corazón!

Suspiros

¿Por qué cuando mi mente se extasia
en contemplar bellísimas quimeras,
suspirando despierto del letargo
por esas ilusiones postrimeras?

¿Por qué cuando las lágrimas descienden
cual dos raudales quemando la pupila,
sumergida en un piélago de pena,
suspirando mi pecho se aniquila?

¿Por qué cuando recuerdo que muy lejos
está de mí el ser que me electriza,
le envío mil suspiros de ternura
en las ligeras alas de la brisa?

Suspiros melancólicos y tristes
desprendidos del ánfora del alma,
como lluvia de rosas diluida
en un edén de soñadora calma.

Y al recordar que huyeron ya veloces
las apacibles horas de mi vida,
suspiro con dolor y ese suspiro
abre en mi corazón mortal herida.

Dulces suspiros, sois el cauce santo
por do fluye la negra tempestad
que al mortal atormenta con espanto
cuando palpa la horrible realidad.

El corazón que opreso en sus dolores
exhala su congoja en un suspiro,
siente reverdecir las yertas flores
de su existencia, en espontáneo giro.

El anciano

Como tenue fantasma que ha surgido
del polvo de los años carcomido,
con el cabello cano
y la frente rugosa y pensativa,
mirando las tristezas de la vida...
un venerable anciano,
apoyado en un joven vigoroso,
se encamina cansado y perezoso
por un denso arenal;
y al repasar las cuentas de un rosario,
repite, consultando a su breviario,
lébrame Dios del mal;
y sigue, sigue por la triste senda
hasta llegar al solitario templo
en donde ofrece la sentida ofrenda
de un carey de piadosas oraciones;
y después de hacer mil genuflexiones,
vuelve la vista al cielo
y queda como estático embebido
en religioso divinal consuelo.

Mayo

Mayo precioso, mayo hechicero,
mes de las flores, mes de María,
llegas triunfante con tu cortejo
de flolescencias y de alegría.

Bordan los prados su vestidura
en arabescos de mil colores,
vierten las aves dulce armonía,
cantan a coro los surtidores.

Vuela la brisa por los jardines
y abre su enjambre de mariposas,
y enamoradas, besan las rosas,
besan los lirios y los jazmines.

Tú, el bueno

Buen Jesús, por tu pasión
ten piedad de mis dolores...
¡cura tú los sinsabores
de mi triste corazón!

¡Tú que hollaste los zarzales
del erial de la existencia,
recogiendo en tus panales
del pesar la amarga esencial

Quimeras

Un éxtasis de amor, dulce y divino,
baña las fibras de mi pecho amante
como tenue rocío cristalino
que embriaga el cáliz de jazmín fragante.

Siento la emanación de una caricia
plena de amor sobre mi blanca frente,
y del furtivo beso en la delicia,
forja delirios de pasión mi mente.

El pensil solitario de mi vida
se ha poblado de trinos y de flores;
ritma la alondra de ilusión querida
a la dicha sin par de los amores.

¡Oh! ¡qué grata es la tierna venturanza
de tornar realidad una quimera,
que alimenta y conforta a la esperanza
con su aliento vital de primavera!

Yo soñaba en dos astros milagrosos
que vertían fulgor en mi camino:
esos astros son hoy los amorosos
ojos que alumbran mi feliz destino.

Las pupilas ardientes de mi dueño,
que al mirarme con luz acariciante,
las formas inspiran del ensueño
en el fuego de mi alma palpitante.

El porvenir que me inquietaba tanto,
señalóme un sendero en la existencia;
iré por él con amoroso encanto,
vertiendo en mis estrofas rica esencia.

Anhelo que al partir hacia el olvido
quede tras mí una huella luminosa:
por esto aspiro a que mi amante nido
sea un oasis de color de rosa.

Infortunio

Desde tu cruz caíste en el sombrío,
tenebroso oleaje de la muerte;
tu cálida belleza quedó inerte
como una flor vencida por el frío.
Y la corriente te arrastró, bien mío.
Ávida, te arrastró; no torné a verte,
que te hundiste... te hundiste hasta perderte
en el silencio del oscuro río.
Y odié la vida en la ribera sola,
bajo un cielo infinitamente triste,
como los hielos huérfanos del polo.
¡Madre, grité! ¿por qué me abandonaste?
Era tuya la vida que me diste:
¿por qué en un beso no te la llevaste?...

Las golondrinas

Envidio a las golondrinas
que ufanas revolotean
y adunando sus piquitos
en son dulce cuchichean.

Con semblante melancólico
extasiada las contemplo,
su guarida es la techumbre,
el cielo su hermoso templo.

Cuán ajenas me parecen
de todo lo que es sufrir:
no hacen sino en el espacio
bajar y después subir.

¡Oh, tiernas aves, acaso
no veis que todo es quimera,
que poco dura la dicha,
que pasa la primavera!

Mas, pobrecitas, gozad,
que no tenéis otra vida,
ahogad el llanto en la tierra,
seguid la ilusión querida.

El imán de la danza

Miradla, cual artista que enajena,
cómo dobla su mórvida cintura,
y en graciosa girante curvatura
baila una jota de efusiones llena.

Con aire mágico la sin par morena
da vueltas el proscenio con presteza,
y alzando el leve pie con ligereza,
tres golpes dando, prosigue más serena.

El mantón de Manila que llevaba,
su blanco traje con áurea pedrería
y la gracia gentil con que bailaba,
transformaron a la dulce amiga mía
en una bailarina que encantaba
al público que ufano la aplaudía...

Soledad

Cuando en la grata soledad sumida
medito en los arcanos de la vida
y veo deslizarse en rauda vuelo
las bellas ilusiones de mi anhelo,
en mi alma surge el singular deseo
de perseguir amante la quimera
que por el cielo del ensueño cruza
como flotante nube pasajera...

Las locas ambiciones de mi pecho
invaden a mi ardiente fantasía
y soy capaz de aprisionar al astro
que da esplendor y claridad al día...

Todo canta en la vida el dulce hosanna
que renueva sin tregua la existencia;
la bella flor transfórmase en esencia
y en manso riachuelo la fontana.

El árbol que en el huerto balancea
sacude la hojarasca del ramaje
y al llegar la vistosa primavera
engalana de flores su follaje.

Renovación... Renovación pregona
el fecundante germen milagroso
que como savia inagotable corre
hasta en el duro pedregal rocoso.

¡Cómo se ensancha el corazón de gozo
al sentir que germina bendecida
en nuestro ser la esencia prodigiosa
que da a otro ser animación y vida!

¡Bendito el seno que fecundo crea
al tierno fruto del amor ferviente,
cual un lirio lozano y pulpitante
con cuerpo y alma y corazón que siente!

De hinojos

Vos, entre mil escogida,
de luceros coronada;
vos, de escollos preservada
en los mares de la vida;
vos, radiante de hermosura,
¡virgen pura!
de toda virtud modelo,
flor trasplantada del suelo
para brillar en la altura;
vos, la sola sin mancha
de Adán en la prole insana,
y a cuya voz soberana
dobla el ángel la rodilla;
vencedora del delito
que al proscrito
querub quebrasteis la frente;
y cuyo nombre potente
es en los cielos bendito;
vos que ocupáis regio asiento
en la patria eterna y santa
y tenéis de vuestra planta
por alfombra el firmamento...
volved, señora, los ojos
sin enojos
a esta mujer solitaria
que os dirige su plegaria
de su destierro entre abrojos.
En tempestuoso océano
mi bajel camina incierto,
sin que un fanal en el puerto
lo encienda piadosa mano;
entre escollos gira roto
sin piloto
y sin brújula ni vela...
que a merced, deshecha, vuela
del vendaval o del noto.

Vos, en la noche sombría,
 pura luz, celeste faro,
 de los débiles amparo,
 de los tristes alegría..
 mirad mi senda enlutada
 ¡madre amada!
 mi juventud sin consuelo,
 débil planta a los rigores
 de ardiente sol marchitada.
 Campo estéril, seco arroyo,
 donde no juegan las brisas,
 mi infancia no tuvo risas
 ni mi vejez tendrá apoyo.
 Noche triste cual ninguna
 y sin luna
 fué la noche tormentosa
 que vine al mundo llorosa.
 ¡La orfandad meció mi cuna!
 En torno miro... No existe
 ni patria ni hogar querido...
 ¡Soy el pájaro sin nido!
 ¡Soy del olmo hiedra triste!
 Cada sostén de mi vida
 desvalida
 fué por el rayo tronchado,
 y débil caña ha quedado
 de aquilones combatida.
 Extranjera en este mundo,
 no comprendo su alegría,
 ni él penetra, madre mía,
 en este abismo profundo...
 Este abismo de dolores
 que con flores
 disfraza tal vez la suerte;
 volcán que encierra la muerte
 coronado de verdores.
 Seres hay en este suelo
 que enigmas son de amargura,
 ni el cielo les da ventura
 ni el mundo les da consuelo.

¿Para qué fueron lanzados,
desgraciados,
estos seres
entre risas y placeres
a padecer condenados?
Mas los misterios venero
que comprender no consigo,
y a vos ¡oh virgen! os digo:
yo sufro, ruego y espero.

Tú, el humano

Jesús, qué pena siento
al verte escarnecido,
tu divino rostro
tan triste y abatido.

Sin compasión pendiente
en ese cruel madero,
absorbes el acíbar
¡oh místico cordero!

Ya rásgase del templo
el gigantesco manto,
y se alzan tus palabras
cual moribundo canto.

El astro rey potente
encubre sus fulgores,
y cúbrese de duelo
llorando tus dolores.

Las piedras no resisten
a tan voraz tormento,
y lloran cielo y tierra
con hondo sentimiento.

¡Perdona, Jesús mío,
soy yo quien te ha ofendido
y tan cruelmente ha puesto
tu corazón herido!

¡Jesús, por tus dolores,
consuélame si acoso
el sol de mi existencia
tuviera triste ocasol

Dulce es llorar

Dulce es llorar cuando afligida el alma
no encuentra alivio en su dolor profundo;
son las lágrimas jugo misterioso
por do fluyen las penas en el mundo.

Lágrimas hay que nacen de contento
y otras que brotan al peso del dolor;
dulce es llorar también emocionada
cuando está enfermo el corazón de amor.

A través de la distancia

Ni la distancia con su horrible valla
de ti me alejará con fiera mano,
porque es sutil mi pensamiento ufano
y atravesando atajos y malesas
hasta ti llegará, padre querido,
a contarte de mi alma las tristezas.

Cuando las aves en celeste coro
lanzan sus quejas a la tenue brisa,
invocando tu nombre llora Elisa;
y de sus lágrimas la azorada esencia
sube a los cielos; cual incienso vuela
bendiciendo mil veces tu existencia.

Esos tus ojos de color de cielo
me recuerda el azul del firmamento;
ellos destierran de mi alma el sufrimiento;
plácidos me sonríen; yo los miro
y en la efusión de mi delirio ardiente
les envío mi amor en un suspiro.

En vano el hado impío con su saña
me ha alejado de ti con tiranía,
porque te nombra, te evoca el alma mía
con sereno embeleso enternecida:
¡me es imposible vivir sin tu recuerdo
puesto que formas la vida de mi vida!

Un cuarto viejo

¡Oh Apolo! yo quisiera
me inspiraras un cantar
en tus pujos y tus bascas,
y así pueda descifrar
hediondeces y basuras
de este cuarto singular,
con todas sus quebraduras
y objetos de murmurar.

Cuarto que es un laberinto
en que todo se confunde;
lo que se busca no se halla
porque el diablo lo refunde.

El corazón se me ofusca
y me asalta la tristeza;
cuando me hallo en ese cuarto
me carga hasta la pereza.

Y los bostezos se escapan
como lluvia de mi boca,
y de un tris no tiro piedras
y me vuelvo media loca.

Cuarto que me causas risa,
yo no sé como llamarte,
porque este nombre de cuarto
no puede muy bien cuadrarte.

No mereces que te llame
con nombre tan racional,
¿cómo te diré, pues, cuarto,
más pareces de animal.

Siempre estás revoloteado,
en ti no hay más que basura;
tan sólo tumbados viejos
son tu adorno y coladura.

Y todos tus trastecillos
el tango bailando están:
un calzón con una bata,
una leva y un fustán.

Mostrándonos sus colmillos
con su zuela desclavada,
un botín se está riendo
de un colchón y de una almohada.

Junto con las vasinillas
andan rodando las ollas;
las medias de las chiquillas
con las papas y cebollas.

Cuando la vista al tumbado
alzamos para mirar,
mejor que por telescopio
vemos los astros brillar.

En sus paredes hay clavos,
hay soguillas en estacas:
allí se cuelgan los nabos
chales, pañuelos, casacas.

En mi vida nunca he visto
cuarto más desarreglado,
tan horrible, tan funesto,
cuarto más desbarajado.

Julietta

Julietta, tu nombre hermoso
cuán grato en mi vida suena;
es tu nombre tan precioso
que hasta en los cielos resuena.

¡Oh morenal chiquitita
de ojos vivos, cristalinos,
sí, mi linda Julietita,
son como diamantes finos;
porque eres tan chiquitita
y en especial tan sabida,
por esto, mi Julietita,
te quiero como a la vida.

María Elena

María Elena preciosa,
de incomparable hermosura,
eres cual cándida rosa
que brinda aroma y frescura.

Cuando tus ojitos miran,
hasta los cielos se admiran;
María Elena del alma,
las duras rocas suspiran;
cuando sonrías tu boca,
de gracias y encantos mil,
la tierra se vuelve loca
porque tu risa es gentil.

Tres amigas

María, Rosa y Anita
son mis amigas queridas,
de las cuales me he propuesto
besquejar aquí sus vidas.

Puedo decir que María
es un ángel de bondad,
casi siempre se halla seria,
ríe por casualidad;
Rosita por el contrario
vive tan sólo riendo,
saca la lengua, hace gestos
por todos los lados viendo.

¿Y qué diré yo de Anita?...
 ¡Que es una linda morena!
 y de sus compañeritas
 hace huir lejos la pena;
 es muy alegre y traviesa
 y de carácter vivaz;
 se porta con sus amigas
 afable, atenta y sagaz.
 De estas pequeñas estrofas
 he formado un lindo ramo
 para mis tres amiguitas
 en prueba de que las amo.

Anita

En esta vida negra y sombría
 todo es tristeza, desilusión;
 donde se piensa encontrar dicha,
 se hallan torrentes de decepción.
 Querida Anita, tú no conoces
 aún ni la sombra del sufrimiento,
 en tu alma virgen moran risueñas
 las esperanzas con el contento;
 ojalá, amiga, ninguna espina
 punce iracunda sobre tu pecho,
 y que las flores de tu existencia
 no se marchiten por el despecho;
 vive tranquila, gozando alegre
 junto a tus padres en el hogar,
 y mientras ellos sean felices
 tú no tienes porqué llorar;
 recibe, Anita, estas estrofas,
 que son nacidas del corazón:
 perdona, amiga, que yo no tenga
 alta y sublime inspiración.

La mariposa y la flor

Una frágil mariposa
 recorriendo presurosa
 iba un mágico pensil
 circundado de verdura,

en el cual con galanura
se ostentaban flores mil,
y sin detener el vuelo
con ardoroso desvelo
daba un beso a cada flor,
mientras ellas sonreían
y perfume despedían
ya soñando con su amor...
La voluble mariposa
notó lejos una rosa
y acercóse a ella luego,
y olvidando su inconstancia
aspiraba la fragancia
de sus pétalos de fuego.

¡Cuántos seres en la vida,
emprendiendo su partida,
recorren de flor en flor,
y cual esa mariposa
encuentran alguna rosa
y depositan su amor!

Fantasia

Hay en el prado un sitio muy ameno
do se respira ambiente encantador,
y entre zarzales de retama y heno
soñando viven la dicha y el amor.

Allí se sana el corazón enfermo,
allí vislumbra un rayo en lontananza,
se rompe del sufrir el duro yermo
y frente a frente se mira la esperanza.

Y de entusiasmo el corazón se inflama
cuando contemplo la gentil floresta,
y en la blanca cuna de mullida grama
duerme tranquila la ardorosa siesta.

Y en las aulas que ofrece la enramada
mil pájaros entonan dulcemente
una canción bellísima y amada,
que nos hace soñar alegremente.

Allí, bajo de un zaus, se olvida al paso
la tristeza letal que al hombre hostiga
y su dolor sepulta en el ocaso,
do muere el sol con luz descolorida.

Si los recuerdos de la edad primera
acuden en tropel a la memoria,
no hay ventura mayor que la pradera
descorra ese velo de la historia.

Y si azoradas con este pensamiento
nos sorprende la aurora en desvarío,
veremos el hermoso firmamento
y la tierra cuajada de rocío...

Filial

Existe un ser creado por el cielo
para endulzar la triste vida mía,
un ser al cual con plácida alegría
dedico mis afectos con anhelo.

Son tus hermosos ojos mi consuelo
y son ellos el numen que me inspira,
y por verlos alegres ¡ay, delira
mi labio ardiente suplicando al cielo!

Y siendo él mi bella inspiración,
sus pesares me causan un martirio,
por ser del pecho suyo mi latido.

Ese ser que es mi única ilusión,
ese ser a quien amo con delirio,
ese ser, es mi padre tan querido.

Desencanto

Palpé la realidad, triste me encuentro:
pasaron ya las horas de mi infancia
y la aromada flor de mis ensueños
rodó al abismo perdiendo su fragancia.

Esas horas de encanto en que soñaba
que la vida era un mágico palacio,
y en cada estrella titilar veía
una ilusión perdida en el espacio.

Cuando insensata entonces yo corría
tras de algún espejismo lisonjero,
como acontece en el desierto airado
con el sediento y lánguido viajero.

Más al fin, prosiguiendo mi camino,
ha cesado mi loco desvarío:
se hundió el palacio, cayeron las estrellas,
se abrió a mis plantas un sepulcro frío.

Amor, destino y mujer

Es la existencia un jardín
y nuestro pecho un botón;
lentamente abre sus pétalos
el rosal del corazón;
como astuta mariposa,
nos asalta la ilusión
que poquito a poco crece
y conviértese en amor.

El amor que nos seduce
cual jarlinero del alma,
por él nace la esperanza
y el mortal pierde la calma.

El destino traicionero,
auscultador de ilusiones,
como un ladrón nos persigue
y enlaza los corazones.

Marchamos luego triunfantes
a coronar nuestro amor
al pie de altar floreciente,
henchida el alma de gozo,
ceñida de azahar la frente.

Cual dos aves peregrinas,
formando el tierno nido
con ardorosa afección;
aquel nido es nuestro cielo,
por él sentimos desvelo,
amor, ternura, ilusión.

Se asemeja el nuevo hogar
a una plácida mañana
en que vierte la esperanza
dulce arrullo de fontana.

El deber cual soberano
imponente nos domina,
y el trabajo laborioso
nuestros pasos encamina.

Las dos almas se coordinan
con unísono sentir
mientras vamos recorriendo
los senderos del vivir.

Del mañana nos preocupa
el arcano indescifrable,
y anhelamos con vehemencia
vislumbrar el porvenir...

La ilusión de la mujer
cuando niña es el jugar,
cuando joven el amar
y ante un altar floreciente
sus ensueños coronar.

Si es esposa, oculta ansiosa
de ser madre la esperanza,
y si aquesta dicha alcanza,
es su gloria acariciar
a su joya tan querida,
rico fruto de su amor,
bello encanto de su vida.

Del mortal las ambiciones
sólo cesan en la fosa;
es el hombre ardiente hoguera,
y la mujer, mariposa.



Mírame

¿Qué tienen tus ojos tan grandes y tristes
que como saetas me punzan el alma?
Son focos divinos de luz milagrosa
que hiriendo de muerte me roban la calma.

Ocultan tus ojos imán hechicero:
quisiera huir de ellos, no verlos jamás,
pero ¡ay! que me atraen, me tienen prendida,
me abismo en mirarlos con ansia mayor,
son faros lucientes que alumbran mi vida.

¡Oh mírame, amado, tus negras pupilas
se ensanchan al verme cual ola del mar:
quisiera en sus ondas de amor incesante
como un barquillero feliz naufragar!

Anhelos

Tú dices, querido padre,
que sin mí vivir no puedes...
¿qué diré yo que cautiva
vivo en tus queridas redes?

Por eso es que a cada instante
suspiros de amor te mando:
acógelos, padre mío,
van en el céfiro blando.

En cada rayo de luna
verás, padre de mi amor,
cuanto sufro por tu ausencia:
sintetiza mi dolor.

Por la noche, cuando sueño,
es con tu imagen querida,
porque tú eres la más dulce
aspiración de mi vida.

Por eso, padre querido,
quisiera ser mariposa
para libar de tu boca
esa dulce miel de rosa.

Quisiera ser pajarillo
para ante ti yo cantarte,
y las cuitas de tu pecho
lejos, muy lejos mandar.

Vine al campo, padre amado,
pensando tener albricias,
mas ¿qué podré yo gozar
sin recibir tus caricias?

Lo único que yo ansío
es volver pronto a tus brazos,
para desahogar mi pena
dándote un millón de abrazos.

Revístase de gozo...

No te aflijas, madre mía,
desecha tu padecer;
no hagas mi llanto verter
viéndote tan pensativa;
sosiéguese tus cuidados,
vuelva la paz a tu vida.

Tú, con febril entusiasmo,
trabajas, madre adorada,
y tu mente acalorada
se agita con frenesí,
prodigándome caricias
desde el día en que nací.

Dios premiará tu trabajo:
madre amada, ten paciencia,
presto dará a tu existencia
mil raudales de consuelo:
tras la tempestad, la calma
Él te enviará desde el cielo.

Yo sabré con labio ardiente
dirigir tierna oración,
y con todo el corazón
pedir su auxilio divino
para poder sin recelo
cruzar este arduo camino.

Mas, como prueba de mi amor sincero,
yo te suplico, madre idolatrada,
no vuelvas a ponerte preocupada,
porque siento un pesar inexplicable:
revístase de gozo desde hoy día
esa tu faz dulcísima, adorable.

Válvula

No pulso mi joven lira
por tener renombre y fama:
tan sólo púlsola yo
porque mi pecho se inflama,
y esta llama poderosa
me sale del corazón;
pulso yo mi joven lira
por mi ardorosa emoción.

Edad de rosa

Edad de rosa de mis tiernos años
que estás pasando con veloz carrera,
¡ay, no me robes con infamia flera
las ilusiones de hoy tiernas y bellas;
no nubes de mi pecho la ventura;
no me hagas conocer los desengaños.
¡Edad de rosa de mis tiernos años,
graba en mi pecho tus benditas huellas!

Cual el capullo

Mi corazón se abre a la ventura
cual el capullo de una blanca rosa
al recibir en la mañana hermosa
livianas gotas de sutil rocío
y ensueños con visiones celestiales;
y al mirar todo bello y en bonanza,
se apodera de mi alma la esperanza
y siento un loco y ardiente desvarío.

Momento indefinido

En una tarde serena
de hermoso cielo turquí,
con un vestido de gala
afanosa me vestí
y con pecho palpitante
de mi morada salí.

Encontréme, no sé cómo,
en un bosque solitario
cuyas frondas inspiraba
el respeto de un santuario;
dispuestos eran sus árboles
cual simétrico rosario.

Triunban los pajarillos
en son dulce, acompasado,
semejante al cuchicheo
de un lenguaje apasionado
que lo comprende tan sólo
el corazón que ya ha amado.

¡Cuán hermoso es lamentarse
en la vaga soledad,
evocando los recuerdos
de nuestra primera edad!
¡Y del destino inclemente
llorar la fiera maldad!

No me abandones

Edad encantadora de la infancia
en un cielo de rosa diamantino,
escribe con estrellas
la historia del tiempo peregrino,
en el que derramaste tu fragancia
en esas horas bellas
de mis ensoñaciones de ventura;
embelesada mi alma se extasiaba
soñando con delicia;
y ajena de pesar y de tortura
en esa edad temprana disfrutaba
de una continua albricia.
Edad encantadora de la vida,
¡no te alejes de mí! ¡préstame siempre
tu angelical caricia!...

Como la muerte

Hay una cosa angustiosa
que nos confunde y aterra,
llorar nos hace en la tierra
y es muy triste y misteriosa.

Tan fría es como una losa
que al corazón hace guerra,
que a toda esperanza cierra
con una insondable fosa.

Y tan sólo con la muerte,
que es más terrible y más fuerte,
se compara a esta dolencia.

La que acibara la suerte
y que nos hace llorar,
es esta palabra ¡ausencial

Sembradora

Allá, un ángel nos encuentra,
nos anuncia que es tu día,
y a saludarte venimos
transportadas de alegría.

Suban mis ardientes votos
hasta el trono de María,
y derrame un mar de gracias
en este risueño día...

En este mundo de penas,
Dios con su grande saber
muchos ángeles dejó
bajo formas de mujer.

Una de ellas eres tú,
que miras por nuestro bien
y a la virtud nos conduces
llevando erguida tu sien.

Cual jardinera afanosa
nos cuidas con mucho celo,
¿cómo podremos pagar
tu abnegación y desvelo?

La semilla que has sembrado
de la virtud y el saber,
muy pronto una flor preciosa
a todas nos hará ver.

La flor que has cultivado
tendrá que brindar su fruto,
como un honrado tributo
de la mies que habéis sembrado.

Ese fruto es nuestro amor
que con creces te volvemos,
y como prueba patente
ser buenas te prometemos.

Recibe, madre querida,
ese obsequio tan pequeño,
emblema de gratitud
y de nuestro ardiente empeño.

Jamás

¿Quién no sufre, patria amada,
cuando ausente está de ti?
No sé lo que pasa en mí
cuando traigo a la memoria
tus dulcísimos encantos:
de alabanzas y de victoria
prorrumpo complacida...
No sé, patria querida,
si llegue hasta ti mis dulces quejas
conducidas al soplo de la brisa...
tan sólo sé que Elisa
jamás te olvidará, patria querida,
y si es preciso, por ti dará su vida.

Entonces

Quiero morir cuando al rayar la aurora
destrenza Apolo su hermosa cabellera;
quiero morir cuando al marchito cesped
lo cubra de verdor la primavera.

Quiero morir cuando la luna envíe
rayos de luz en la tranquila noche;
quiero morir cuando las bellas flores
abran ufanas su pintado broche.

Por doquier

En el blando cefrillo
que acaricia en la enramada,
en el ave enamorada
que canta su amor y albricias,

en el plácido murmurio
de la fuente soñadora
y en la clara luz que dora,
¡percibo yo sus caricias!

Nací entre flores

Deslízanse las horas
fugaces cual un rayo;
se van, se van los meses,
pasó el hermoso mayo.

En esta fecha querida
es en la cual yo nací,
cuando su corola abrían
la rosa y el alhelí.

Vine al mundo el mes de mayo,
entre pájaros y flores,
y contemplé de ese cielo
sus magníficos fulgores.

Mes de mi madre bendita
la dulce virgen María,
a quien la fuente y la flor
bendicen con alegría...

Virgen del amor

Yo quisiera, madre amada,
tus virtudes ensalzar,
y tu nombre sacrosanto
en todo tiempo cantar.

Tú ves ¡oh reina del cielo!
la fe que mi pecho encierra:
bendice, madre, mi pluma
para cantarte en la tierra.

Haz que mi inspiración sea
tierna cual dulce armonía,
para bendecir tu nombre
¡oh purísima María!

Ojalá, madre querida,
con toda mi alma y anhelo,
elevara mis canciones
hasta tu trono del cielo.

¡Oh estrella matutina,
casta virgen del amor,
cuando pulse yo mi lira,
dadme fe, luz y candor!

Conserva siempre mi pecho
exento de duda y pena
para cantar tus bondades,
pura y cándida azucena.

De mi vida en el transcurso
dirige, madre, mis pasos,
a fin de alejarme siempre
de los efímeros lazos.

Pasa el tiempo

La niñez es como un sueño
que pronto se desvanece:
pasan años, pasan días
y al fin viejo se amanece.

Vuelva la luz

Ven por piedad, inspiración bendita,
no me abandones, que sin ti mi vida
se vuelve cual floresta sacudida
por fiero vendaval que todo arrasa;
ven y recrea con tu dulce acorde
las fibras de mi pecho dolorido,
que a solas llora tu tirano olvido
y al recordarte, inspiración, se abraza...

¿Por qué no sueña ya mi joven lira?...
Nunca pensé que presto, musa mía,
te alejaras de mí con tiranía,
robándote mi célica esperanza.

Cálmese ya tu furibundo enojo,
renazca en mí la paz y la alegría:
es tanta la emoción que siento hoy día,
que a describirla el corazón no alcanza.

La vida

¡Ay, la vida! ¿Qué es la vida?
Un desierto, un arenal,
donde no duran los goces
y todo no es más que mal.

Soy cual mísera paloma
y en vano busco consuelo:
no encuentro amor ni esperanza
¡ay! sobre este ingrato suelo.

Camino por una senda
tras el llanto y los dolores
hasta parar en la tumba,
fin de todos los pesares.

...Donde los cisnes entonen
mi venturosa partida,
cantando con dulce acento...
¡un adiós a la cruel vida!

Separarse es unirse

Ya que el destino nos hiere
y no hay más que separarnos,
nos queda un solo remedio:
¡el de jamás olvidarnos!

La saeta del amor
me ha herido en el corazón,
y cuando pienso olvidarte
te quiero con más pasión.

Si en mi mente estar pretendes,
no tienes más que ausentarte,
porque entonces noche y día
pasaré yo en recordarte.

Igual al sol

¿Por qué tan cruel, mi padre idolatrado,
que no escuchas mi lúgubre quebranto,
y te alejas, te alejas de mi lado,
dejándome sumida en triste llanto?

Yo muero sin morir y es mi agonía
tan negra, tan fatídica y odiosa
que con mil voces te llamo presurosa
y te alejas de mí con tiranía.

Mientras que gozoso te recreas
por esa tierra de atractivos llena,
tu hija, padre amado, tiene pena,
triste suspira sin que tú la veas,
y su letal tristeza dando al cielo,
para ti invoco bienestar, consuelo.

Vuelve pronto, mi padre tan querido,
la aurora do se mira mi ventura;
vuelve presto y destierra la amargura
de mi angustioso corazón herido...

Cuando mires la luna
surgiendo solitaria,
piensa que te recuerdo
y envío una plegaria;
y cuando en la mañana
contemples que en oriente
se ostenta el sol radioso,
piensa que así en mi mente
existe tu recuerdo
brillante, esplendoroso.

Congoja

Corazón sombrío y triste,
no latas con desatino,
mira qué una infausta suerte
te lanzó en hondo destino.



No del pesar al rigor
te entregues con demasía,
porque el alma del ingrato
es para tu amor ya fría.

No merece con vehemencia
querer a un ser olvidado
que jamás tuvo constancia
y en amar ha vacilado.

Borra ya, corazón mío,
de mi mente esa memoria,
que me atormenta doquiera
cual desventurada historia.

Sublime armonía

Das vida a las teclas de acorde piano,
dulzura al oído, al pecho emoción;
mil notas del alma despide tu mano
y haces que reciba todo corazón.

Artista glorioso, tus dedos son coros,
¿quién al escucharte no queda extasiada?
Cuando se dilatan tus ritmos sonoros,
la naturaleza parece encantada.

¡Mitiga, mitiga con tus armonías
la sed del que llora sediento de amor;
que en el fuego santo de tus melodías,
confunda el que sufre su acerbo dolor!

Supremo recurso

Virgen Santísima, divinal señora,
conoces la tormenta de mi pecho
y la angustia mortal que me devora;
tú ves que herido llora
este mi pobre corazón deshecho.

Soy cual náufrago que lucha entre las olas
sin brújula ni faro en mi camino,
y con mi débil navecilla a solas
voy navegando al soplo del destino.

Todo es quimera en este triste mundo,
y el ambiente fugaz de las pasiones
nos muestra sólo un piélago profundo,
llenando el corazón de decepciones.

Fantasmas, ilusiones de la vida,
¡ah, no me acaricien con vuestra mano,
pues sé que vuestra dicha fermentida
rodará cual las flores de verano!

A vos acudo, celestial María,
cúbreme con tu manto divinal,
aparta de mi pecho la agonía
y, compasiva, defiéndeme del mal.

La dicha fugaz

Hay días tan hermosos,
llenos de dicha y calma,
que impresos mil recuerdos
nos dejan en el alma.

Irradia el sol naciente
con mágica dulzura,
lanzando en lumbrarada
torrentes de luz pura.

La mente se remonta
a célicas regiones,
y conmovida siente
muy tiernas emociones.

El pecho brinda gozo,
se embriaga el corazón,
y el alma se transforma
en sueños de ilusión.

Mas ¡ay, qué poco dura
la efímera alegría;
voló, voló la dicha
de un venturoso día!

Con triste manto negro
volvieron los pesares,
cubriendo incompasivos
a mi alma de dolores.

Embajadora de Cicalpa

¡Oh, madre mía, matinal lucero!
Vienes, atravesando una jornada,
a dirigir de nuevo una mirada
de amor y compasión a tus devotos;
muéstrate pía ¡oh reina poderosa!
y haz que siempre te amemos más y más
para admirar tu encantadora faz,
algún día cumpliendo vuestros votos.

¡Oh, cuánto gozo sentí, madre querida,
en mis hombros indignos al llevarte!
Quiero, María, mi vida consagrarte
y vivir de tu amor, que es mi ilusión.
Sed mi amparo y mi prez, virgen María;
ayúdame a vencer las tentaciones;
escucha siempre mis tiernas oraciones;
en fin, María, te doy mi corazón.

Reina de Pungalá

En una peña santa y bendita
está la madre del Salvador;
túrgido el pecho, la frente airosa,
lanzan sus ojos rayos de amor.

Muchos devotos van a sus plantas,
donde colocan su ofrenda pura,
tal como cirios y muchas flores
que se distinguen por su blancura.

También yo un día tuve la dicha
de presentarla mi corazón,
y ante sus aras, con voz serviente,
pedir llorando su bendición.

Virgen santa de la Peña,
rendidas gracias te doy,
porque me habéis conservado
feliz hasta el día de hoy.

Madre, cual ofrenda eterna
te entrego mi corazón:
cúdalos, virgen Santísima,
con amor y compasión.

Invocación

Venid ¡oh musa ardiente
de inspiraciones bellas!
invade el alma mía
con místicas querellas.

Quisiera que en mi pecho
brotara el sentimiento,
y a céticas regiones
volara el pensamiento.

Y trasladada en alas
de hermosas ilusiones,
ofrezca mil delicias
a tiernos corazones.

Una espina

La ausencia es un mal que mata
lentamente con dureza,
sume el alma en mil recuerdos
y la anega de tristeza.

¡Ay! cuando se vive ausente
las dichas pasan fugaces;
vuelan, vuelan presurosas
las ilusiones, los goces.

Ausente de mi buen padre,
paso tristes vacaciones.
tan sólo invaden mi mente
lúgubres inspiraciones.

Pronto, pronto, padre amado,
quisiera volverte a ver:
eres el sueño dorado
que ahuyenta mi padecer.

Tú eres de mi triste vida
la más hermosa ilusión;
tú, la musa encantadora
de mi bella inspiración.

¡Ah, mi padre idolatrado,
tus bondades, tus caricias,
tan halagüeñas y tiernas,
son de mi alma las albricias!

Tan sólo a tu tierno lado
encuentro paz y ventura;
cuando ausente estoy de ti,
todo, todo es amargura.

¿Por qué permites, hado mío,
que viva ausente de mi padre amado?
¿por qué me privas de la dicha inmensa
de hallarme siempre a su tierno lado?

¡Ay, en esta mísera existencia
no puede hallarse completa la ventura:
yo soy feliz, Dios mío, no lo niego,
pero esta espina me aflige y me tortura!

¿Por qué, por qué me niegas, hado mío,
el dulce néctar de su boca amada?
¡déjame por piedad, deja que en éxtasis
yo contemple la luz de su mirada!

Misiva

¡Ah! mi papacito amado,
cuánto diera por estar
en este día a su lado,
para poderle obsequiar,
junto con mi corazón,
un ramillete de flores
es esta hermosa ocasión:
¡símbolo de mis amores!...

Pero ¡ay! ya que no puedo
flores verdaderas darle,
le diré, papá querido,
algo que pueda agradarle.

El saber que yo le amo
con todo mi corazón
y el verle dichoso siempre,
es mi más grata ilusión.

Además, en este día,
con gran reconocimiento,
pruebas quiero de algún modo
mostrar de agradecimiento.

Si yo no tengo presentes
hermosos para obsequiarle,
uno sólo y muy sencillo,
papacito, voy a darle.

Matizadas con cariño
son las flores de mi alma,
con las cuales he formado
un ramillete con calma;
y en este risueño día
le ofrezco con dulce canto:
reciba, pues, papacito,
por ser día de su santo.

Se despide su hija amante
deseándole un feliz día,
y por ello está rogando
siempre a la virgen María.

Papacito querido,
reciba mi corazón,
y le pido se digne
enviarme su bendición.

Una flor

He visto en la primavera
nacer una flor muy bella,
y entre la verde pradera
alzarse cual una estrella.

Flor pura, blanca, olorosa,
que despides mil aromas,
y en su corola preciosa
besando van las palomas.

Flor dotada por el cielo
de tan mágica hermosura,
todo el que la mira siente
embelesada ternura...

Quisiera, flor querida,
trasladarte al corazón,
y entonces pudiera darte
un vergel con mi ilusión.

Si te dejo en este suelo,
punzarte puede una espina
o, talvez, con débil planta,
hollarte una golondrina.

Vamos, flor, que ya es hora
y mi amor no admite excusa;
vamos que quiero contarte
la inspiración de mi musa.

Una mañana

Una mañana,
bella y serena,
sentada estaba
en leve muro
de suave arena
y contemplaba
el cielo azul:
estaba puro
con blanco tul.
Luego con tinte
de mil colores
el sol hermoso
apareció,
y su luz bella
me deslumbró,
al mismo tiempo
que mis dolores
locos huyeron
al ver primores.
Mas todo esto
duró muy poco:
las ilusiones
desaparecieron
y nubes densas
las sucedieron.
En ese instante
mi tierna mente
también sufría
y se eclipsaba,
y la esperanza
se disipaba...
entonces, sí,
consideraba
que los placeres,
en este mundo,
en un momento
¡ay! se disipan
cual bellas nubes.

Con faz risueña,
cual sol fugaz,
por esos montes
en el ocaso
el sol hermoso
¡ay! se ocultó;
cubrióse el día
con negro manto
y el bello encanto
ya no se vió.

Vino la noche
tétrica, oscura;
esa hermosura
se disipó.

Nubes de pena
a mi alma triste
también cubrieron,
y sin consuelo
la adormecieron...

En mi letargo,
ví una matrona...

Desde este suelo,
se me acercó;
su mano blanca
pasó en mi pecho
y en un instante
se deslizó...

Esa matrona
fué la esperanza,
que con ternura
me acarició.

Gozosa entonces
al cielo ví,
y comprendí
que aquel cielo
que ven mis ojos,
llenos de abrojos,
es ilusión.

¡Ay! más arriba
está ese cielo
que es inmortal
y el sol divino
que da consuelo
a quien de hinojos
por ver sus ojos
su faz implora:
¡el Criador!

Inés

Cuando miro tu semblante
Inés bella, Inés hermosa,
de mi pecho la emoción
se apodera presurosa.

En tu tez arrebolada
brillan tus ojos hermosos,
tus ojos que son más bellos
que dos luceros preciosos.

Cual claveles tembladores
son tus labios de colmena,
y al volverme mustia a ellos,
se ahuyenta dolor y pena.

¡Ay, Inés del alma íntima,
mi más soñada ilusión,
ante tus plantas divinas
se postra mi corazón!

Rosita

Dulce nombre melodioso,
que al resonar en mi pecho
palpitante y amoroso,
lo siento casi deshecho.

¡Oh! grata palabra bella
que vagas siempre impaciente
y alumbras cual una estrella
en mi corazón ardiente.

Rosita, tú eres hermosa,
y tu nombre es adecuado
porque eres aún más preciosa
que el clavel más encarnado.

Tu nombre es más delicioso
que la miel de una colmena,
y siempre con alborozo
el mundo de dichas llena.

Te dedico este mi canto,
Rosita, nombre de flores,
porque quiero con encanto
expresarte mis amores.

Lucía

Amiguita idolatrada,
no sabes cuanto te quiero,
eres mi prenda preciada,
yo de amor por ti me muero.

Tengo razón de quererte,
niña, porque eres hermosa,
por eso tengo que amarte,
Lucía linda, preciosa...

El terruño

Ya siento por mis venas sangre ardiente
que corre al corazón acumulada;
ya siento que por ti sueña mi mente,
patria del corazón, patria adorada.

Mágica estrella de lucir hermoso,
¿quién no se siente a tu fulgor rendido?
Ímán divino que conmueve al hombre;
prisma esplendente de irradiar intenso
en la constelación del orbe inmenso,
¿quién no se agita al pronunciar tu nombre?

¡Oh mi suelo natal! Flor hechicera
que en el verjel del Ecuador descuellas,
rodeada de olímpicos nevados,
a los pies del gigante Chimborazo,
fecundando solícito tus prados.

El astro rey con gratitud te besa
y dora con su luz tus albos montes,
donde la nieve en témpanos palpita,
enfriando el ardor de tus volcanes;
donde la lira templá sus afores
cuando con ciego frenesí se agita.

Y la luna tan pálida y hermosa,
rasgando el crespón de blandas nubes,
complacida te admira, patria mía,
y su imagen estampa en los cristales
de tus fecundos, límpidos raudales,
que corren cual la hermana fantasía.

¡Qué atractiva te muestras, patria bella!
Admiro los encantos de tu cielo,
el perfumado ambiente de tu seno,
la esbeltez de tus hijas seductoras,
el brillante matiz de tus auroras
y de tus campos el verdor ameno.

Linda seas, patria de mi encanto,
y tu nombre por siglos ensalzado:
recibe los afectos de mi pecho
¡oh cuna del ilustre Maldonado!

En pos de una tregua

¡Oh, qué gozo!
¡qué alegría
siento yo en el corazón
al rayar de un nuevo día!

Aparece el sol naciente
saludando al universo;
las florestas corresponden
con su verdor y embeleso.

En la tierra, fuentecilla
de agua pura y cristalina,
cual en limpiísimo espejo
el reflejo se ilumina.

Y la bella mariposa,
en los aires jugueteando,
la mustia y tierna corola
de cada flor, va besando.

En medio de tanta cosa,
se ve al pastor en el llano
que lentamente camina
y apacenta su rebaño.

Con empeño y gran cuidado
dirige el rumbo al cordero,
vigilando no sorprenda
el lobo tirano y fiero.

La tórtola va a posarse
en lo más alto y aislado,
y allí, empieza a lamentarse
de todo cuanto ha pasado...

Al contemplar brevemente
de la soledad la calma,
también la tranquilidad
alegre reposa en mi alma.

Alma mater

Por fin colegio adorado,
sueño de mi fantasía,
por fin ha llegado el día
ansiado del corazón:
presto ya volveré a verte
y huirá de mí la congoja;
fuera de ti soy cual hoja
marchitada de emoción.

Apenas penetro ufana
esa puerta sacrosanta,
cuando siento se levanta
mi frente con altivez.
¡Oh, santa casa querida,
donde raudas van pasando,
cual hojas que van volando,
las horas de la niñez!

Tierna queja yo te envío,
¡oh, dulcísimo conventol
a ti va mi pensamiento
como la abeja a la flor;
pronto en tu adorable seno
verás a tu hija rendida,
obsequiándote atrevida
dulces cantares de amor.

Página triste

Flor inmaculada y bella,
luz bienhechora del día,
radiosa y fulgente estrella
es la hermosa poesía.

En sus hechizos prendada
pretendo pulsar mi lira,
mas ¡ay! la pobre, agitada,
en disorde son suspira.

¡Oh! tiernas musas amadas,
tratadme con compasión,
no me miréis despiadadas,
no os burléis de mi ilusión.

Pesarosa, sombría y abatida
me interno en un mismo pensamiento,
al repasar con hondo sentimiento
una por una las hojas de mi vida.

Las pongo a todas presentes en la memoria:
felices son ya, las contemplo y leo...
mas ¡ay Dios mío! ¡mas, ay, que también veo
una página triste aquí en mi historia!

Pesadumbre*

Ya mi lira no suena, padre amado;
suspira, lenta, confusa y abatida,
porque mis ilusiones han volado
y hoy conozco las tristezas de la vida.

¡Ayl recuerdo que un tiempo te ofrecía
humildemente alegre mis cantares:
cantaba, sí, porque aún no llegó el día
de verte triste y lleno de pesares.

Mas hoy que desgraciado te contemplo,
no encuentro alivio a mi dolor profundo:
en mi alma el pesar halló su templo
y me parece que se acaba el mundo.

Eternamente me viera condenada
a este dolor que cruel me martiriza
por ver en tu semblante retratada
de paz indicio, tu apacible risa.

Ofrendara mi ser y mi existencia
porque seas feliz, padre adorado,
para que adquirieras de nuevo aquella esencia
que endulzaba tu vida en el pasado.

*Al contemplar a mi padre abatido por el prematuro fallecimiento de Ricardo.



Día de gloria

Patria del corazón, patria adorada,
tu grato nombre grabado está en mi alma;
hoy que por ti me encuentro entusiasmada
quiero cantarte con misteriosa calma.

Ya siento por mis venas sangre ardiente
que corre al corazón acumulada;
ya siento que por ti sueña mi mente,
patria del corazón, patria adorada.

En asaltos, en guerras y en victoria
quisiera ¡oh patria! que obtengas la palma;
junto con tus hazañas y tu gloria,
tu grato nombre grabado está en mi alma.

Que me presten las hadas sus acentos
para ofrendarte, patria idolatrada,
mis tiernas quejas y dulces sentimientos,
hoy que por ti me encuentro entusiasmada.

Hoy que te muestro mi ilusión ardiente
y que por ti se regocija mi alma,
hoy que ha bebido inspiración mi mente,
cantarte quiero en misteriosa calma.

En este día que se celebra
la independencia del Ecuador,
¡oh noble patria, yo te saludo
entusiasmada con vivo amor!...

Hijos esclarecidos de la patria
que consagrados vivís a su servicio,
luchad constantes por esta noble madre
y no os duela jamás un sacrificio...

Es una madre en cuyo mustio seno
reclinados nos tiene con afán:
ella nos viste y cuida bondadosa
de que a sus hijos jamás les falte pan.

¿Podrá existir ingratitud más grande
que la de un hijo que vive descuidado
de tributar las gracias a una madre
que cariñosa le acoge con cuidado?

Pues ved entonces que nuestra amada patria
de todos los nacidos en su suelo
es la madre común, donde hemos visto
por vez primera su radiante cielo...

¡Oh, qué halagüeña te muestras, patria mía!
tú sola sabes cuánto yo te adoro;
eres la animación del pensamiento,
mi más hermoso y divinal tesoro.

Convertirme quisiera en un valiente
en este mismo momento, patria bella,
y defender los derechos por tu causa
para que brilles cual gloriosa estrella.

Otra vez

Inés más bella que la rubia aurora,
más tierna que la cándida paloma,
con tu mirar mi alma se enamora
y se convierte en celestial aroma.

Un tiempo, amiga, un tiempo te ofrecía
mi débil canto que no alcanzó a pintar
tu gracia, tu candor, tu simpatía
ni la alborosa luz de tu mirar.

Pero hoy mi lira se siente entusiasmada
y pretendo entonar dulce canción,
quiero cantar, Inés idolatrada,
lo misterioso de mi gran pasión.

Juntando nuestros labios

Madre querida, perdona que en tu día
no logré ofrecerte dulce canción,
porque mi musa con grande tiranía
negóme airada hermosa inspiración.

Y tan sólo, mi madre idolatrada,
la inmensa gratitud que te profeso
manifestarte pude entusiasmada
juntando nuestros labios con un beso.

Angustia

Siento en mi pecho una opresión horrible,
una angustia mortal que me devora;
siento que el corazón se inflama y llora
y una ansiedad tenaz, irresistible.

¿Por qué mis ilusiones se marchitan
cual hojas sacudidas por el viento?
¿por qué en vez de esperanza sólo tengo
pena, dolor, angustia y sufrimiento?

A todo instante

En el cielo fulgurente,
en la luna solitaria,
en la ardorosa plegaria,
en la tarde al declinar,
del arroyo cristalino
en la límpida corriente,
en el campo floreciente
y en la brisa al modular,
como un recuerdo querido,
como una hada sonriente
que ilusión deja en la mente,
como un ensueño dorado,
así en todas partes miro
la imagen tan soñada
la imagen muy amada
de mi padre idolatrado.

Flores secas

Cuando apenas en la senda
de la vida estoy entrando,
veo que se van volando
la esperanza y la ilusión.

Antes ¡ay! si me decían,
lentos de negra tortura,
el vivir es amargura,
lo escuché sin impresión,
porque de flores tan sólo
ví mi camino sembrado,
y hasta entonces no he pensado
en lo amargo del vivir:
esas mismas flores lozanas
que soñaba en mi niñez,
hoy llenas de palidez
me dicen todo es sufrir.

Flores de ideas

Flores del alma
místicas y bellas,
flores del sentimiento
dulcísimas querellas.

Con vosotras formar quiero con calma
un ramillete que exhale suave aroma,
que con su gracia, color y su frescura
embriague el corazón de una paloma.

Como en jardín ameno,
mi mente se recrea
en formar una bella coronita
con flores inmortales de la idea.

Con esas flores que jamás fenecen,
nacidas en un campo duradero,
donde la lluvia, la escarcha ni la nieve
han osado poner su azote fiero.

Y aunque sobre ellas con furor se lance
bravo huracán a perturbar la calma,
el polvo sacudiendo, desdeñosa,
la idea surgirá cual fuerte palma.

Vicisitudes

Cuando rendida caía yo en mi lecho
y entregaba mis párpados al sueño,
soñaba con mis versos y eran ellos
los que formaban mi dorado ensueño.

Veía en mi redor millón de estrofas,
alguna de ellas improvisaciones;
mas hoy todo ha cambiado y sólo sueño
con negras sombras y densos nubarrones.

No sé lo que ha pasado en mi cerebro;
nada me inspira ya, ni me entusiasma,
pues a todo me muestro indiferente
y todo me parece oscuro miasma.

Pasó para siempre

Venid recuerdos de la infancia mía
a endulzar un momento mi memoria
con la gozosa y peregrina historia,
pues hoy quiero pensar y recordarla
porque mi mente de entusiasmo hundida
al mirar del pasado en lontananza,
quiere vivir de aquella esperanza
que pasó ya y no hay cómo alcanzarla.

Hay una barrera

Ruega por mí,
ruega, ruega por mí, virgen amada;
heroica, ya que tu amor te alejas,
y mientras triste en soledad me dejas,
recuérdame siquiera en tu oración;

que Dios no puede, porque así lo quiso,
 porque amor es como Él, santo, inocente,
 rechazar la plegaria con que ardiente
 se eleva en su presencia el corazón.

Del mardel mundo en la feraz tormenta
 la virtud tiene su fanal, su puerto,
 allí recibe el corazón ya muerto;
 tu nave lleva mi adorada allá,
 mas no olvides el náufrago piloto
 que con los restos de su nave, a solas,
 queda luchando con las bravas olas
 rema y avanza sin saber do va.

Por él eleva tu plegaria ardiente,
 que no zozobre tu infeliz marino,
 que a ese puerto le lleve su destino,
 do encuentre calma, libertad, amor.
 Ruega, sí, ruega que tus labios tienen
 de la mística violeta el grato aroma,
 la nota con que arrulla la paloma
 y la pureza de temprana flor.

En tanto yo de un capulí en las ramas
 colgaré el arpa de crespón cubierta,
 y por la playa vagaré desierta
 y con la india torcaz lamentaré;
 o cuando se refleje el sol poniente,
 del templo augusto en el cimborio erguido,
 al escuchar del órgano el gemido,
 con las tuyas mis preces alzaré.

Yo regaré mañana con mi llanto
 los lugares que guardan nuestra historia,
 y te pondrá presente la memoria
 debajo de aquel árido peñón
 donde en mis horas de tristeza y fuego,
 vivientes la esperanza, los amores,
 iba a buscar para tu frente flores
 para cantarte grata inspiración.

¡Adiós, ya el templo a tu deseo abierto
te arrancó de mi seno en la mañana,
y al undívago son de la campana
una barrera palpo entre los dos;
ve a posternarte allí, ve a orar, mi amada,
y no me olvides en tu ardiente ruego;
como tú, en llanto de pesar me anego;
ruega, ruega por mí... bien mío ¡adiós!

Arrullo

Suspenden los cielos
su grata armonía,
cantando María
al niño, su Dios.

Cantaba la virgen,
la pura doncella
que el alba más bella,
en tímida voz.

Eres, niño mío,
el hijo que adoro,
eres mi tesoro,
eres mi deidad.

Eres, niño mío...
Durmiendo te miro
y de amor expiro
por tanta beldad.

Dormido mi dueño
a mí no me mira;
mas fuego respira
dormido también.

Sus ojos cerrados
herida han abierto:
si mira despierto,
talvez moriré.

Mejilla de rosa,
me roba la vida,
¡oh, Dios! desprendida
el alma por tí.

Al ósculo santo
su labio provoca...
¡oh, cómo mi boca
llegara yo allí!

Callóse la virgen,
y amor exhalando
al niño abrazó
y un ósculo dió.

Despiértase el niño,
y la virgen viendo,
en ella riendo,
los ojos fijó.

¡Oh, Dios, de la madre
aquella mirada
de amor traspasó,
el alma dejó!

¿Y tú no te abrazas
de amor, alma mía,
al ver que María
expira de amor?...

Beldades divinas
Jesús y María,
la pobre alma mía
¡qué tarde os amó!

Al hijo, a la madre,
al lirio y la rosa
desde hoy fervorosa
amarles juró.

Allí entre tantos verdores,
donde todo está florido,
quedó mi esperanza muerta,
reverdeciendo el olvido.

Visiones

Mi corazón se abre a la ventura
cual el capullo de una blanca rosa
al recibir en la mañana hermosa
livianas gotas de sutil rocío;
y sueño con visiones celestiales,
y al mirar todo bello y en bonanza,
se apodera de mi alma la esperanza
y siento un loco y ardiente desvarío.

¡Oh, sorpresa!

Ante el altar postrándome de hinojos,
clamé al Señor; en oración ferviente
pedíle que su mano omnipotente
de nuestra senda aparte los abrojos.

Y en éxtasis de amor, mis tristes ojos
hacia el Sagrario volvílos con pasión.
creyendo ver al Sacro Corazón
rodeado de fúlgidos sonrojos...

Mas ¡oh, sorpresa! un niño tiernecito
cual un albo y luciente corderito
entre pajuelas recostado ví.

Con efusión le dije mil amores,
contéle con afán ¡ay! mis dolores;
en fin, su dulce bendición pedí.

Siempre conmigo

Símbolo de tu amor, inmenso y triste,
guardo el blanco pañuelo
que apasionada y trémula me diste,
empapado en tus lágrimas de duelo.

Lo recuerdo muy bien: llorabas tanto,
de tal suerte sufrías,
que desde entonces inundó tu llanto
mis negras noches y mis tristes días.

Como el granado en flor, tus labios rojos
ardientes me besaron,
y astros de tu pasión, tus negros ojos
hasta el fondo del alma me miraron.

Al darme de tu llanto aquel tesoro,
dijiste conmovida:
—¡Ay! no me olvides nunca, yo te adoro
como ninguna te amará en la vida.

Si pienso que mis penas no aliviaras,
de que mis labios gimen,
entonces a un abismo me arrastrara,
al más hondo y más tétrico, al del crimen.

Te he amado con el alma toda entera
y alguna vez mi suerte
se juntará a la tuya... ¡Dios lo quiera!
Si no lo quiere Dios... ¡venga la muerte!

¡Ay! yo por ti he llorado tanto, tanto
que en cambio, no te asombre,
te pido como premio de mi llanto
que cuando cantes mi amor, calles mi nombre.

Adiós, eres mi dicha y mi tesoro,
mi estrella bendecida:
no me olvides jamás, que yo te adoro
como ninguna te amará en la vida.

Guarda este lienzo: en mis horas postreras,
de inmenso hastío,
he llorado con él: cuando tu mueras,
llévate al sepulcro, por ser mío.—

Soy yo infeliz desde la noche aquella
cuando el blanco pañuelo
temblorosa me dió su mano bella,
empapado en sus lágrimas de duelo.

Quiera Dios que si muero abandonado,
la mano de un amigo
lo ate a mi frente, y al sepulcro helado,
símbolo de este amor, baje conmigo.

Adiós

Adiós para siempre, mitad de mi vida,
una alma tan sólo tenemos los dos;
mas hoy es preciso que esta alma divida
la amarga palabra del último adiós.

¿Por qué nos separan? ¿No saben acaso
que pasa la vida cual pasa la flor?
Cruzamos el mundo como aves de paso,
mañana la tumba... ¿por qué hoy el dolor?

La dicha secreta de dos que se adoran
enoja a los cielos y es fuerza sufrir...
¿Tan sólo son gratas las almas que lloran
el torvo destino?... ¿la ley es morir?

¿Quién es el destino? .. Te arroja en mis brazos,
en mi alma te imprime, te infunde en mi ser,
y bárbaro luego me arranca a pedazos
el alma y la vida... ¿contigo, por qué?

Adiós... es preciso; no llores y parte;
la dicha de vernos nos quitan no más;
pero un solo instante dejar de adorarte,
hacer que te olvide, lo pueden jamás.

Con lazos eternos nos hemos unido,
en vano el destino nos hiere a los dos:
¡las almas que se aman no tienen olvido,
no tienen ausencia, no tienen adiós!

Ofrenda

¡Oh! buena madre amorosa,
a quien Dios envía aquí,
recíbenos esta prueba
de amor filial para ti.

Quisiera yo que de flores
sólo hacer tus coronas,
no de abrojos ni de espinas
que puncen tu corazón.

Del jardín de mis amores
dos alelíos te ofrezco;
si tu acogida merece,
madre, recibe mi flor.

Son en mi alma cultivadas
con encanto y anhelo;
no son flores de este suelo,
son flores del corazón.

En este día glorioso
de dicha y felicidad,
quiera mi alma con lealtad
expresarte el amor tierno.

Quisiera saber yo, madre,
lo que será de tu agrado
en este día dorado
que todo es gloria y placer.

Vienes por primera vez
y has prendado corazones:
tenemos justas razones
de amar a una tierna madre.

Cual paloma mensajera,
has levantado tu vuelo
dirigiéndote a este suelo
a darnos paz y consuelo.

Por esto yo en este día
te ofrezco la gratitud
con mi corazón
palpitante de alegría.

Recibe, madre querida,
recibe el don que te ofrezco,
no importa que sea pequeño
si es grande mi voluntad.

¿Recuerdas?

Sí, recuerdo aquella época lejana
cuando apenas en mis sueños
irradiaba la mañana del amor...
me mirabas... te miraba...
y mi rostro se teñía de rubor...

Sí, recuerdo
aquel grato despertar del corazón
cuando un ángel de alas tenues
me brindaba cariñoso la ilusión.

Cuando el mundo era tan bueno,
tan risueño y placentero,
sin zozobras ni quebranto;
cuando aún mis tiernos ojos
¡no vertían triste llanto!

Sí, recuerdo con tristeza
esas horas primorosas
que pasaron ¡ay! volando
como raudas mariposas...

Desde entonces, bien lo sabes,
que mis dichas se esfumaron
y en el búcaro del alma
sólo angustias me quedaron.

¡Oh recuerdos!... amorosos,
por los cuales yo suspiro;
cuán distinto es todo ahora:

tú me miras .. yo te miro...
y mi rostro se entristece,
palidece como un lirio entumecido...

Ya tus labios no pronuncian
una frase halagadora...
ya en tus ojos no vislumbra
del amor la casta aurora.

Hoy los dos indiferentes,
con un témpano de hielo
dentro el pecho endurecido,
por la senda nos cruzamos
cual dos seres enigmáticos
de algún país desconocido.

¡Desde el día en que mataste
la ilusión de mis amores,
sólo guardo un cementerio
de recuerdos punzadores!

Imposible olvidar

Olvidarte jamás podré, bien mío,
aún cuando viva transida de dolor:
serás el soberano de mi pecho
puesto que tú eres mi primer amor.

¿Qué me importan tus enojos y desdenes
si son viento que aviva mi pasión?
¡En el mismo sufrir encuentro dicha
si se trata de ti, mi corazón!

Mi vida será noche tenebrosa;
si me niegas tu amor, no tendré paz;
mas prefiero vivir sin esperanza
que olvidarte, mi bien, nunca, jamás.

Al declinar la tarde

Cuando en la tarde, silenciosa y triste,
contemplo el horizonte sonrosado,
y en los albores del cenit dorado
hundirse Febo, con sus trenzas de oro,
acuden a mi mente presurosos
mil pensamientos con nubes densas;
sepúltome en sus bóvedas inmensas
y lentamente con tristeza lloro.

Al compús de las auras palpitantes
entumidas las hojas se desprenden,
y del ramaje titilantes prenden
mustios y fríos los desiertos nidos,
se desliza piando una avecilla
en busca de su amante compañero,
y el níveo arroyo de bullir parlero
ufano arrastra pétalos caídos.

Ya de la noche la sutil silueta
aparece en los campos dibujada,
y la sombra cual virgen enlutada
va dejando un reguero de crespón;
y de pronto natura se reviste
de un aspecto tristísimo y sombrío:
en el fondo del pecho siento frío
y se enluta también mi corazón.

Ave pasajera

¡Oh grata musa, prestadme
vuestra dulce inspiración
y llenad mi corazón
de ardiente número divino!
Es tan bella la memoria
de mi infancia seductora,
que mi vida se colora
en su tinte diamantino.

Hermosos recuerdos míos
de esos tiempos venturosos,
venid, venid presurosos
a halagar mi fantasía
y cubrid con una venda
los azares del presente,
caldeados en el ambiente
de saturada agonía.

El rayar de mi existencia
fulguró cual pronto rayo;
vine al mundo el mes de mayo
entre matizadas flores,
y contemplé en aquel cielo
transparente y azulado,
cual un iris nacarado,
de Febo los resplaldores.

Cuando cumplí tres abriles
mi buena madre adorada
llevóme a una morada
de paz, de amor y consuelo:
al colegio encaminóse
guiando ufana mis pasos,
y una monja entre sus brazos
recibíome con aulero.

¡Oh, qué bellas esas horas
que entre juegos infantiles
pasé los dulces abriles
de mi existencia temprana!
¡Ninguna espina en el pecho,
cuánto embeleso en el alma,
cómo escuchaba con calma
el toque de la campana!

Qué entusiasmo en el recreo,
cuál gozaba el corazón;
y era mi grata ilusión
jugar a la macateta;
y en mi sencilla inocencia
como una loca reía,
porque entonces no sabía
cuanto era real ni peseta.

Y así creciendo dichosa
entre amables compañeras,
forjaba lindas quimeras,
más bellas que la ilusión;
solamente yo sufría
cuando el momento llegaba
y la maestra se acercaba
a tomarme la lección.

Mas, pasó la edad de rosa
como nube pasajera;
se agotó la primavera
de mi infancia juvenil;
y marchitas ya mis flores,
me ofresieron sólo espinas;
y mil dudas asesinas
arrazaron el pensil.

Y poco a poco la ignorancia santa
de mi alma ingenua el velo levantó:
encontré abrojos en mi yerta senda
y presto el mundo muy negro se tornó;
se extinguió de mi mente la quimera,
y al quedar solitario el corazón,
¡vi que la dicha es ave pasajera
y onda que disipa la ilusión!

Quiero llorar

No importa que el dolor aguijonee
la roja entraña que en el pecho anida;
cual una roca intrépida y serena,
desafiaré el oleaje de la vida.

Pondré en mis labios la sonrisa amante
del piadoso Rabí de Galilea,
y guardaré un manojo de perdones
para aquel que mi rostro abofetea.

Quiero verter a solas muchas lágrimas:
es muy dulce llorar y anhelo tanto

que amortajen mi cuerpo cuando muera
en un rico sudario hecho de llanto.

Esas benditas perlas transparentes,
astros que surgen de la noche oscura,
iluminen mi pecho tormentoso
con un divino tinte de ternura...

¡Ay del ser que no llora!... ¡infortunado
árbol sin savia, huerto sin perfume...
inerte corazón petrificado
que en amargo silencio se consume!

Con el profuso aceite de mis lágrimas
ablandaré el rigor del cruel destino;
lamparilla radiante de mis ojos,
no desmayes jamás en mi camino.

Grato es llorar cuando afligida el alma
no encuentra alivio en su dolor profundo:
son las lágrimas jugo misterioso
para calmar las penas de este mundo.

Lamento

En esta triste existencia
¡ay! ignoro mi destino:
tan sólo sé que en la vida
soy cual débil peregrino.

Y cual lúgubre paloma,
en vano busco consuelo;
no encuentro amor ni esperanza
¡ay! sobre este ingrato suelo.

Camino por una senda
tras la dicha y los placeres
hasta parar en la tumba,
que es el fin de los dolores.

Donde los cisnes entonen
mi venturosa partida,
cantando con dulce acento
un adiós a la cruel vida.

Algo insondable

Nada hay cabal en la vida,
jamás existe la calma,
las rosas tienen espinas
y nunca hay paz en el alma.

Se disipan como un sueño,
cual humo son los placeres;
como espinas punzadoras
sólo quedan los dolores.

Tan sólo abrojos y espinas
rodean al corazón,
y nunca existe la dicha
porque todo es ilusión.

Esta vida es un destierro
do está prisionera el alma;
rompiendo este triste encierro,
se puede encontrar la calma.

Sufrimiento

Corazón sombrío y triste,
no lates con desatino,
mira que una infausta suerte
te lanzó en hondo destino.

No del pesar al abismo
te entregues con demasía,
porque el alma del ingrato
es para tu amor ya fría.

No merece con vehemencia
querer a un ser olvidado,
que jamás tuvo constancia
y en amar ha vacilado.

Borra ya, corazón mío,
de mi mente esa pasión,
que cual llama abrazadora
me aniquila el corazón.

Vuélveme, por Dios, la calma,
borrando ya esa memoria
que me atormenta en el alma
cual desventurada historia.

¿Para qué encendiste el pecho?
¡ay, amor, loca pasión!
¿por qué no premeditaste
lo que es una decepción?

Duerme

No despiertes corazón de tu letargo;
como inocente niño, duerme, duerme
en la caliente cuna de mi pecho;
duerme, porque es muy triste
sentir por un instante la ventura
de una ilusión querida,
para que luego cual visión se aleje
inyectando el dolor en nuestra vida.

¡Oh pobre corazón! Duerme tranquilo
que ya tienes bastante con vivir...
¡Si pudiera tornarte yo insensible
y quitarte el suplicio de sentir!
Mas suspira, suspira a cada instante
y derrama el caudal de tu ternura:
lágrimas y suspiros son el cauce
por do fluye el pesar y la amargura.

Diadema fulgente *

*Arrancando corolas de flores que las juzgamos muy precladas, vamos a componer el ramillete *fulgente* de la *diadema* de diosa que ciñe la frente de la sensitiva cantora. Flores consagradas por su mérito, extraídas a nuestro antojo de "Cofre romántico", cuya edición está agotada y, por eso, tiene doble valor la reproducción de algunos de sus diamantinos renglones, estrofas que adquieren mayor relieve con el tiempo que ha transcurrido desde su primera publicación, y que acompañarán, como estrellas, en la constelación de la obra inédita.—EL EDITOR.

Súplica

I

Mañana... ¡Ah, mañana!
cuando mi débil cuerpo cansado de la vida
se rinda sobre el lecho como una flor marchita;
cuando mis labios mustios,
sedientos y convulsos, se entreabran angustiosos
para exhalar suspiros...
cuando mis manos trémulas como dos lirios blancos
se engarcen temblorosas para implorar piedad;
cuando mis turbios ojos
naufraquen en un caos de negra oscuridad;
cuando mi corazón
palpite lentamente como un reloj cansado
marcando mis dolencias con ritmo acompasado...
entonces...
¡oh Dios mío,
piedad para mi espíritu
que volará convulso como una mariposa,
buscando en tus jardines la flor más olorosa!...

¡Piedad para los míos que tristes y angustiados
pronunciarán mi nombre con eco doloroso...
piedad para los míos que en un espasmo loco
abrazarán mi yerto cadáver misterioso!

II

Yo anhele por sudario un manto transparente
que envuelva mis despojos como una ondina pura;
que dejen en mis manos un santo Crucifijo
y un ramo de violetas ungidas de ternura...

Que caben mi sepulcro
muy hondo... sí, muy hondo,
al pie de un sauz lloroso
o de un ciprés doliente:
¡yo quiero que mi cuerpo se infiltre en sus raíces

que mi polvo sea su germen floreciente;
yo quiero que mis venas se truequen en ramajes,
que surja de mis labios exótica amapola;
que se hagan mis cabellos hermosa enredadera,
mis ojos dos luceros,
mi pecho ardiente hoguera!

Mañana cuando muera
mi lira se hará una ave doliente y cancionera...
Los tiernos versos míos serán la dulce herencia
que legaré yo al mundo,
de mi alma soñadora como una grata esencia,
como un recuerdo amante
que añore a mi existencia...

III

Poetas embrujados, poetas soñadores,
os pido que en mi huesa vertáis dulce canción;
os pido que indulgentes sembréis sobre mi tumba
la flor embalsamada de vuestra inspiración.

Poetas embrujados, poetas soñadores,
cuando me deis la ofrenda de vuestra inspiración,
mi espíritu errabundo, en las sombrías noches,
os besará en la frente con misteriosa unción.

Injusticia

Fragantes corolas de cándidos lirios,
cerrad vuestro broche con pálida unción;
seráficos cirios, verted blancas lágrimas
y ungid en nostalgias mi tierna canción.

Que mi alma suspira, se queja, solloza,
y plega sus alas cual flor desvalida,
mirando los tumbos de la onda furiosa
que negras arenas arroja en mi vida...

¡Oh Dios! ¿por qué encuentro mi senda tan triste,
tan llena de abrojos, oscura y nublada?
¿un claro arroyuelo en ella no existe
que calme mis ansias su linfa azulada?

El mundo me mira con suña enojosa,
me acecha y me hiere sin culpa ninguna:
¿acaso ha pecado la cándida rosa
que amante la tierra le diese una cuna?

Si el viento levanta fugaz torbellino,
si el fuego sus llamas las hace inflamar,
se agitan tan sólo porque este es su sino,
porque algo divino los hizo animar.

Así, sin quererlo, yo vine ¡ay! al mundo,
un Dios lo dispuso, dió vida a mi ser;
mas alguien por esto me acusa iracundo
¡y ha sido mi crimen horrendo al nacer!

¿Acaso mi frente se encuentra manchada
con negro delito que infunde pavor?...
mas, si ella está limpia, pura, inmaculada,
¿por qué es que me miran con tanto furor?

Y si todos tienen derecho a vivir;
si el céfiro alienta al lirio, a la rosa;
si la luz cambiantes da a la mariposa,
¿por qué yo tan sólo no debo existir?...

Un «fiat» soberano creó mi existencia,
y «Luz» me llamaron mis padres queridos;
nací el mes de mayo, el mes de las flores,
el mes de María, de aromas y nidos.

Por esto es que vibra mi lira entusiasta
y late mi pecho con dulce ternura,
pues dióme sus dones, su amor, sus caricias,
la Virgen amante, seráfica y pura.

Por esto desbordan mis cantos del alma
cual tristes arrullos de alondra afligida,
y voy exhalando suspiros y quejas
¡porque hay injusticias sin nombre en la vida!

A la Intrusa

Callad frondas rumorosas,
callad fuentes bulliciosas,
callad brisas,
callad aves...
Dormid auroras,
dormid viento...
¡Silencio!
¡que tan sólo palpita el sentimiento!

Vibre el acento de mi voz doliente
con un son de elegía quejumbrosa
y derrame mi lira sus cantares
ante la muerte pálida, horrorosa.

¡Oh muerte!
¡Oh muerte caprichosa y despiadada!
que con estoica y fría carcajada
al tenebroso puerto del olvido
conduces nuestra débil marejada.

Muerte inicua y traidora
que acechas lo más noble y codiciado,
y lo mejor te llevas en tus garras
de buitre envenenado.

Tu sangrienta guadaña no respeta
ni el tronco añoso, ni la flor temprana,
y con tu manto funeral de sombras
cubres a todos, misteriosa hermana.

¡Oh muerte traicionera que arrebatas
la madrecita cariñosa y buena,
el ángel del hogar dulce y querido
que cura la ansiedad de nuestra penal

Por compasión no vengas a mi lado,
enlutada y hambrienta vampiresa,
a escanciar tu burlona carcajada,
despiadada, sangrando mi tristeza.

¡Vete a los cementerios, vé al osario
a saciar tu iracunda tiranía!
no agostes más rosales... ¡anda y duerme
en las cenizas de una tumba fría!

Zarzales de la vida

Hay en la tierra perversos seres
que el alma tienen endurecida
y desconocen la compasión;
llevan la frente doquier erguida,
no les conmueve la ajena herida
y es insensible su corazón.

Nunca en sus ojos fulgura el rayo
de luz radiante y encantadora
de la divina, dulce piedad.
Entre sus labios jamás colora
de una sonrisa la casta aurora
plena de encantos e ingenuidad.

Como guerreros de una cruzada,
llevan la testa siempre calada
con hosco yelmo de duro acero;
indiferentes en el camino,
marcan el paso con desatino
y estrujan flores en el sendero.

Cuando contemplan al pordiosero
que un pan mendiga del caminante
con voz doliente, llena de amor,
vuelven el rostro, y en su semblante
pinta el desprecio huella indolente
ante la imagen fiel del dolor.

Si ven que honores, triunfo y fortuna
forman la gloria, paz y ventura
de la existencia de algún mortal,
clava la envidia su mordedura,
y en honra y nombre, con iracunda,
con baba inmundada, inyecta el mal.

Si alguien lanzado por el destino
cae en el fango de la desgracia
cual una débil, mustia azucena,
ante esos seres no encuentra gracia:
son tercos jueces inexorables
que no perdonan la falta ajena...

Le pisotean con tiranía
al que en la arena yace caído,
manando sangre cual gladiador,
y se embelesan en la agonía
de aquel que ha herido la suerte impía
con la saeta del cruel dolor.

Si esa azucena despetalada,
que al triste fango rodara incauta,
fuese una pobre débil mujer,
de aquellos seres crece el espanto
y la injusticia desgarrar el manto
del vituperio, como un deber.

¡Necios, no piensan, ay, que mañana
en ese caos ensombrecido
pueden sus hijas también caer!...
¿Quién está exento de una desgracia?...
¿Quién nos augura que en la existencia
sólo tendremos triunfo y placer?

En este mundo tan traicionero,
tiene la dicha y el infortunio
fases mudables como la luna:
el tiempo corre, y en sus vaivenes,
tira la suerte dados inciertos
sobre el tablero de la fortuna.

Mientras seamos frágil arcilla,
nunca debemos cantar victoria,
ni alzar altiva la frente airosa;
porque el peligro tan sólo cesa
cuando del cuerpo la vil escoria
cae rendida dentro la fosa...

En una noche

Anoche que rendida yo en mi lecho
cerró mis párpados plácido beleño,
las fuertes pulsaciones de mi pecho
me hicieron despertar del grato sueño.

Abro los ojos, por doquier contemplo
con estupor la tenebrosa calma;
y de la noche en el oscuro templo,
lóbrega y triste meditaba mi alma.

Y en esa soledad negra y doliente,
sólo turbaba el sepulcral reposo
de un río la titánica corriente,
conduciendo su linfa presuroso.

Aquel río que corre y se desliza
con ruido sordo y paso acelerado,
nuestra existencia fugaz ¡ay! sintetiza,
que corre, corre hasta el sepulcro helado.

Ojos dolientes

Amo el cárdeno tinte de las ojeras
de unos ojos dolientes,
que lloran de un amor sin esperanza
los anhelos fervientes.

De unos ojos que guardan el misterio
de honda melancolía;
de unos ojos que velan en las noches
con pertinaz porfía...

Ojos pétalos, mustios, de sensitiva;
ojos ópalos, turbios, cristalizados;
ojos de Magdalena, luceros tristes,
por el sublime llanto divinizados.

Ojos que nunca han visto la luz del día,
ojos de tumba,
para quienes la aurora jamás irradia
ni el sol alumbra.

Ojos de huerfanito que no conocen
su madre amada;
ojos, broches de anemia, pálidos cirios
de una enlutada.

Ojos de casta monja, dulces y puros,
que ven al cielo;
ojos que renunciaron a las caririas
del frágil suelo.

Ojos heridos por la nostalgia
de un gran dolor...
ojos enfermos, ojos profundos
de un soñador.

¡Ah, cuánto os amo,
ojos llorosos, ojos dolientes,
ojos sin luz;
ojos de Cristo, sabios rubíes
que al mundo alumbran
desde la cruz!

Cenizas

Todo se ha muerto ya y se ha extinguido
dentro del corazón,
ni siquiera el recuerdo me ha quedado
de tan grata ilusión.

De esa dulce ilusión quince abrileña
que enervó mi existir;
de aquel minuto intenso de locura
y emotivo sentir...

¡Ah! la vida era entonces cariciosa,
sin zozobras ni pena,
y me obsequiaba flores y sonrisas
como hermanita buena.

El surtidor parlero de mi huerto
ritmaba su armonía,
y trinaba la alondra del ensueño
con dulce melodía.

Voló la primavera y el encanto
de esa obsesión divina,
y hoy siento el tedio y el cansancio amargo
de esta vida mezquina...

Todo se ha muerto ya y se ha extinguido
dentro del corazón:
¡ni siquiera el recuerdo me ha quedado
de esa grata ilusión!...

Ausencia

Mi corazón, ardiente como una hoguera,
quiere extinguir la fiebre de sus ardores
en la fontana grata de tus caricias,
con el halago amante de tus amores.

Ven a aplacar la angustia de mis dolores,
ven a alegrar mi senda desierta y fría;
¡ah, no me dejes sola con mis tristezas!
¡ven a curar las penas del alma mía!

¡Oh! qué hermosa la vida si tú me amaras
con la pasión ingenua con que ama un niño,
en el jardín marchito de mis quimeras
florecerían nardos con tu cariño.

Ámame, no me niegues tu amor ardiente,
quérame con el fuego de tu mirada,
deja que en mis delirios cual mariposa
jarda yo en tus pupilas aprisionada!...

Dame la dulce esencia de tus amores
y de tus labios rojos la miel sabrosa:
quiero quedar en ellos aletargada,
como una abeja incauta sobre una rosa.

Ámame para siempre y hasta la tumba,
y no me olvides nunca, porque el olvido,
con sus cenizas negras y abrumadoras,
¡siembra hielo en las almas que se han querido!...

Cantares del alma

Mis poemas y cantares,
mis cantares y poemas,
son la sangre de mis venas;
son mis ansias y delirios;
son los ayes de mis penas;
mis poemas y cantares,
mis cantares y poemas.

Sola y triste...
triste y sola
en secreto voy rimando mis ensueños
por la senda misteriosa de la vida;
sola y triste...
¡triste, sola y dolorida!

Con la alforja del romero
y el bordón del peregrino,
cual un Sísifo doliente con la carga de mi anhelo,
atravieso la pendiente escabrosa del destino;
con la alforja del romero
y el bordón del peregrino.

Nadie sabe que en mi pecho
hay un nido de tristezas;
nadie calma la tormenta de mi fiebre abrasadora;
solamente encuentro alivio de mi madre en las ternezas;
nadie sabe que en mi pecho
hay un nido de tristezas.

De la envidia el can rabioso
me persigue furibundo;
propinóme la injusticia su cicuta ponzoñosa
y tan sólo porque esparso melodías en el mundo;
de la envidia el can rabioso
me persigue furibundo.

Mas no importa que me hieran
los rigores de la suerte;
orgullosa con mi planta las vilezas pisoteo;
cual Petronio valeroso no le temo ni a la muerte,
no me importa que me hieran
los rigores de la suerte.

En el búcaro del alma
tengo amor y poesía...
dulce alondra del ensueño, rimaré mis ilusiones
y un reguero de poemas dejaré en la senda mía,
en el búcaro del alma
tengo amor y poesía.

Deseo

Rojos claveles,
blancas palomas,
copos de nieve,
ricos aromas,
sembrad mi senda de amor y flores.

Quiero esperanza,
quiero ilusiones
y que mi oído amante escuche
dulce latido de corazones,
música alegre, risas de niño;
quiero embriagarme con la dulzura
de algún ensueño que brinde amores...

Rojos claveles,
blancas palomas,
copos de nieve,
ricos aromas:
sembrad mi senda de amor y flores.

Burbujitas

¿Dó corréis,
dónde vais
mansas aguas cristalinas?
¿Dó voláis,
dónde vais
bulliciosas golondrinas?

¡Cuánto envidio vuestra marcha
incansable y peregrinal
¡oh, llevadme, pasajeras,
transformada en leve ondinal!

Yo quisiera zambullirme
en el hondo remolino
y cual rubia burbujita
salmodiar en el camino...

Yo quisiera adormecirme
de una roca entre la grieta,
imitando los cambiantes
de cristalina fazceta...

Y saltar con las ondinas
en las crechetas del remanso,
sacudiendo los cristales
de un arroyo limpio y manso...

¿Dó corréis,
dónde vais
mansas aguas cristalinas?
¿dó voláis,
dónde vais
bulliciosas golondrinas?

¡Golondrinas!... ¡golondrinas,
quiero ser un haz de plumas,
y volar lejos, muy lejos, :
y perderme entre las brumas!...

Así canturreando
mi tierna quimera,
sentada yo estaba
en fresca ribera;
la vista inquietante
mirando hacia el río,
que alegre ondula
su suave albedrío;
la mente extasiada
en gratos pensamientos,
y el alma vagando
allá... ¡por los mares!...

Espejismos

Cruzar de la existencia la corta travesía,
sintiendo la nostalgia profunda del vivir;
llevar el alma henchida de anhelos imposibles,
y en cada sol que alumbra, sufrir y más sufrir.

¿Qué misterioso enigma encierra el ser humano?
¿acaso hemos nacido esclavos del dolor?...
¡si todo ha de brindarnos amargo sufrimiento,
reniego de la dicha, la gloria y el amor!

Felices esos seres cuya alma está dormida,
sin fibras que palpiten al son del sentimiento,
que siguen inconscientes la senda de la vida,
cual pétalos errantes llevados por el viento.

Envidia yo a las flores que brotan en el prado,
fragantes, hechiceras, hermosas y divinas:
quizás ellas no sepan de acíbar y dolencias,
ni sientan a sus plantas punzar crueles espinas.

Quisiera ser un rayo tranquilo de la luna,
viajar en las alturas como un girón de aurora;
hacer un espejismo de mi ilusión ardiente
y un caracol muy hondo de mi alma soñadora.



Un caracol que gima, que cruja y se retuerza,
al son de la borrasca de mi secreto anhelo;
que de las almas buenas me traiga los rumores
de afectos y caricias, ternuras y consuelo.

Y cuando se hunda ufano, como un coral marino,
en el ignoto caos de un mar indefinido,
cual una barca tenue, como un fantasma vago,
llegar a las regiones del tenebroso olvido.

Atardecer

Crepúsculo; tarde.
Plañe la campana ángelus doliente,
ángelus lloroso,
ángelus silente,
que cual una plegaria dolorida
suenan en mi corazón, vibra en mi vida.

El toque de oración en agonía,
sin sonrisas, sin luz, sin alegría...

¡Oh, las almas enfermas de tristeza!
¡Oh, las almas que lloran sin consuelo!
¡Las mendigas de amor sin esperanza!
¡las que sufren torturas y desvelo!

Ellas...
tan sólo ellas descifran el lenguaje
de la campana quejumbrosa,
de la campana lastimera,
de la campana misteriosa.

Ellas,
porque tienen el pecho desgarrado
por la desilusión y el desencanto;
porque engarzan su pena en las pupilas
caldeadas hasta el rojo por el llanto;
porque en secreto guardan el recuerdo
de infortunado amor;

porque hijas son del sufrimiento
y esclavas del dolor...

Pobrecitas almas tristes,
pobrecitas almas mustias,
yo seré el crucificado que os rescate del pesar:
en el cáliz de mi pecho verted todas las angustias,
¡pobrecitas almas tristes,
pobrecitas almas mustias!
yo seré el crucificado que os rescate del pesar...
miserere... miserere...
la campana se ha dormido
y las aves se refugian presurosas en su nido...
¡alegría!... ¡alegría!...
¡adiós pena!... ¡adiós quebranto!..
¡se han dormido entrelazados
el dolor y el desencanto!...

Pensil marchito

Nacen y mueren mis ilusiones
como las flores:
brotan, me embriagan, vierten aromas
dentro mi pecho;
mas cual enjambre de mariposas,
el rumor tenue de mis suspiros
las amedrentan,
baten las alas, alzan el vuelo
y huyen muy lejos del corazón...
¡oh qué fugaces son los delirios
de mi ilusión!

Soy como el cisne que en la laguna
persigue un blanco rayo de luna:
siempre ardoroso, siempre sediento
hunde su pico y no lo alcanza,
porque aquel frágil rayo de luna
es fiel imagen de mi esperanza.

Todos mis sueños se han esfumado
en espirales de humo ligero:
soy jardinero sin heredad ..

Señor Jesús:
por las ternuras de tu bondad,
dadme un oasis
donde floresca la primavera,
dadme unos labios para que absorban
mi amargo llanto;
porque me muero... ¡porque me muero
de desencanto!

Poema soñado

Tendido sobre un campo misterioso,
rígido, inmóvil, descarnado y frío,
en sueños contemplaba a un esqueleto
que alguien me dijo ser del cuerpo mío.

La descarnada boca dibujaba
una extraña sonrisa de ultratumba;
y las cuencas vacías de los ojos
parecían resquicios de una tumba.

Ya de las blancas manos no quedaban
sino hileras de huesos carcomidos,
que descansaban en inercia eterna
en un mismo ademán siempre extendidos.

Cóncavo el pecho sin entraña ardiente,
convertido en un témpano de hielo,
era una rota lira confundida
en la mustia aridez del triste suelo.

¡Oh, dolor!... mi cabeza soñadora
era una cavidad desnuda y hueca,
en donde las arañas devanaban
las diminutas hebras de su rueca.

Mi ser era una ruina milenaria
de horripilantes, lúgubres despojos;
y al verme de tal modo transformada,
temblando de pavor cerré los ojos...

—¿Dó está mi corazón?—clamé gimiendo—
¿qué se ha hecho aquel nido de ternura,
de ensoñación, amor y sentimiento,
de pulsación tan delicada y pura?—

Y sentí que impulsada por la brisa
vino hacia mí dorada mariposa,
y vi encarnar mi corazón en ella,
transformado en un pétalo de rosa.

Llegó la tarde con su faz divina
de ópalo taciturno y cavilante,
y al desplegar su tul, mi yerto espectro
tornóse en un rosal exuberante.

Recordando aquel sueño, desde entonces
por las rosas yo siento adoración,
y a mis labios las llevo con ternura
cual si fuesen mi propio corazón.

Paisaje quimérico

Anoche, cuando dormía,
tuve un sueño misterioso,
cual un espejismo hermoso
que me brindaba placer...
Soñé que estaba sentada
en una verde pradera,
al pie de una enredadera
de flores de rosicler.

La luna en el infinito
rayos de plata rielaba,
y la brisa salmodiaba
del follaje en derredor;
el ruiseñor melodioso,
en dulce arpegio sentido,
trinaba desde su nido
ensalzando al Creador.

De la noche el negro manto
tachonaban mil estrellas,
que esplendorosas y bellas
lanzaban luz de zafir...
En aquel sueño hechicero
quedó embelesada el alma,
mirando en la hermosa calma
gratas quimeras surgir.

¡Oh! qué fresco era el ambiente
en aquel paraje amado,
donde el huerto perfumado
esparcía suave olor;
una fuente cantarina
lánguida se deslizaba
y en su arrullo remedaba
al amante ruiseñor...

Yo no acierto, ni comprendo
quien llevóme a aquel edén,
donde primores se ven
en la noche silenciosa,
para que admire sin duda
la grandiosa soledad...
¡alguna hada por piedad
me puso allí bondadosa!

¡Oh cuán triste es despertar!
es mejor vivir soñando,
porque así vamos pasando,
sin sentir, la adversidad:
es amargo abrir los ojos
y ver que todo se esfuma;
quedar en obscura bruma
¡palpando la realidad!

¡Ay! la existencia es un sueño,
un prisma de mil colores
y un jardín de hermosas flores
para el que nació feliz;
mas es un campo de abrojos
cubierto sólo de espinas,
de dudas muy asesinas,
para el que nació infeliz.

Cuán distinto es el destino
de cada ser en la tierra,
y cuánta locura encierra
el hombre que al fin... ¡es nada!
¡De agua pura y cristalina
para unos hay manantiales;
para otros, sólo fangales
hasta el fin de la jornada!

Ensueño y realidad

Soñé que me transportaba a un astro desconocido
en donde el sol que alumbraba era un clavel encendido;
todo era rosado allí, hasta la arena del suelo,
rosadas las aves raras, rosado el agua y el cielo.

Despojéme en un instante de mi carnal vestidura
y mi terrestre existencia tomó una forma más pura:
al transformarme en cigarra con alas color de rosa
sentí que mi cuerpo leve era una lira armoniosa.

Y volé por los espacios persiguiendo otras cigarras
que despedían acentos y eran arpas y guitarras...
En ese mundo hechicero, grato, sutil, vaporoso,
seres y plantas vertían dulce raudal melodioso.

Era una orquesta continua, era un vaivén placentero,
jamás el alma sentía ningún dolor lastimero.
Bellos esquifes flotaban en el ambiente rosado,
y eran las nubes del cielo como un clavel matizado.

En ese edén primoroso, amor su imperio tenía,
amor que con émbeloso todos los seres unía.
La mente allí concebía grátos ensueños rosados
y los malditos rencorés eran del alma ignorados.

Miré un momento a la tierra, triste, doliente y oscura,
y al verla envuelta en congojas, sentí letal amargura.
¡No quiero, dije llorando, volver a ese infausto suelo,
y estremecida de espanto, alcé muy lejos el vuelo!

¡Mas, ay, que mis tenues alas cayeron hechas pavesa,
y desperté sollozando con inaudita tristeza!

La sombra

Sombra que te proyectas enlutada
cuando ríela la luna sus fulgores;
sombra que trazas en la blanca arena
de dos almas gemelas los amores.

Sombra paralizada de los montes,
tendida cual un manto funerario;
sombra de la alameda retratada
en el largo camino solitario.

Sombra inquietante del rosal florido
que al contacto del aura se estremece;
sombra de aves errantes, sombra de alas,
que cual una visión desaparece...

La sombra, nuestra sombra peregrina,
que como un perro fiel va a nuestro lado
y se hunde con nosotros misteriosa
en el abismo del sepulcro helado.

La sombra, negro espectro sin entraña,
impalpable visión que nos persigue;
pincelada sin luz de nuestra huella
que sin descanso y por doquier nos sigue.

¿Eres fantasma o realidad o nada?
¡oh sombra compañera, sombra hermana!
¿acaso eres la Intrusa que nos lleva
lentamente en su negra caravana?

Descarnada silueta, alma sin alma,
te quisiera tomar entre mis manos
y que me cuentes compasiva al oído
el misterio sin luz de tus arcanos.

Enigmas del alma

En vano reservas el dulce secreto:
sé bien porque sufres,
sé bien porque lloras,
tus tiernas miradas te han hecho traición;
conozco el secreto que tanto me ocultas,
conozco el enigma de tu corazón...

Tu faz macilenta de pálido lirio,
tus ojos enfermos de insomnio y pesar,
tus hondos suspiros, tu amarga tristeza,
revelan a gritos tus ansias de amar.

Ya ves, es inútil que callen tus labios,
bien puedes contarme tu afán, tu dolor;
cual una gitana febril y entusiasta
descifro en los ojos las penas de amor.

No, altivo, te impongas el cruel sacrificio
de ahogar en tu pecho la ardiente pasión:
imita a las aves que en trinos revelan,
con dulce ternura, su amor, su ilusión.

¡Oh! dime al oído,
muy quedo, en silencio,
la frase elocuente que al alma embelesna;
desgrana el arpegio
de dulces acentos
¡y calma con ellos también mi tristeza!

Los seres que esconden su afán lisonjero
y en sombra y silencio sepultan su amor,
marchitan su vida, desfloran sus sueños
y al fin languidecen sin fe, ni calor.

No vuelvas a mirarme...

No vuelvas a mirarme, te lo ruego
con toda el alma;
no vuelvas a mirarme que tus ojos

son dos ascuas fervientes que me abrasan
y me roban la calma.

Déjame en paz, con mi tristeza amarga
devorar la existencia;
no quiero que me mires... no... no quiero...
perdieron ya su esencia
mis gratos sueños de color de rosa;
de mi ilusión huyó la mariposa,
y anhelo hacer del enlutado olvido
mi morada sin luz, mi amante nido.

Las flores de mi huerto están marchitas
y mi vida es un yermo;
no intentes reanimar con tus miradas
mi corazón enfermo.

Bien sabes que una hoguera cuando quemu,
quema una sola vez:
extingue el viento la candente llama
y un montón de cenizas y de escombros
sólo queda después.

Huyen las aves del deshecho nido
donde expiró el amor:
déjame así, que abandonada quiero
vivir con mi dolor.

No vuelvas a mirarme, te lo ruego,
te lo ruego por Dios;
no vuelvas a mirarme, que un abismo
existe entre los dos.

Bohemio

Tus pupilas profundas y enigmáticas
que reservan incógnitos misterios
y sueñan cual esfinges pensativas
en la paz de los blancos cementerios...

Tus pupilas, linternas apagadas
por el soplo falaz del desencanto,
son dos perlas dolientes que han surgido
sobre el mar proceloso de tu llanto.

Tus pupilas enfermas y tus párpados
que enervaron la fiebre del ensueño,
han pintado en tu faz cárdena ojera,
difumino sutil de un triste sueño...

Sé que cantas bohemio... sé que sigues
la senda gris de una misión errante,
vertiendo en tus cantares el acíbar
de tu estoico sufrir de caminante.

¡Adelante, bohemio, en tu camino;
no desmaye tu espíritu altanero;
arranca de tu pecho las espinas
y ríe de este mundo traicionero!

¡Salud, bravo adalid de las quimeras,
bebamos la ilusión en este vino;
también yo tengo el corazón bohemio
y como tú, desafilaré al destino!

"Spleen"

A veces siento una nostalgia horrenda
de vivir esta vida de pesares
y sufrir los continuos azahares
que la duda nos brinda y el dolor.

Tórnase todo en mi redor sombrío,
y el corazón, cubierto de crespones,
desecha con furor las ilusiones
y los vanos ensueños del amor.

Y el mundo es tan pequeño y despreciable,
que aborrezco a los seres y a las cosas,
y levanto mis manos temblorosas
implorando piedad al justo Dios.

Y lloro amargamente por mis penas...
por el dolor de todos los que sufren
los odiosos rigores del destino...
por aquellos que crueles acibaran,
con su ponzoña vil, mi azul camino.

Y siento compasión por estos seres,
alimañas que moran en el suelo,
y por ellos mis lágrimas derramo,
«¡perdónalos, señor!» clamando al cielo...

Y después de verter la última lágrima,
mi corazón tranquilo y en bonanza
con más brío se apresta a la jornada,
comulgando en mi cáliz... ¡la esperanza!

El epitalamio de las flores

Hermano, el de los sueños imposibles,
la calma de esta noche confidente
nos convida a pensar... hermano mío,
dime el secreto que tu pecho siente.

Ven, acércate a mí, que tengo frío;
dame a beber el néctar de tus sueños,
y esta senda sigamos, abrazados,
como dos hermanitos muy pequeños...

¡Qué silencio!... ¡qué calma!... todo duerme
bajo el fulgor amante de la luna:
sueñan los lirios y las rosas sueñan
en el idilio blanco de una cuna.

Sentémonos al borde de esta fuente,
que proyecta una sombra vagorosa
salpicada de encjes nacarinos,
de hojas secas y pétalos de rosa.

Mira aquel rayo pálido que duerme
de la fontana en el sutil regazo,
acariciado por el blando arrullo
de una divina música de raso.

Del huerto los naranjos se estremecen;
suena el epitalamio de las flores;
¡jarrodíllate hermano!... reverentes,
entonemos un himno a sus amores...

Se desposan las místicas violetas
con los rojos claveles palpitantes;
las azucenas con los lirios blancos;
las rosas con los nardos excitantes.

Ofician con piedad los heliotropos
y salmodian las dalias peregrinas,
que con las margaritas y amapolas
forman la corte azul de las madrinas.

Y son los pensamientos y miosotis
pequeños paicillos de la fiesta,
que deraman aroma e ilusiones
en la senda triunfal de la floresta.

Repican con afán las campanolas,
y bailan las hortensias arrogantes,
en disfraz caprichoso de manolas,
junto a los girasoles, sus amantes.

El luciente cortejo de las flores
se corona de blancos azahares,
y en el cielo titilan las estrellas,
como cirios de luz en los altares.

El momento nupcial del primer beso
se aproxima inebriado de ventura;
tiemblan las novias de emoción amante
y bajan con pudor la frente pura.

Hay rumor de caricias en el prado
y temblor de armonías en la brisa;
mientras lenta la noche misteriosa
como leve fantasma se desliza...

Ya se oculta la luna somnolienta
en su lecho de sombras fugitivas:
todo duerme en la calma... pasa el viento
robando aromas y trochando vidas...

Hermano, el de los sueños imposibles,
¿sientes tu nocturnal melancolía...?
¡juntemos en amante confidencia
la emoción de tu alma y de la mía!

El marino

Ha llegado el marino de las playas del mar:
en su cuerpo yo he visto de los tumbos bravíos
los espasmos copiar.

Ha traído en sus manos barquichuelo de espuma;
han robado sus ojos el fulgor a la luna,
han robado sus labios del coral el carmín.

¡Oh, mi extraño viajero!
¿Qué me cuentas al fin?...
¿Por qué miro en tu rostro
reflejarse la pena?...

—En los mares lejanos una hermosa sirena
me cantó las canciones que enloquecen el alma,
y es por esto, mi vida, que he perdido la calma.

Me marea la tierra con su suelo grosero,
su ponzoña iracunda, su arsenal de pasiones;
es más grato embarcarse sobre un mar cristalino,
desafiar a las ondas, ser un bravo marino,
y con finos anzuelos, apresar emociones...

Yo he mirado el paisaje dilatado y sonoro,
cuyo azul horizonte es un muro de espuma;
y conozco el alcázar de los blancos luceros
hacen guardia las noches custodiando a la luna.

He caído de hinojos al mirar el sepulcro
insondable, grandioso, de vaivén ondulante,
donde Febo en ocaso desmayado zambulle
como un ruro pescado, tornaol y gigante.

Buceando tesoros ocultos,
el mar me inspira:
el mar sonoro como una lira;
el mar azul, sereno como el cielo,
con esquifes raudos
de veleros tenues,
donde bogan silbos, náyades, sirenas...

Y el mar tormentoso de olas de montaña,
que oculta langostas, tiburones fieros,
caimanes horribles y enormes ballenas.

Marcharé muy pronto a la hermosa playa,
a coger, ufano, conchas primorosas
de diversas formas y lindos colores:
conchas que semejan mariposas blancas,
rojos corazones, pétalos de flores.

Quiero que mañana, cuando la Enlutada
desfllore mi vida con su mano fría,
mi cuerpo amortajen en un tenue manto
y lo arrojen luego a la mar tranquila,
que será mi blando y bello camposanto.
En el mar mi cuerpo será el alimento
de ágiles pescados o gaviotas raudas;
mi materia inerte será redimida
con escamas rojas o con áureas alas,
volverá de nuevo a cruzar la vida.

Devora al cadáver fétido y mal sano
esta tierra inmunda con su gusanera;
volver a la nada... convertirse en polvo...
¡Oh Dios! ¡No permitas que en la tierra mueral...

Invernal

El día está enlutado,
sin luz y sin auroras;
los pájaros no entonan
sus cánticos de amor;
los árboles gigantes
que pueblan la llanura,
sembrando la natura
de galas y verdor,
parecen sumergidos
en un dolor profundo,
espectros de otro mundo
cansados de llorar;
el aura pasajera
no canta en el follaje;

y está quieto el ramaje
cual mustio palomar.

Los montes rebujados
en mantos de neblina,
ocultan recelosos
su frente alabastrina;
y balan las ovejas
con eco suplicante;
y exhala mil suspiros
el pecho delirante...

Una llovizna tenue
azota la vidriera
con un rítmico acento
de nota plañidera;
en tanto, que yo triste,
mirando en lontananza,
huir veo muy lejos
al dios de la esperanza;
y llena de amargura
soñando con tristeza
en un caos sombrío,
se pierde mi cabeza,
y cruzan los recuerdos
lejanos del pasado,
como un fantasma vago
lloroso y desolado...

. ¡Oh triste vida humana,
que vas toda medrosa
a tientas caminando
a la insondable fosca!...

La tarde languidece,
llovizna y hace frío:
¿no sientes, caminante,
cansancio y crudo hastío?...

Ya cierra sus ventanas
el sol que no calienta
y asoma acongojada
la luna macilenta...

Desplega el negro manto
¡oh noche, noche oscura,
y esconde mis tristezas
en tu honda sepultura!

El río

El río es una sierpe de entrañas de diamante,
que ondula su corriente con incansable anhelo;
el río que se aleja cual raudo caminante,
copiando en sus cristales la bóveda del cielo.

Su margen floreciente de helechos y retama
acoge los rumores de linfa bullidora,
y besa las espumas que el viento desparrama
en nacarinas perlas de insólita blancura.

El río en la llanura sedienta y arenosa
derrama sus raudales cual germen bendecido;
fecunda el llano estéril su huella portentosa
y alfombra los desiertos de oasis florecido.

Intrépido viajero, jamás su marcha altera,
y corre, corre altivo, rimando en son eterno
fragantes madrigales de hermosa primavera,
romances de verano y endechas del invierno.

¡Oh río! yo te amo porque en tu azul corriente
las aves peregrinas mitigan sus ardores;
porque en tu terso espejo, inquieto y reluciente,
la luna solitaria derrama sus fulgores.

El sauce rumoroso inclina su follaje
y besa reverente tu linfa cancionera;
te ofrendan sus verdores las frondas del paisaje,
te borda con sus flores la hermosa primavera.

Si en tu remanso suave zambullo embelesada,
me halaga la caricia del agua cristalina,
que torna a su contacto mi carne sonrosada,
más fresca que una brisa, más leve que una ondina.

Permite que en tu lecho cual perla bullidora
yo entone los cantares fervientes del camino;
viajar quiero en tu barca de espumas y de aurora
a ignota lejanía en pos de mi destino.

Vida campestre

Diríjome al prado alegre y dichosa,
robando a mi madre dulcísimo beso,
escojo una senda florida y hermosa
y corro por ella cual niño travieso.

Arranco un miosotis, arranco una rosa,
y formo en mi mano buquet perfumado;
persigo entusiasta fugaz mariposa
y siento que late mi pecho agitado.

Exangüe y cansada me tiendo en la grama,
al pie de un pomero que aromas derrama,
cunjado de flores de nítido lampo.

Y pasa la hora tranquila y serena,
sin ruda zozobra, sin ruido, sin pena...
¡Qué dulce es la vida!... ¡la vida del campo!...

Viajero

Diciembre pasa lento como un cansado anciano;
sus ojos macilentos derraman tierno llanto,
al ver que de sus días el fin está cercano
y ya los yertos brazos le tiende el camposanto.

Su vieja senda mira temblando de tristeza,
y ve en el escenario de su pasada historia
las gratas ilusiones trocadas en pavesa,
sin luz, sin esperanza, sin lauros y sin gloria...

¡Pobre diciembre triste, hermano de mis penas,
quisiera yo legarte la sangre de mis venas,
cargar con tu equipaje, seguir por tu sendero!

¡E irne lentamente, perdida en la llanura,
hasta encontrar muy lejos al invencible Arquero
que calma las nostalgias de la existencia dura!

No sufras...

Díme ¿por qué tan obstinada y triste
viertes a solas ardoroso llanto?...
¿por qué tu frente juvenil y hermosa
se doblega cual tallo macilento?...
Adivino tu amargo sufrimiento:
es que has amado un día
con la locura de tus quince abriles;
y aspirando el aroma de unas flores,
soñaste en la ventura de un cariño
mientras brotaban en tu pecho amores.

¡Pobre capullo enfermo!
ya sé que de tu alma se levanta
el eco de un recuerdo que te aqueja...
¡olvida lo pasado, que la vida se aleja
y es muy triste vivir de una quimera!...

Todo es fugaz en el voluble suelo,
y el tiempo pasa cual ligero viento
deshojando tristezas y alegrías
y recuerdos de amor y sentimiento.

No ves como en la fresca primavera
vístese el prado de verdor ameno
y aparecen mil flores matizadas
que despiden aroma de su seno.

Pues, así, de tu pecho solitario,
agostado al calor de tus dolores,
brotarán algún día nuevas flores
adornando tu pálido santuario...
¡Valor!... valor, doliente sensitiva,
ríe otra vez con apacible risa;
valor, que así es la vida;
ya surgirá de nuevo otra esperanza
de tu muerta ilusión desvanecida.

No despiertes mi ilusión

¡Silencio!... Que tus frases ardorosas
no perturben la calma de mi pecho,
donde duermen las blancas mariposas,
que hacen del corazón su blando lecho.

He cerrado la puerta del santuario
y están presas en él mis ilusiones;
no me pidas la llave, que al osario
la arrojé con mis hondas decepciones...

En vano vienes con tu amante queja
a perturbar la calma de mi reja;
deja tranquila la ilusión que duerma...

No despiertes las locas mariposas
que están dormidas en las secas rosas
del marchito rosal de mi alma enferma.

Pasionaria

Amor ¿no miras en mis tristes ojos
la expresión de mi pecho que te adora?...
¿no percibes el férvido suspiro
que con temor del corazón se exhala,
cuando cerca de ti el alma tengo
traspasada de un dardo abrasador?

¿Habrá dolor más insondable y negro,
que aquel que guarda el corazón enfermo,
al ver cambiada su ilusión en yermo
y al sol de la esperanza sin fulgor?

Mis labios cual la losa de un sepulcro,
¡ay! ¡jamás se abrirán para decirte
que te amo con pasión, amado mío,
y moriré y moriré de frío,
sin el abrigo de tu dulce amor!

Te amo en silencio con cariño inmenso,
y a solas devorando mi pasión,
llevaré en mi sendero solitario
tu imagen como un santo relicario
esculpida en mi ardiente corazón...

Quizá mañana cuando el alma deje
la frágil vestidura que la encierra,
yo te vuelva a encontrar, dueño imposible,
en un mundo mejor do no hay quebranto,
entonces convertida yo en paloma
te arrullaré con mi apacible canto,
y tú al imán de mi canción, rendido
posarás en mi seno tu cabeza,
llorando como un niño arrepentido.

La espera

Como la amante Samaritana,
te espero al borde de la fontana
para brindarte del agua clara
de mis amores...

Ven, dulce amado desconocido,
por el sendero de mi destino,
te aguardo ansiosa
con frescas flores.

Ven platiquemos grata leyenda
de corazones que se han unido,
mientras formemos de madre selvas
una guirnalda para Cupido...

Amor, no tardes, que desfallezco;
quiero en tus ojos calmar mi anhelo;
que tus pupilas tengan, amado,
la transparencia de un claro cielo,
porque, cual dulce Samaritana,
amo los ojos grandes y bellos
que se asemejan a una fontana.

Que tus palabras tengan acentos
de melodía,
que tus sonrisas halagadoras
calmen mi pena,
y que tus rojos labios sensuales
guarden dulzores
de una colmena.

Al tierno halago de tus caricias,
sienta mi pecho gratas unciones,
para ofrecerte pleno de amores
el dulce arpegio de mis canciones.

Escepticismo

La negra realidad me ha visitado
con su saña de fiera enfurecida,
y mi pecho doliente y desgarrado
ya conoce las farsas de la vida.

¿Qué es el amor? ¡oh Dios!... fatal veneno,
serpiente con escamas deslumbrantes,
que al penetrar en nuestro amante seno
clava en el corazón dardos punzantes.

¿Qué es la ilusión?... un prisma de colores,
que el sol de los ensueños ilumina
y queda sin reflejo y sin fulgores
cuando la tarde del amor declina...

La negra realidad me ha visitado
con su saña de fiera,
y escéptico mi pecho, desgarrado,
ya no cree en las farsas de la vida.

Tan sólo creo en el dolor que vive
clamando en nuestras fibras cual mendigo:
él por doquiera nuestras huellas sigue,
como el más tierno y cariñoso amigo.

Dulce y santo dolor, con tus buriles
vas modelando el corazón humano...
¿quién no arranca una flor de tus pensiles
y no siente el contacto de tu mano?

En tu crisol, hecho de amor y llanto,
se purifica el corazón del hombre;
el niño al balbucir desde la cuna
con misteriosa voz dice tu nombre.

¿Quién no bebe en el chorro caudaloso
de tu azul, melancólica piscina?...
¡oh dolor! para todos generoso,
¡quiero hundirme en tu fuente cristalina!...

La poetisa suicida

I

Era una noche silenciosa y triste...
la luz de las estrellas, macilenta,
titilaba en el cielo tenebroso
con ansiedad desfallecida y lenta.

Rugía el viento con furor extraño,
y al impulso de su ímpetu furioso,
de las puertas, los goznes rechinaban,
con temible chirrido pavoroso.

Y mi aposento, lúgubre y sombrío,
parecía una tumba abandonada...
y yo, una flor de loto desmayada
en la ribera de un estanque frío.

Las zagalas, bohemios y princesas,
de los cuadros colgados sobre el muro,
parecían moverse dentro el marco
tras un tinte de luces semioscuro...

Circulaba la sangre por mis venas,
helada de pavor, yerta de frío,
y los espectros de mis sueños muertos
golpeaban con furor el pecho mío.

Y en esa noche silenciosa y triste,
ávido el corazón de amor profundo
al ver deshecha mi ilusión primera,
imaginé que agonizaba el mundo.

Y repasaba, delirante y loca,
sus promesas de amor, sus juramentos...
¿los cumplirá?... mi labio repetía,
porque algo triste mi alma presentía
en la negra ansiedad de esos momentos.

Pues cuando el corazón inquieto late
lanzando con dolor suspiro ardiente,
lleva en su impulso la secreta magia
de adivinar el porvenir doliente...

II

Améle como se aman en el prado
la tierna abeja con la flor galana;
y como se aman en el bosque umbrío
el dulce ruiseñor y la fontana.

Con el afecto de la luz y el agua
con la diaphanidad del firmamento;
porque el cariño del amor primero
tiene más fe, ternura y sentimiento.

Despetalé mi corazón ardiente
sobre su corazón que mentía,
y le ofrendé los sueños de mi mente,
hermanando con su alma el alma mía.

No supo comprender mi amor inmenso
ni el ardor de mi mente soñadora,
y expiraron mis ansias en mi pecho
como un bouquet en flor que se desflora.

Y me olvidó el ingrato, porque tuve
el mal divino de pulsar la lira;
porque mi pensamiento surge y quema
como las ascuas de candente pira.

Porque era ingenua mi pasión sencilla,
ebria de afán y de ilusiones llenas...
porque quise verter gratas unciones
en su pecho, como una hermana buena...

III

Huérfano el corazón ¡ay! desde entonces
ya no tiene ilusión, paz, ni ventura:
el frío escepticismo ha deshojado
el lirio de mi fe, cándida y pura...

Hombres traidores, mariposas vanas
que pasáis por doquier fingiendo amores,
no marchitéis la fe de las mujeres,
no deshojéis de su candor las flores.

No inyectéis con la duda ponzoñosa
la virginal corola de su seno,
¡porque la desconfianza es un gusano
que destila zozobras y veneno!

IV

¿Dó están mis ilusiones?... ¿qué se hicieron
los apacibles sueños de mi mente?...
¡ay, como sombras, sin piedad huyeron,
enturbando mi dicha sonrientel

Y mi alma enferma sin cesar divaga
en las pálidas noches sin consuelo,
secreteando sus quejas con el viento
que se arrastra gimiendo por el suelo...

Y entre la sombra con dolor lamenta
el triste idilio de su amor perdido:
el labio ansioso, la mirada incierta
y el corazón por el pesar roído...

V

Conservo unos recuerdos que el perjurio
un tiempo me ofreciera complacido:
recuerdos tristes de mis sueños muertos,
despojos yertos de mi amor perdido...

Un frasco de perfume cuya esencia,
arrancada a una flor de jazminero,
evaporóse al soplo de la brisa.
cual su afecto liviano y pasajero.

Unos ramos de flores, que marchitos
me dicen que su amor fué una quimera;
y se agostaron como blancas rosas
mis ensueños en flor, de primavera.

Y unas cartas... ¡ay Dios! con mil mentiras,
que sin piedad me las mandó el tirano,
con promesas de amor y juramentos
que nunca los sintió su pecho insano.

Cada vez que contemplo estos objetos,
desfallezco con lánguido desmayo,
y cual lava profusa y desbordante,
en mi pecho la sangre se acumula;
mi cerebro es un caos tenebroso
y el corazón palpita receloso.

VI

Todo está negro en mi redor sombrío:
el susurro del aura es un gemido;
y un tropel de fatídicos espectros
avanzan hacia mí, con paso incierto,
como avanzan las fieras carniceras
lentamente asechando en el desierto...

¡Huíd!... ¡Huíd, siluetas carcomidas;
lejos de mí, fantasmas del recuerdo!

VII

Del destino en las fieras tempestades,
mi infeliz existencia ha naufragado
en el hondo turbión de decepciones,
do mis sueños de amor se han marchitado.

¡Señor!... pon una luz en mi sendero
que alumbré el negro abismo de mi pecho,
pronto... ¡Dios mío!... tu socorro espero
porque ya siento el corazón deshecho.

No puedo soportar el cruel martirio
de esta lenta agonía matadora...
me extermina la fiebre del delirio
y del dolor la sierpe me devora.

Vaya a buscar la calma en el olvido
la barquilla sin fe del alma mía;
ya mi fatal destino está cumplido,
quiero dormir en una tumba fría!

¡Dé fin este veneno a la tormental... (Consume el tóxico).
¡extinga el fuego de este amor terrible!
¡vivir así, sufriendo, es muerte lenta!
¡termine mi dolor en lo insensible!

¡Adiós, funesto amor!... ¡amor inmenso!...
¡adiós, desilusión!... ¡dolor!... ¡quimera!...
ya siento de la muerte el frío intenso...
oír la queja de mi voz postrera...

Languidecen las fibras de mi pecho;
siento que el universo se derrumba...
reciba mis despojos... este lecho...
ya... me llama... ¡el misterio de la tumba!...

Madre

Hermosa floración de los rosales,
préstame tu perfume y tus colores;
exuberante miel de los panales,
dadme el fragante néctar de las flores...

Porque anhelo verter en mis canciones
el numen de un ardiente pensamiento,
y derramar mis gratas emociones
en el cofre de luz del sentimiento.

Quiero cantar un nombre idolatrado,
a cuyo acento melodioso y puro
se siente el universo emocionado
y se doblega el corazón más duro.

Nombre que con un *fiat* omnipotente
brotó en la creación grande y fecundo,
cual un astro de amores refulgente
que hace surgir y palpitir el mundo.

¡Madre!... ¡Madre!... ¡oh nombre soberano,
epopeya gloriosa y bendecida
que se dilata como el vasto océano,
legando amor y bienestar y vida!

Nombre que lo repite el tierno niño
al rayar en su labio los acentos;
nombre que nace del filial cariño
y hace divinizar los sentimientos.

Madre, dice el cordero en su balido;
madre, la hoja en su tenue balanceo;
los pajarillos en el blando nido
dicen ¡madre! en su débil cuchicheo.

Esculpirse debiera aqueste nombre
con cinceles de luz en cada frente,
para que lleno de ternura el hombre
sus afectos le ofrezca reverente.

¿Qué es la madre?... La madre, ángel piadoso,
vaso de abnegación y amor divino,
que con afán prolijo y bondadoso
nos quita las espinas del camino.

La madre es la leona valerosa
que a combatir se apresta por sus hijos;
la madre es la matrona y es la diosa
de ojos en sus deberes siempre fijos.

¡Ah, el hogar desierto
donde la madre falta!
¡es nido sin amores
y solitario huerto
sin color y sin flores!...
¡ah, el hogar sombrío
donde tiemblan los huérfanos de frío! ..

Pobrecitos aquellos que no vieron
de su madre la faz idolatrada,
porque, al darles la vida, ellas murieron
como una heroica flor despetalada.

No han probado, los tristes, sus caricias
ni el dulzor han bebido de sus besos;
no han gustado a su lado las delicias
de aprender sus cantares y sus rezos.

Infelices los huérfanos que lloran
sin amor, sin halagos, ni consuelo:
gimen a solas con el alma herida
la soledad amarga de su duelo...

Hermanos, a los niños huerfanitos
demos pan y caricias y consuelo...
¡pobrecitos, van solos!... ¡pobrecitos!...
¡nos pagarán sus madres desde el cielo! ..

Padre

Tus adorables ojos, padre amado,
tienen la placidez de una mañana
que diluye armoniosos madrigales
sobre el terso cristal de una fontana;

tus ojos azules,
serenos como el cielo,
grandes como tu espíritu,
dulces como mi anhelo.
¡Oh tus ojos, tus ojos embrujados,
de ternura y ensueño,
que son como dos gotas de un diamante
burilado en un sueño!...

Para formar tus hechiceros ojos,
la maga del ideal y los amores
juntaron linos, violetas y miosotis
en un jardín de perfumadas flores;

pidieron al día un jirón de aurora;
a los astros, fulgor de sus fanales;
ardorosa inquietud a los insectos;
y a la ondina del mar, bellos cristales.

Y surgieron tus ojos primorosos
en una floración fosforescente:
puros, azules, grandes, amorosos,
como brotados de un suspiro ardiente.

Abarcan mi existencia tus miradas
como maga antorcha del firmamento;
en ellas se concentran mi esperanza,
mis delirios, mi amor, mi sentimiento...

Ojos que sois el faro de mis ojos,
la luz de mis pupilas bendecida;
ojos que adoro como al sol naciente
porque ahuyentan la noche de mi vida.

Mientras dure el fulgor de tus pupilas,
no llorarán las mías sinsabores;
habrá luz esplendente en mi sendero
y, en el pensil de mi alma, hermosas flores...

Ingenuidad

Cuando a tu lado estoy, madre adorada,
olvido las tristezas de mi alma,
porque la dicha encuentro en tu mirada,
que es cual un mar de bienhechora calma.

Como a un niño mecido en el regazo,
tus palabras me arrullan, madre mía;
tus caricias son suaves como el raso
y es tu amor mi embeleso y alegría...

Besa mi frente con tus dulces labios,
besa mi boca, compañera amante:
hay en tus besos de ternura sabios
un raudal de embriaguez emocionante.

Eres la estrella de mi hermoso cielo,
eres la hermana cariñosa y buena
a quien confío mi ilusión, mi anhelo,
con quien comparto mi placer, mi pena.

Tú eres mi amor, mi inspiración, mi vida,
y en este mundo mi mejor amiga...
Madre del corazón, madre adorada,
¡Dios levante su diestra y te bendiga!

Para un hijo ausente*

¿Sabes que son veintiún años, madre mía,
que han pasado por mí? ..
Veintiún años es un ser con la cabeza
llena de planes, gloria, frenesí;
llena el alma de fuego, de alegría
y una que otra tristeza juvenil;
lleno el cráneo de patria, de esperanza,
y todo el corazón... ¡lleno de til...

• • •

Veintiún años, veintiún años, hijo mío,
son veintiún primaveras que han pasado
por la clepsidra de tu tierna vida
como un soplo de brisa perfumada...

En la alborada de tus veintiún años,
broten lauros, sonrisas y fulgores;
alfómbrese tu senda de ilusiones,
y acariciarte vayan mis amores.

* Estrofas encargadas por una madre.

Estás lejos de mí... Tu larga ausencia
tortura de pesar mi pecho amante;
mas ya que has emprendido una jornada,
¡valor, hijo del alma, y adelante!

Sigue tu ruta azul por esos mundos,
torbellinos de luz y movimiento;
te guiará mi maternal cuidado
y estará siempre en ti mi pensamiento.

Como la abeja que libando pasa
de las flores el néctar delicioso,
busque tu corazón nobles lecciones
en las artes y ciencias afanoso.

Nunca pierdas la fe de tus creencias,
sé bueno, sé constante y generoso;
no olvides a tus padres y a tu patria;
encomiéndate a Dios, sé fervoroso...

Qué feliz si yo pudiese
ir a ti convertida en avecilla,
a contemplar los dos el vasto océano
desde la fresca y espaciosa orilla;

recoger caracoles en la playa,
darte un beso en la frente soñadora
y sentir cual se esfuma, lentamente,
impasible, la vida, hora tras hora.

Admirar como se hunde en el océano
sin fin el astro agonizante,
y abrazados los dos, siempre abrazados,
tener un mismo corazón amante.

Y esperar las tinieblas de la muerte,
y aguardar el misterio del olvido,
apoyada en mi seno tu cabeza
cual un polluelo en el caliente nido.

En vano el hado impío con su saña
me ha alejado de ti con tiranía,
porque te nombra y evoca el alma mía
en amante delirio enternecida.

¡Me es imposible vivir sin tu recuerdo,
puesto que tú eres... ¡la vida de mi vida!

.....

.....

Le entregué las estrofas que anhelante
pidió escribiese para su hijo ausente;
en su mirada bondadosa y tierna
pude leer su corazón ardiente...

En silencio bañaron sus mejillas
dos lágrimas cual perlas milagrosas,
que en mi ilusión las vi cuando casan
cristalizarse en perfumadas rosas.

Su sonrisa impregnada de tristeza
lleva escrito un poema de ternura;
hay en su corazón nido de amores
y en sus ojos effluvis de luz pura.

Es tan noble, tan buena y resignada
y hay en su hermosa faz dulzura tanta,
que encontrar me parece impreso en ella
la mujer fuerte que la biblia canta...

La nieve de las penas, más que el tiempo,
ha plateado su undosa cabellera,
que destrenzada en ondulantes hebras
semeja una gentil enredadera...

¡Oh, la madre!... ¡la madre!...
Al pronunciar este bendito nombre,
reverente se inclina el alma mía...
¡Madre, quiere decir ternura santa
y abnegación y amor y poesía!...

Madrigal

Rimaré una canción toda dulzura
para tu alma bondadosa y pura:
una canción que tenga la fragancia

de las rosas balsámicas de Francia;
la exquisitez de tus palabras suaves,
como el arpegio de canoras aves.

Escanciaré mi corazón ardiente
sobre tu corazón, cáliz ferviente;
seré a tu paso flor de primavera
para que me acaricie tu quimera;
seré nota vibrante en tu piano
para besar la seda de tu mano;
y tinte de crepúsculo y aurora
para inspirar tu numen de pintora...
seré pájaro, luz, brisa, embeleso,
ensueño y flor y rima y armonía,
para que me regales tus amores
y fraternice tu alma con la mía.

Campesina

Campesina hermosa, deja que contemple
de tu esbelto cuerpo la envidiable forma
que pulió el capricho de cincel divino,
cual bella escultura
de tanagra pura.

No ocultes el rostro, morena hechicera,
bajo el cortinaje de tu cabellera,
negra como el ala de una golondrina;
Dorila, graciosa,
descubre al momento
tu cara preciosa.

Quiero que en tus ojos de Diana incitante,
la locura brille de tu rojo instinto
como dos luceros en fosforescencia:
¡mira, te lo ruego,
quéname en tu fuego!

Copien tus pupilas la gala del prado,
y sean tus ojos un mar de esmeralda
en donde naufraguen los sueños del alma;
tu dulce mirada
es cual ardorosa,
febril puñalada.

Escancie tu boca la alegre cascada
de una carcajada que ahuyente al dolor;
con la resonancia de grata armonía,
viertan, campesina,
sonrisa divina
tus labios en flor...

¿No ríes?... ¿Suspiras con honda ansiedad?
Pues dime, labriega ¿cuál es tu quebranto?
¿acaso presentes el triste anatema
que lleva en su vida
tu raza oprimida?...

Zagala preciosa, tu talle altanero,
tus ojos, tu boca, tu risa, tu pelo,
es de una princesa que honrara un imperio.
No sufras, pastora,
no quiero que lloren
tus ojos de aurora.

Labriega, afanosa Ruth de los trigales,
más fresca que un lirio de la primavera,
deja que suspenda un ramo de flores
sobre el cortinaje de tu cabellera.

El poema de la aldea

I

¡Oh, qué ambiente milenario
se respira en esta aldea,
donde el alma saborea
el dulzor de paz tranquila;
cuán monótonas las horas
vuelan grises al olvido,
en el lánguido sonido
de la antigua y ronca esquíal

Mas que pueblo de vivientes,
me parece, visionario,
un rincón imaginario
de un planeta abandonado,

con sus calles tapizadas
de musgosa y verde alfombra,
adormidas a la sombra
de los árboles del prado.

Y sus casas, patriarcales,
de techumbre macilenta,
do la seca paja ostenta
un color indefinible.
El convento, silencioso,
y la iglesia derruida,
triste, fría, carcomida,
misteriosa y apacible.

Sin el místico reflejo
de albos cirios refulgentes,
sin guirnaldas florecientes
ni sagrario engalanado.
En los húmedos altares,
viejos santos desteñidos,
polvorosos y destruidos
por el tiempo despiadado.

¡Oh! el templo solitario
donde moran los fantasmas
y los duendes y los miasmas
de ultratumba en banda incierta.
tiene el tinte saturado
de las lúgubres consejas,
un olor de cosas viejas
y un rumor de voces yertas.

Mi alma se hace entre sus ruinas
golondrina soñadora,
y medita y canta y llora
sus arcanos descifrando,
y en mi anhelo amedrentada
miro sombras vagorosas,
que cual negras mariposas
pasan quedo revolando.

Me conmueven hondamente
sus ojivas aplastadas;
sus vidrieras empañadas
que no infiltran los reflejos;

los lugares apartados
donde tejen las arañas
el telar de sus entrañas
y hacen leves castillejos.

Tiene el cura de este templo
lengua barba y tipo extraño,
me parece un ermitaño
recordando sus amores,
este amable y buen anciano,
que vigila con gran celo
de Himeneo el sacramento,
del amor el juramento,
bendiciendo con su mano.

II

La aldeana candorosa
de ojos glaucos, soñadores,
va guiando su ganado;
con su mano diligente
hila un copo blanquecino,
mientras anda en el camino
triste, largo y desolado.

En su rostro sonrosado
se refleja la inocencia
y la paz de su conciencia
de blancura de azucena;
ella es reina y es esclava
de su hogar sencillo y bueno;
y en su afán dulce y sereno,
cumple activa su faena.

Ella ordeña el blanco néctar
de la ubre sonrosada,
y a su vaca, la «Mimada»,
la apacenta en la pradera;
y encamínase a la fuente
a lavar su vestidura
sobre agreste piedra dura,
canturreando su quimera...

¡Oh! qué ambiente milenario
se respira en esta aldea,
donde el alma saborea
el dulzor de paz tranquila;
cuán monótonas las horas
vuelan grises al olvido,
en el lánguido sonido
de la antigua y ronca esquila...

III

Sobre una planicie enhiesta,
en un árido peñón,
han formado el panteón
de la aldea peregrina:
unas pocas cruces blancas
son su adorno y compostura,
y un montón de tierra dura
que el ardor del sol calcina.

De los grandes mausoleos
no hay en él la arquitectura,
ni del mármol la escultura
por el arte modelado;
no hay callejas adornadas
de ciprés adolorido;
no hay un árbol, no hay un nido,
ni un helecho perfumado.

Allí duermen los labriegos
arrullados por la brisa
que en la arena se desliza
como sierpe cautelosa,
musitando en cada tumba
la canción de los rosales
y el vaivén de los trigales
en salmodia quejumbrosa.

Desde el fondo de la peña
del sombrío cementerio,
se alza lúgubre el salterio
de la ronca voz del río,

que impasible corre y corre
como eterno fugitivo,
que con paso decisivo
va imponiendo su albedrío.

Al rayar la fresca aurora,
los gorriones afanosos
vierten trinos melodiosos
en la fúnebre morada;
y cual niños indolentes,
en los lúgubres maderos
desufian los jilgueros
a la intrusa descarnada.

Y en las tardes misteriosas,
taciturnas y silentes
van las tórtolas dolientes
a gemir su desventura,
y a buscar menudas briznas
y cabellos esparcidos
en los cráneos derruidos
de la fría sepultura...

para hacer con ellos luego
de su amor el tierno nido,
ofrendándole a Cupido
el dulzor de sus canciones...
¡Oh, la muerte con la vida
cómo se unen en un nido,
y del polvo del olvido
cómo brotan ilusiones!

La materia nunca muere;
se elabora y se renueva;
la existencia siempre es nueva;
no se extinguen nuestras huellas;
son las aves y las flores
los fragmentos esparcidos
de los seres fenecidos
que resurgen como estrellas...

¡Cuán dichosos los labriegos
que, alejados del bullicio,
no les hiere el negro vicio
destructor de las edades;

quién pudiera como aquellos
no sentir la vil perfidia
de la insana y cruel envidia
roedora de ciudades!

¡En las noches adorables
de Pierrot y Colombina,
a la luna nacarina
entonar cantos ardientes;
y pasar la frágil vida,
entre flores y fontanas,
admirando las mañanas
perfumadas y esplendentes!

Recuerdos

¡Oh, hermosos campos de placer y calma
en donde suelo pasar mis vacaciones:
es allí en donde experimenta mi alma
goces, tristezas, ternuras y emociones!

Es el recuerdo de un día venturoso
lo que quiero gravar en mi memoria;
siguiendo su reguero luminoso,
conservar sus recuerdos y su historia.

Estaba el cielo diáfano y hermoso,
en mi pecho reinaba la emoción,
y algo de grande, talvez de misterioso,
me anunciaba el latir del corazón.

¿Y qué podía ser?... ¡Oh, dicha inmensal
en dos esquelas se me fué anunciada,
esquelas expresivas, cariñosas,
¡de mi padre y amigos la llegada!

Nerviosa y anhelante me encontraba,
esperando el instante deseado;
llena de encantos y amores le abrazaba,
cuando llegó mi padre idolatrado.

¿Por qué mi dura suerte, mi destino
me tienen separada de su lado?
¡Este es el único zarzal en mi camino,
la más terrible crueldad de mi hado!

Sólo me calma saber que él también siente,
como yo, que vivamos separados;
mas si en la tierra sufro este martirio,
¡en el cielo viviremos abrazados!...

Confidencial

Hay una vida que me da sustento,
un corazón que late cual el mío:
de aquél depende todo mi albedrío,
por él se agita febril mi pensamiento.

Y de mi lira sus notas doy al viento
porque la suya también vibra entusiasta.
¡Verle feliz, tan sólo a mí me basta
para vivir henchida de contento!

Al pronunciar su nombre hallo consuelo;
y mis preces dirijo yo hasta el cielo
por este ser ¡mi padre idolatrado!

¡Sólo siento pesar, cruel agonía,
cuando recuerdo que la suerte impía
me tiene separada de su lado!

Jesús agonizante

Señor, esos tus ojos nublados por el llanto
y tu cabeza angusta transida de dolor,
ese tu cuerpo herido, contemplo con espanto...
¡qué compasión me causas, qué compasión y amor!

Inmensa es tu amargura, sin nombre tu quebranto;
mi pecho se extremece, mirándote, Señor!
¡oh, cómo yo pudiera con un eterno canto
adormecer tus penas, Divino Redentor!

Pero si nada valgo, Señor, ante tus ojos,
si soy escoria y polvo y es humo mi existir,
¿cómo podré, Dios mío, mirarte sin sonrojos?

Atónita me postro y exalto tu poder,
adoro tus congojas, bendigo tu sufrir
y ofrézcode mi alma, iuagen de tu Ser.

Marcha triunfal

Almas hermannas,
que con divina inspiración amante
desgranáis los arpegios de una lira
al son de los sentires ardorosos
del corazón humano,
cantando a veces cual feliz alondra
en la alegre mañana,
o como triste tórtola doliente
en la umbría enramada...

Almas hermanas, soñadoras almas
que suspiráis por algo muy lejano:
venid a mí
y emprenderemos juntas
celeste viaje, del ideal en pos.

Alsombraremos la azulada senda
de perfumadas y vistosas flores,
para romper la marcha alegremente
con el himno triunfal de nuestras rimas.

Escalaremos la encumbrada cima
al son de nuestros líricos cantares,
no importa que desgarré nuestra planta
la vil envidia que en el polvo rueda;
pues brotará de nuestra ardiente sangre
exuberante floración de nardos,
y surgirá de nuestra altiva huella
enjambre nuevo de ardorosas almas.

ANHELO...

Tejer quiero mis ideales
con la luz del sol naciente,
con aroma de rosales

y murmurios de una fuente:
que las hadas buenas vengan
con su telar floreciente.

¡ALEGRÍA! * * *

hada mía,
vierte la dulce cadencia
de tu risa cantarina
que remeda el grato arpegio
de una música divina;
y haz por el sortilegio de tus canciones
que jamás mi alma sepa de decepciones...

ESPERANZA, * * *

clara aurora,
ven ¡oh hada encantadora!
a alumbrar la senda mía,
con los tintes de tu flora
de esplendor de medio día:
y no permitas nunca por tu hermosura
que se oscurezca el cielo de mi ventura...

¡ILUSIÓN! * * *

ten compasión,
no marchites los ideales
del pensil de mi quimera,
y derrama en mis ensueños
tu frescor de primavera,
y, a través de tus alas de mariposa,
mire yo la existencia color de rosa...

ESPERANZA, * * *

Alegría,
Ilusión,
la savia sois fecundante
que alimenta al corazón.
¡Oh hadas divinas, vivid en mi pecho;
os doy mis arterias, haced de ellas lecho!
¡Que nunca me falte
de Amor la canción,
la dulce Alegría,
la bella Esperanza,
la tierna Ilusión!...

La cuna de Juan Montalvo

Entusiasmada rimaré mis cantos
al mirar esta tierra primorosa,
que engalanada luce sus encantos
con la altivez soberbia de una diosa...

Esmeralda del mundo, flor preciosa
que regala dulzor a los panales,
circundada de un cielo esplendoroso
y regada por eloros manantiales.

¡Ambato encantador, vergel florido
donde esparció Natura sus encantos,
al admirar tu suelo bendecido
te hago la ofrenda de mis tiernos cantos!

¡Salve, por tus siluetas peregrinas
y tus huertos de frutos tentadores;
por tu río de linfas cantarinas
y tus jugosas parras y tus flores!

¡Salve, por tus mujeres primorosas,
cuyos ojos deslumbran al viajero;
por sus labios de miel color de rosas
y su timbre de voz tan lisonjero!

Si en concurso de gracias e ilusiones
se eligieran las Venus más hermosas,
vosotras, que hechizáis los corazones,
triunfaríais de reinas y de diosas.

Y así como en belleza sois las diosas,
también en vuestro hogar sois un modelo;
como esposas y madres cariñosas,
educáis vuestros hijos con desvelo.

Llevan tus hijos en su ardiente pecho
del Tungurahua el ardoroso fuego,
y por esto se encumbran, van derecho
como el árbol gigante por el riego.

Jamás desmaya su ardoroso empeño
en la azarosa lucha cotidiana;
y es vasto el porvenir del ambateño
como un claro horizonte de mañana...

Luce el recuerdo de tus grandes hombres
en el cenit radiante de la historia,
cual luminoso faro refulgente
que pregona sus triunfos y su gloria.

Y ostentas con orgullo los laureles
del inmortal Montalvo y Juan León Mera,
ilustres hijos que renombre dieron
a la cuna feliz que los meciera.

Fermín Cevallos, Vela y los Martínez,
honra y blasón de tu preclaro suelo,
astros son luminosos que fulguran
con esplendor en tu glorioso suelo.

Y hoy entusiasta y juvenil y alegre
la pléyade de nuevos soñadores,
te corteja afanosa y te regala
hermosas rimas con matiz de flores

¿Quién como tú, Sultana encantadora,
que en un sitio de lauros adormida
te saludan las aves y la aurora
como a una hermosa tierra prometida?

Acepta los cantares de mi lira
y el ardoroso y fraternal abrazo
que te dedica con cariño inmenso
una hija del altivo Chimborazo.

Eloy Alfaro

El águila altanera del progreso
tendió la vista con inmenso anhelo,
buscando ufana en el andino suelo
a quien confluir su ardor con embeleso.

Y al esparcir la luz de su mirada
en lumbraradas de vívido fulgor,
divisó a un hombre, atleta del valor,
de noble corazón y alma elevada;

y batiendo las alas, complacida,
le infundió la energía de su ser:
dióle fuego y calor, y aquella vida
tuvo entonces del águila el poder;

y siguiendo los ímpetus de su alma,
¡libertad! exclamó con voz sonora,
y apareció de libertad la aurora,
ceñida de laurel y hermosa palma.

No le intimó la idea de la muerte,
sino que siempre con afán de gloria,
invicto luchador, sereno y fuerte,
en lides mil obtuve la victoria.

Huyó la esclavitud con su cadena,
con sus rudos azotes de tormento;
el terror ya a las almas no enajena,
hoy se eleva triunfante el pensamiento.

Altivo, el sol de sus esfuerzos brilla
en lumbré inmarcesible y luminosa;
por él cruza la selva majestuosa
la raudal y colosal locomotora,

escalando los riscos del sendero
y en los pueblos sembrando movimiento
al ruidoso estallido de su acento
que en los aires dilátase ligero...

Mas la envidia maléfica y artera,
que no puede mirar la gloria ajena
sin esparcir su baba que envenena
y emponzoñar con garra traicionera,

con felonía despiadada y fiera,
cual un tiempo lo hicieron los sayones
con Cristo Redentor, del grande atleta
el cuerpo convirtiéronle en girones,

arrojando en el pueblo ecuatoriano
el pesado baldón de aquella ofensa,
¡que lo lamenta con ternura inmensa,
quien tiene corazón y no es tirano!...

Veneremos los ínclitos despojos
que nos recuerdan con pesar al hombre
amante de la patria y cuyo nombre
lucirá para siempre en nuestros ojos;

y su gloria y reluciente historia,
que cual gigante y luminoso faro
pregonará por siempre las virtudes
del mártir inmortal ¡Eloy Alfaro!

La raza latina

¡Salve, oh madre inmortal, raza latina!
yo te saludo con mi ardiente canto,
hoy que el recuerdo de tu nombre santo
vibra en mi corazón con voz divina...

Osténtase tu estela diamantina
en el cenit triunfante de la historia,
que ensalza las hazañas y la gloria
de tu ardorosa estirpe noble y fina.

¡Salve, oh raza de ardientes luchadores,
cuna de la altivez y el patriotismo,
fuente egregia de sabios pensadores!

Si el universo se acabara un día,
como un astro inmortal en el espacio
¡la estela de tu nombre brillaría!

Mi bandera

Quisiera de mis versos formar una bandera
bordada de laureles, palmeras y blasones,
que aclame en sus girones la paz por donde quiera,
matando la ponzoña de odiosos corazones.

Quisiera que en su escudo de luz resplandeciente,
en gemas portentosas florezca la armonía,
y allí la hermosa patria, cual virgen esplendente,
contemple sus victorias con plácida alegría.

Que el cóndor altanero circunde a mi bandera
como un blasón sublime de heroica majestad;
inflame nuestro pecho su llama justiciera
y entone alborozado: ¡Progreso y libertad!

Marchemos a la sombra de este ínclito estandarte,
tegiendo una guirnalda de grata unión querida;
hagamos de la calma insólito baluarte
y huuyamos con espanto del arma fratricida.

Fenezcan los chacales que husmean carne humana;
las negras ambiciones que siembran llanto y duelo;
fenezcan los Caínes que riegan carne hermana,
y a nuestras almas torne la calma y el consuelo.

Altiva patria mía, sacude tus pesares
y yergue con orgullo tu frente entristecida;
doliente madre tierna, te ofrendo mis cantares
y enjugo con mis besos tu cruel, sangrante herida.

Es tiempo que levantes el látigo severo
y estrujes en tus manos tus hijos desleales...
¿no ves como han manchado tu trono lisonjero?
¡castiga, heroica patria, su arrojo y sus maldades!

Himno

Te ofrendamos en cántico sonoro
nuestro amor, bella patria bendecida,
prometiendo en solemne juramento
inmolar por tu gloria nuestra vida.

Inflamados de ardiente patriotismo,
como altivos, bizarros luchadores,
romperemos los dardos sanguinarios
que en tu pecho disparan los traidores.

Será escudo fulgente de nuestra alma
la lealtad, el honor, la valentía,
nuestra sangre fogosa de titanes
arderá como el sol de medio día.

La metralla letal con su rugido
y el cañón pavoroso con su acento,
cantarán el valor de tus soldados
en las ondas flamígeras del viento.

Si el clarín con belígero sonido
rebelión por los aires clumorea,
marcharemos altivos al combate
a triunfar o morir en la pelea.

Madre, hogar, ilusiones y ternezas,
dejaremos por ti, tierra adorada,
con la noble ambición de verte grande,
poderosa, triunfante y coronada.

Si en el triste y sombrío campamento
nuestra sangre florece exuberante,
que ella sea en tu frente, hermosa patria,
un rubí primoroso y rutilante.

¡Con delirio frenético anhelamos,
si nos hiere una bala traicionera,
el morir como el Héroe del Pichincha
abrazando un girón de la bandera!

A mi patria*

¡Salve, oh patria inmortal, llena de gloria!
¡Con noble orgullo y placentera calma,
un himno de victoria
cantarte yo quisiera
con todo el entusiasmo de mi alma!

Préstame Apolo tu divino acento;
ayúdame a pulsar mi débil liro;
dáme fuego y amor y sentimiento,
para ensalzar al día que me inspira.

* Composición premiada en el concurso literario del 11 de noviembre de 1925.

El arco iris me preste sus colores...
sus arrullos, las cándidas palomas;
sus trinos, los divinos ruiseñores,
el alma de la selva, sus aromas...
sus bramidos, los fieros huracanes
¡y su fuego tremendo, los volcanes!

¡Patria! eres astro de lucir intenso,
imán divino que conmueve al hombre;
en la constelación del orbe inmenso,
¿quién no se anima al pronunciar tu nombre?

¡Oh mi suelo natal, vergel hermoso
donde las hadas cantan sus querellas
a las faldas del viejo Chimborazo,
del monte rey, del monte majestuoso
que con su cima toca las estrellas!

El sol tus valles poéticos inunda
y tus montes azules y nevados;
ahuyenta las tinieblas y fecunda
los jardines, las selvas y los prados.

Los límpidos arroyos diamantinos
como serpientes de estrellas se desatan
en sus lechos de lirios y de rosas;
de la luna los rayos argentinos
en sus linfas azules se retratan;
y el cóndor de los Andes majestuoso
de alcanzar las estrellas codicioso,
se pierde en el azul del alto cielo.

¡Me embriagan los aromas de tus flores;
me deleitan los trinos de tus aves;
de tu cielo los mágicos colores
de matices tan diáfanos y suaves;
y también me entusiasma, oh patria mía,
la esbeltez de tus hijas seductoras
que derraman belleza y alegría;
hadas encantadoras,
manantial de infinita poesía!

Soy mujer, y aunque el cielo me ha negado
de la hermosura el celestial tesoro,

yo siempre la belleza he admirado,
 porque jamás la envidia que envilece
 en mi alma ni en mi pecho se guarece.

Pero más, patria mía, lo que admiro,
 lo que más me entusiasma y enardece,
 es tu gloria inmortal; por eso, aspiro
 a que mi débil voz llegue a tus plantas;
 si son tus glorias y proezas tantas,
 una mujer también quiere cantarte,
 ¡las mujeres también saben amarte!...

En alas de mi loca fantasía,
 te miro, patria mía, encadenada,
 sumida en la ignorancia tan sombría
 y al carro de los déspotas atada;
 ¡y contemplo el coraje, la bravura
 de tus valientes y esforzados hijos,
 que con los ojos en tu frente fijos,
 juraron con honor y valentía
 de esclavitud tan bárbara librarte,
 y libre y con orgullo contemplarte!...

¡Libertad, libertad cantó la lira ..
 y el León de España va rugiendo de ira!
 ¡reperente el cañón con voz vibrante!...
 ¡el Andino Coloso se estremece...
 una luz en oriente resplandece
 y vuela el cóndor al cenit triunfante!

¡Salud Riobamba, cuna bendecida;
 en este día lleno de esplendores
 yo me siento orgullosa y conmovida!...
 Con un manto de estrellas y de flores
 adornada te miran hoy mis ojos,
 y de mi patriotismo en los ardores
 ensalzarte he querido yo de hinojos...
 ¡Acepta de mi lira aquestas notas:
 las mujeres también somos patriotas!

Aura matutina*

Mis poemas eran en otro tiempo saturados de acíbar; no sé por qué mi alma tenía entonces la tristeza de los crepúsculos; era muy niña aún y apenas vislumbraba los desengaños de la vida.

Parece que mi almita en flor convirtiéndose en un capullo de romanticismo.

Hoy que la juventud rebosa en mis arterias, siéntome más alegre y feliz que en mi adolescencia; y cada vez que recorro la nostálgica escala de mis antiguas penas, involuntaria sonrío de mi ingenuidad y me pregunto a mí misma: ¿por qué sufría cuando era niña?

En ninguna parte del mundo falta entre los seres humanos una superstición a cuyo nombre fatídico se estremecen los espíritus, y, sobrecogidos de temor, evocan leyendas trágicas y lúgubres consejas que dejan en la mente una imborrable estela de espantosos augurios.

Como un manojo de violetas, dedico mis estrofas a los seres sentimentales que han tenido para mí una dulce sonrisa de simpatía.

Mis versos, como inquietas golondrinas, han roto el cristal del silencioso asilo de mi pecho, para salmodiar libremente el cancionero arrullo de mis anhelos.

Ellos, son cristalizaciones de mis lágrimas, pedazos de mi alma triturada por las injustas crueldades del destino.

Almas hermannas en ideal: para vosotras son mis poemas, porque sé que también suspiran con la ansiedad que atraviesa el caminante por el ríscoso sendero de la vida, llevando el enorme peso de sus tristezas. Esas enormes perlas transparentes, astros que surgen en la noche oscura, alumbrarán mi pálido semblante con un divino tinte de hermosura.

Fué una ilusión muy blanca la que brotó en mi pecho al escuchar tu dulce palabra melodiosa: llegó la primavera y en

*Todavía no habiendo sido publicada la siguiente prosa de la misma autora, la damos a la imprenta en nuestro afán de coleccionar cuanto lo pertenezca. Y va con este título de *Aura matutina* porque son los olivios de su adolescencia, impregnada de ingenuo misticismo, de acuerdo con su edad y educación recibida.—El Editor.

mi marchito huerto brotó el capullo fresco de una esperanza grata.

Tus ojos soñadores tenían la nostalgia de una lejana erranza; tus ojos que se hundían con frenesí en mis ojos por ver el dulce arcano de mi alma soñadora. Yo te contemplaba, hermano, con la dulzura anciosa de una Samaritana, tenía sed ardiente de tu mirada tierna y de tus labios rojos que salmodiaban versos cual surtidor sonoro; con mi sonrisa amante te ofrecí mi cántaro repleto de poesía. Versos... jamantes versos!

• • •

En una hermosa mañana de aquellas en que Febo rompiendo las puertas del oriente ostenta las doradas hebras de su cabellera, a través de un cielo diáfano como los cristales de un lago, encontréme en una vistosa pradera. La naturaleza toda parecía recobrar nueva vida en aquellos momentos; los pajarillos abandonando su guarida volaban de aquí para allá y alegres como una sonrisa lanzaban melodiosos trinos.

Extática dirigía miradas a todas partes y veía lucir nuevos encantos: multitud de galanas flores entreabrían sus pétalos cuajados de rocío. Ante tanta belleza no sabía que conjeturar; mas luego surgieron mil ideas en mi cerebro y exclamé con vehemencia: ¡cuán sabio y misericordioso es Dios! que después de haber sacado de la nada muchísimos seres, tales como animales, vegetales y minerales, dotó a los dos primeros de una vida orgánica semejante a la del hombre, sólo con la diferencia de que en éste retuvo su mirada infinita formando un ser más perfecto que los demás, compuesto de un cuerpo material y de una alma inmortal semejante a su esencia. Con preferencia a los demás seres, el hombre fué dotado también de memoria, entendimiento y voluntad, y le agregó don de la palabra, lo que especialmente viene a distinguirnos de los animales; don sublime por el cual el hombre expresa sus sentimientos y dirige alabanzas a su Creador.

Qué multitud de plantas ha creado Dios para beneficio del hombre, distribuyéndolas con maestría en dos grandes grupos primordiales, *fanerógamas* y *criptógamas*: las primeras producen flores y semillas, las segundas no dan frutos ni semillas.

Las flores son qué halagüeñas a nuestra vista; el perfume balsámico que se desprende de sus corolas nos conmueve y extasia, ese aroma que como una ofrenda para presentan los seres vegetativos a su divino Hacedor. Son, pues, las flores la parte más hermosa de una planta; en todas partes encontra-

mos estos pequeños adornos de la naturaleza: en los parques y jardines, donde aparecen más galanas, disipan la tristeza de nuestro corazón y elevan nuestra mente a regiones ideales; si vamos al campo, allí las vemos rodandas talvez por una bandada de abejas que se disputan por libar el dulce néctar de sus pétalos. Las admiramos luego mecidas blandamente por el céfiro en las orillas de una fuente; y si vamos a un desierto, encontraremos también alguna flor que se ostenta en la llanura, como una vislumbre de esperanza en un corazón triste.

Todas las flores son emblema de la hermosura y muchas tienen significativos especiales: la violeta, símbolo de la humildad, brota oculta entre sus hojas, como para impedir alabanzas y procurar que su aroma no se esparsa por el viento. Hay almas puras que como la violeta permanecen ocultas en el mundo, no gustan de fútiles lisonjas y el aroma de virtud que exhalan lo dedican única y solamente a Dios. El lirio, emblema de pureza, tiende siempre hacia arriba: a imitación suya debemos llevar con frente erguida la mirada al cielo para que nuestro espíritu permanezca puro y no se confunda jamás con el cieno inmundo de la tierra.

Las flores son confidentes del alma en sus dolores y alegrías. Si con el corazón acibarado las depositamos entre cipreses sobre una tumba, ellas revelan nuestra congoja con su aire melancólico y sagrado.

Cuando conseguimos algún triunfo, ornan con ellas nuestras sienes; y si henchidas de gratitud felicitamos en su onomástico a una persona querida, no hay cosa más dulce y satisfactoria que depositar en sus manos un ramillete de flores, reveladoras de nuestro afán.

Mas, las flores, para que crezcan lozanas, necesitan de una mano prolija quien las cultive con esmero; de otro modo, les falta alimento, multitud de malas hierbas las invaden y hacen morir. Así nuestra alma sin el rocío saludable de la gracia, se siente incapaz de desarrollar en la virtud, y presa de mil pecados, sucumbe eternamente.

Todo está triste; el aura sopla tímidamente y los árboles se creyera sumergidos en profunda meditación; la naturaleza toda parece conmoverse y acompañar en su pesar a los mortales que heridos por el recuerdo sienten palpar su corazón.

Es el día de Finados; cada cual se empeña en adornar una guirnalda de flores, y después de bañarlas con rocío de lágrimas, sintiendo dolorosas conmociones se dirigen al camposan-

to y con mano temblorosa la depositan sobre un sepulcro amado.

¿Habrán acaso en el mundo alguien cuya mente no se agite en este día enhebrando memorias de seres que ayer fueron y ahora sueñan con el frío tenebroso de la muerte?

¡Ay! ¿quién no llora la desaparición de un padre, una madre, un hermano que habiendo desempeñado su escena en el trágico proscenio de la vida, han alzado su vuelo, descargando sobre nosotros la afilada saeta del dolor?

Sólo una esperanza vemos clarear, como un faro que entre sombras disipa la tristeza del marino, y es el pensar que nosotros también algún día abandonaremos esta infausta morada e iremos a juntarnos a esos seres queridos.

En este día de letal tristeza levanto en silencio mi corazón repleto de amargura y entre amantes suspiros deposito en cada tumba mis lágrimas quemantes.

Qué días tan hermosos se pasan en el colegio, entre amigas queridas, gozando de juegos infantiles, de sonrisas puras como los lirios, que nacen de unas bocas de coral.

Cuando pienso que mi existencia fugaz va deslizándose y tengo muy pronto que abandonar ese lugar querido, testigo de las dulces horas de mi niñez, se me parte el corazón de dolor, una nube de pesar invade todo mi ser y siento que desfallece... Mi colegio querido, no tengo valor para abandonarte. Salir de tu estancia, es salir de mí misma, despojarme de mis esperanzas e ilusiones...

Que nunca llegue ese día fatal, en que con labio balbuciente me ven obligada a pronunciar un adiós tan cruel como la muerte y separarme de mis idolatradas maestras, que con tanta abnegación han dirigido mis pasos por el sendero del bien, de la ciencia y de la virtud.

¡Ah! para con ellas no tengo sino sentimientos de gratitud, tales que si me fuera posible, daría mi vida misma en recompensa de sus sacrificios.

Todo me es querido en ese hogar bendito: mis amigas a cuyo lado he recibido las frescas gotas de la instrucción; en fin, todo lo que existe allí es para mi alma objeto de amor y de veneración.

El alma de una campesina ha tomado posesión de mi espíritu: soy candorosa y buena como la inocente pastorcilla que

acaricia el suave vellón de un cordero inmaculado; amo la pradera alfombrada de trévol floreciente, y recojo manojos de trigo para adornar la gruta de la Virgen María; aprisiono radiantes mariposas en el joyero azul de mis ensueños, y son ellas la valiosa pedrería que guardo para bordar mi fantástico manto de soñadora.

Soy feliz, besando los capullos de rosa y las gemas florecientes de los lirios; nada me inquieta: el incierto fantasma del porvenir quedóse en la ciudad, acechando los dardos del destino.

Hoy tan sólo preludian mi venturanza los alegres gilgueros en su dulce trinar.

No la libertad envidio de las aves, ni el devenir errante de la brisa; en esta encantadora soledad, soy libre como ella, y mi voluntad expande sus caprichos, como las aguas del sonoro surtidor.

El verde follaje me extiende los brazos con paternal cariño; es mi dosel fragante la enramada, bajo cuya frondosidad recuéstome complacida a saborear maduras fresas, que imprimen en mis labios una pincelada de encarnada sensualidad.

Soy un vaso de exquisitas emociones; y rezando en el breviario del paisaje iluminado, vigorizo mis anhelos con el néctar confortante de risueñas ilusiones.

...Grata vida campesina, en el ánfora sedienta de mi pecho que te adora, vierte el jugo de tus frutos y la miel de tus colmenas y la esencia de tus flores; y yo, en cambio a tus obsequios, te daré los ruiseñores de mis rimas melodiosas que armonizan la pradera.

Para que Dios me ayude en esta vida y dirija mis pasos por el sendero del bien, de la virtud y de la felicidad, procuraré siempre dominar mis pasiones, y sobre todo la del respeto humano; y expondré a mis queridos padres los secretos más íntimos de mi existencia.

Pido con todo mi corazón a la Santísima Virgen me conceda la gracia de no disgustar jamás a mis idolatrados progenitores y cumplir siempre con su voluntad.

Dicen que el amor es un néctar delicioso, yo por el contrario aseguro que es el acíbar más amargo que puede existir, porque no hace sino desgarrar el corazón y robar la paz del alma.

¡Tengo miedo! la adolescencia de mi pecho empieza a despuntar; tengo miedo del mundo fermentado, de la lisonja de los

hombres; me estremezco al pensar que talvez se segará mi corazón enternecido por la flecha del amor, y entonces ¿qué hacer? No sé que suerte me espera en lo futuro; no hay cosa que más consuma que la incertidumbre.

Cesa corazón, no lates con tanta violencia, aún no es llegada la hora de la pasión, espera con paciencia y no pongas tu mira quién sabe en un ingrato que pronto se mofará de tu credulidad y tu cariño.

¡Ah, niña! procede con cordura ¿ignoras acaso lo que son los hombres? Son pérfidos y crueles, atraen hacia ellos candorosas miradas de paloma, abren una herida en el alma y después y con burla satánica se retiran buscando nuevas sonrisas, y mientras tanto ¿cómo queda ese corazón sencillo que ha empezado a amar? Queda triste y confuso, porque conoce lo que es la decepción.

Más vale el buen nombre y honor ileso de una persona que todas las riquezas de la tierra.

La lengua es una pequeña serpiente que se mueve constantemente, y si no se la vigila mucho, esa sierpe devora y echa por los suelos el buen nombre y la reputación del prójimo.

El santo rey David decía: "Pon, Señor, un candado en mi boca y purifica mis labios y palabras para que no prospere nada que sea contra la ley de Dios."

La lengua es fuego; el fuego es necesario en la vida, pero de repente produce catástrofes e incendios.

El Señor me preserve de caer jamás en los pecados de calumnia, murmuración, juicio y sospecha temerarios, porque sus consecuencias son terribles.

Hé aquí un preservativo muy eficaz para evitar estas faltas: oración, vigilancia y medida en las palabras.

Dios puso al criarnos los oídos en descubierto y la lengua encerrada entre dos prominencias, los dientes y los labios, para que comprendamos que debemos oír pero no hablar todo lo que oigamos.

Cristóbal Colón, el intrépido incubador de atrevidos proyectos, legó al mundo un Nuevo Continente, y fué el primero que imprimió un beso de amor sobre la frente de la virgen América, que, cual sultana quince-abrileña, dormía arrullada por la dulce armonía de las quenas incaicas.

Al contacto amoroso de aquel beso furtivo, la selva tuvo un estremecimiento supremo, y las quenas gimieron más do-

lientes que nunca, porque la tierna virgen despertaba encadenada.

España, la altiva soberana, habíala aprisionado en sus poderosas redes. Sería en adelante su pupila, su esclava, acataría sin réplica sus mandatos.

Impotente ante la saña del León Ibero, América doblegó la serviz, y durante tres siglos saboreó la amarga cicuta de la esclavitud.

Hasta que un día—¡oh portento!—de aquel caos tenebroso brotó la luz: la luz esplendorosa y mágica del genio de Bolívar, quien cual un ángel exterminador surgía con su espada invencible, para vengar los oprobios de aquella tierra oprimida.

Bolívar era un adolescente y en sus arterias ardía una hoguera de rebeldías. Hallábase ausente de su patria y, al añorar de ella a través de la distancia, contemplóla en crueles tormentos.

Sintió en su pecho dolorosa amargura, y henchido de santa indignación, en un arranque de sublime patriotismo juró, sobre el Monte Sacro, redimir al Nuevo Continente con el poder de su ingenio y su valor.

América no era entonces la débil niña de antaño, sino la fecunda madre de robustas secciones, capaces de sacudir el pesado yugo del coloniaje; pero permanecía inerte en sus energías, porque no tenía una voz de aliento, un eco soberano que como una clarinada removiese la indignación que arrollábase en el ánimo deprimido de sus infaustos hijos.

Simón Bolívar fué el divino apóstol que con el fuego de sus prodigiosas ideas esparció la doctrina de la libertad en el corazón de los hispano-americanos.

Su ferviente patriotismo rompió las cadenas de la esclavitud, y elevó triunfante sobre la cima más alta de los Andes la gloriosa bandera teñida con sangre de héroes y bordada con colores del iris, que simboliza nuestra triunfante libertad.

Simón Bolívar fué el alma de nuestra emancipación: su nombre brilla cual astro de primera magnitud.

¡Bendito seas héroe sin segundo!—
pregona el mar en cántico sonoro;
¡Bendito seas inmortal Bolívar!—
trinan las aves en alegre coro.

Es fiel imagen de tu inmensa gloria
el astro rey de imarcesible lumbré;
debiera ser tu pedestal triunfante
de nuestros montes la más alta cumbre,
para que América a tus pies rendida,
te brinde la ovación de sus amores,
amante en el arrullo de sus brisas
y en el fragante aroma de sus flores.

¡Necio intento es querer empañar tu invicta gloria!
¿Puede alguien por ventura trepar al firmamento
y eclipsar los fulgores del sol en medio día?
Tu soberana gloria es como el sol:
imborrable, gigante, esplendorosa...
tu gloria luminosa, que, al transcurrir el tiempo,
"crecerá cual la sombra de los montes
al declinar la tarde."

• • •

Nuestros corazones palpitan con inmensa alegría, porque impulsadas por una extraña emoción miramos la naturaleza más radiante que nunca: los pájaros ensayan una dulce orquestación de cantares; lucen las flores su más vistoso ropaje; y hasta el ambiente que respiramos parece condensado en amor y felicidad.

La causa de esta hermosa transformación es la de ser hoy el día de vuestro feliz onomástico; por esto os dedicamos un afectuoso y fraternal saludo, anhelando que la dicha esparza en vuestra existencia un reguero de estrellas. Aún esto sería deficiente para vos, querido maestro, porque merecéis un tesoro mucho más preciado, puesto que en vuestra misma palabra radia una luminosa constelación.

Habéis venido entre nosotras como un mensajero del arte, para iluminar nuestra mente con útiles enseñanzas; yacíamos en tinieblas y marchábamos a tientas por extraviada senda.

Nos has mostrado el camino del verdadero arte; del arte grandioso y bello, encarnación de Dios, que encierra indescifrables misterios. Vuestra misión, maestro, es la más noble de la tierra, por ser netamente espiritual. Sois el jardinero que cultiva incansable rosas de ensueños en las almas juveniles.

La vibración de un delicado acorde, el timbre sonoro de una garganta de cristal, el matiz de una diestra pinicelada, son pétalos que se desfloran en la gruta de nuestro espíritu, para embellecerla con un tinte de emoción.

La música es el arte por excelencia, el lenguaje divino que nos sugiere extrañas emociones. Quien interpreta a Chopin, Mozart y Beethoven, se desprende de la ruda materialidad para encumbrarse en alas de infinitos ideales.

Feliz tú que has aprisionado en el vaso de cristal de tu inteligencia los secretos de este arte sublime. Vuestro espíritu está inebriado en melodías; las notas son para vos partículas de sol, y es la pauta musical en vuestras manos un arco-iris de luz.

Imposible sería recompensar con bienes materiales vuestra prolíja labor, y no hay joya preciada que indemnice vuestra abnegación.

En este pequeño obsequio, hemos querido sintetizar nuestro cariño y gratitud; aceptadlo, querido maestro, y recibid el sincero afecto de vuestras discípulas que anhelan vuestro bienestar personal, y la prosperidad de esta academia, para que se coronen vuestros nobles ideales.

• • •

Procede siempre con cordura en todos tus actos. No vayas con los ojos cerrados por el sendero de la vida, porque puedes caer en un precipicio.

Pronto te verás obligado a resolver las cuestiones del amor que son las más delicadas, y en este caso ¿qué debes hacer? Eres una niña sin experiencia de la vida y tu alma virgen será invadida por la pasión. Premedita, pues, si aquel que te mira con aire embelesado es digno de tu amor y tu correspondencia.

¡Ah! los hombres son pérfidos y crueles, atraen hacia ellos candorosas miradas de paloma, roban el corazón, quitan la calma y después, con burla satánica, se retiran buscando nuevas sonrisas, y mientras tanto ¿cómo queda ese corazón sencillo que ha empezado a amar? Triste, confuso y herido en lo más íntimo con el dardo punzante de la decepción.

Soy cual náufrago luchando entre las olas ¿a dónde dirigiré mi navecilla? Todo es abrojos, espinas y zarzales en el revuelto océano de la vida.

¿Dónde encontraré un ser en el que pueda sin recelo depositar la fe de mi alma y el fuego que encierra mi corazón? ¡Dios mío, tú que todo lo puedes, envíame ese ángel que sea de mi existencia la grata inspiración.



Es una leyenda cristiana...

Santa Filomena era una niña hija de un ilustre monarca griego.

Sus padres la llevaron a Roma a la edad de once años. En aquel tiempo gobernaba esta ciudad el emperador Diocleciano. En cuanto supo éste la llegada del monarca y su familia a Roma, fué a visitarlos y a ofrecerles sus servicios.

Filomena era muy hermosa y dotada de muchas cualidades y virtudes; conociendo lo grandioso del cristianismo hizo voto de castidad y se entregó toda entera a su Creador.

Las visitas del emperador se hicieron frecuentes; se prendó de Filomena, y sin ver la poca edad que tenía esta nida, solicitó su mano a los padres de ésta pidiéndola por esposa.

Los padres de Filomena comunicaron a su hija el proyecto del emperador, pero ella rehusando al pedido habló a sus padres de esta manera: "Tengo ya un esposo, el mismo Dios. Cristo Señor, y no lo cambiaré jamás por ningún soberano de la tierra."

Los padres de Filomena se entristecieron al escucharla y dieron la respuesta de su hija al emperador, quien hizo venir a Filomena a su presencia y la requirió personalmente, diciéndola que el dios Júpiter había puesto sus ojos en ella para que fuese emperatriz de Roma; pero ella le contestó lo que a sus padres.

No pudiendo el emperador conseguir su intento con la dulzura, amenazó a Filomena y la mandó a encarcelar por treinta y siete días, durante los cuales iba a visitarla para ver si cedía. La santa niña permaneció con la misma firmeza desde el primero al último día, y por esto el emperador, viéndose burlado, tuvo cólera y ordenó a sus súbditos que la flagelasen.

Casi muerta la encadenaron y la pusieron de nuevo en el calabozo. Pero como Dios misericordioso no abandona jamás a la criatura que se consagra y sufre por su amor, mandó por la noche a un ángel que la curase.

El enviado celeste, derramando aceite en sus heridas, la dejó sana y buena.

El emperador que fué a verla por la mañana creyó encontrarla muerta o en un estado lastimoso, mas cuál no fué su sorpresa encontrándola risueña y llena de vida como antes. En todo el calabozo se notaba un olor exquisito de perfumes y algo de sobrehumano y de benéfico.

Fueron a verla también sus padres y arrojándose a los pies de su hija le dijeron que todos serían felices si aceptase ella la mano del emperador; y él mismo volvió a suplicarla con bondad y no consiguiendo aún por esta vez su intento, ordenó que la flagelasen de nuevo y después que la acribillaran con saetas envenenadas. Así lo hicieron, y todos los concurrentes quedaron admirados al ver que las saetas que arrojaban a la inocente niña regresaban contra los verdugos que las disparaban, y seis de ellos perecieron.

La pusieron de nuevo en el calabozo y por la noche vino a visitarla una madre compasiva, la Santísima Virgen, quien la curó esta vez y la llenó de valor para que continuase la obra que había emprendido por amor a su divino Hijo; le prometió también que enviaría para su custodia al arcángel San Gabriel.

Al otro día vió el emperador que la niña estaba ilesa, y lleno de furor ordenó que la atasen al cuello un áncora de fierro y la arrojasen al Tíber para acabar por fin con ella; mas como Filomena tenía dos ángeles a su lado, la pusieron en salvo sobre la orilla sin que le sucediera la menor cosa.

Viendo el emperador que to lo era inútil, hizo por último que se la decapitase.

De este modo acabó su existencia esta piadosa y santa niña y fué mártir de amor a Dios y de firmeza.

¡Oh! santa Filomena, te venero
y admiro tu virtud y tu firmeza.
¡Oh! santa niña, la muerte antes prefiero
en vez que mancillada la pureza.

• • •

Voy a hablaros con la confianza, sencillez y amor de un padre para con sus hijos y un pastor para con su grey, a fin de que mis palabras caigan en vuestros corazones como el rocío sobre las flores de una pradera, las cuales al impulso de las auras y de las brisas despliegan sus pétalos de oro y envían su perfume al cielo.

Voy ahora a tratar de la paciencia, que significa la ciencia del padecer: esta virtud engrandece la existencia, porque más vale un hombre paciente que un hombre fuerte: el paciente soporta y el fuerte rechaza las dificultades.

Vosotras madres de familia estáis sometidas constantemente a grandes pruebas de paciencia en el hogar. ¿No es ver-

dad que es ilimitado el cariño que les profesáis a esos pedazos de corazón, vuestros hijos? En la naturaleza encontramos muchos ejemplos de este amor. Niños, sin duda cuando fuisteis al campo, habréis observado alguna vez un nido que se oculta entre el ramaje y en él visto a unos polluelos que agitan sus diminutas alas abriendo sus piquitos. ¿Quién cuida de esos pequeños seres? ¡Ah! es la madre que sufre toda clase de privaciones por su amor: ella los cubre con sus alas y los defiende de los rayos del sol; soporta sobre su cuerpo la escarcha y el rocío, porque sabe que sus hijos están alegres y llenos de vida en su regazo. Se lanza a los aires y tiende su mirada en todas direcciones buscando el alimento necesario con que puedan mitigar el hambre y la sed.

Penetremos ahora en el hogar de una madre cristiana, de una joven madre: ésta hace poco buscaba para sí placeres y caricias, pero desde el día en que tuvo un hijo ya no trata de divertirse, puesto que cifra toda su dicha en estrechar a ese niño contra su corazón, derramando cascadas de besos sobre sus mejillas, y no se empeña sino en querer descubrir su porvenir, queriendo verlo feliz a toda costa; le da dulces títulos, llamándolo obispo, general, banquero, millonario... Dichoso el niño que aprende de su madre a soportar con paciencia las amarguras de la vida.

La infancia, edad encantadora, llena de halagos, esperanzas e ilusiones, presenta a los párvulos una senda de flores y un porvenir risueño. Piensan que la vida es una continua fiesta, un carnaval; mas les viene la juventud, edad crítica de la vida, despiertan entonces y al abrir los ojos encuentran pesados que ese campo verde que divisaron de lejos ha sido un desierto cubierto de abrojos y de espinas.

Nuestra vida se asemeja a una navecilla que lucha constantemente en la mar embravecida. Para que esa nave no se sumerja y salga triunfante a la orilla, es preciso que esté dirigida por un sabio piloto, la paciencia. En la mujer debe encontrar se realzada esta virtud: ella puede conseguir todo con la dulzura; esta es el arma fuerte de que debe valerse para vencer las dificultades de la vida. No se han escrito libros sobre esta hermosa virtud, no ha sido menester escribirlos porque en la cumbre del Calvario encontramos un libro abierto de paciencia, nuestro Señor Jesucristo.

Procuremos, pues, imitarlo a fin de subir algún día triunfantes a la región del cielo.



Sed pacientes para con todos.

San Juan Crisóstomo con toda la eficacia de su eminente palabra hablando de la paciencia, la retrató de esta manera: la paciencia es semejante a una mujer fuerte y hermosa sentada sobre un monte muy elevado, desde donde con sus ojos centellantes contempla los abismos y penetra las rocas más desiguales y escabrosas. Su frente es ancha, su boca pequeña y encarnada y su pecho erguido y palpitante.

La vida es una cadena compuesta de sufrimientos, engaños y contrariedades. Nada dura en este infausto suelo; por grande que sea la felicidad, en un momento se disipa y quedan en el alma sólo recuerdos que atormentan las memorias de lo pasado. Nunca encontraremos satisfacción completa, porque la vida es un desierto lleno de abrojos y de espinas. Para atravesar con valor esta senda asarosa de la vida, debemos llevar delante el hermosa vínculo de la paciencia.

El hombre inteligente es paciente porque sabe soportar las miserias de la vida; mientras que el tonto no soporta sino que se entrega a la tristeza y a la desesperación.

El hombre paciente se asemeja a las gotas de rocío que al deslizarse por entre las ramas de la montaña se van uniendo con estrecho lazo; siguen de esta manera su curso hasta que por último con esas gotas que han seguido acumulándose se forma un río caudaloso y murmura tor, que corre elásticamente, y por donde pasa su planta bienhechora no deja sino verdor y fecundidad.

El paciente, entre hombres vive como hombre y no pretende vivir como con ángeles. Muchos ejemplos tenemos sobre este hecho; he aquí uno que voy a referiros. Se hallaban de cazadores europeos internados en una selva espesísima de Africa; habiendo tendido la noche su tenebroso velo, divisaron a lo lejos un bulto con dos puntos brillantes, eran sus ojos. Los cazadores corrieron tras aquella figura, hicieron disparos y notaron que la presa se desmoronaba, luego notaron más allá otro bulto semejante, dispararon de nuevo y acercándose vieron que era una leona, estaba herida y arrastrándose fué hasta llegar a la cueva de sus hijos donde cayó muerta defendiendo a sus cachorritos con el último aliento de su vida.

¡Ah! cómo nos dan los animales pruebas heroicas de amor, paciencia y abnegación. A ellos debemos imitarlos. También nosotros tenemos que ejercitarnos en esta virtud, soportando

en el hogar las debilidades de nuestra familia para vivir tranquilos y felices.

Se refiere un caso de una "hermana de los pobres" que pedía limosna para los ancianos y enfermos. En su rostro se dibujaba una alma noble y un corazón compasivo; era bellísima, adornada de todos los encantos y atractivos de la juventud. Un impío acercóse a la hermana y preguntóle qué es lo que hacía, a lo cual respondió ella y dijo: "he dejado mi casa y mis padres, porque allí no tenía sufrimientos, y me he consagrado al cuidado de unos desgraciados, a fin de que mortificando mi cuerpo y mis sentidos de alguna manera en esta vida, pueda gozar algún día eternamente en el cielo." Lleno de furia el impío le preguntó: "¿cómo has dejado a tus padres por estar entre ancianos y asquerosos enfermos?" descargándole un fuerte bofetón en su mejilla.

La hermana conducida por esa paciencia propia de una alma cristiana, se dirigió hacia el infame y le replicó: "estas injurias, para mí; pero dadme os ruego una limosna para mis pobres." A estas palabras no resistió el impío y sacando cuanto tenía en su cartera lo entregó a la hermana. ¡Cuán poderosa es la paciencia y la dulzura!

Después de ejercitar la paciencia para con nuestros semejantes, debemos ejercitarla para con nosotros mismos. Cuán difícil es saber gobernarse a sí mismo porque nosotros somos a veces una cruz muy pesada.

Un sacerdote cuenta que en una ocasión se pasaban por la terraza de un hotel dos niñas muy hermosas que aspiraban las ilusiones de la vida y se complacían en escuchar a un violinista que cantaba de esta manera:

Quiero morir cuando al rayar la aurora
destrenza Apolo su hermosa cabellera;
quiero morir cuando al marchito césped
lo cubra de verdor la primavera;
quiero morir cuando la luna envíe
rayos de luz en la tranquila noche;
quiero morir cuando las bellas flores
abran ninfas su pintado broche.

Y así cantaba repetidas veces: *quiero morir, quiero morir.* Una de las dos niñas que lo escuchaba no quería morir en ningún tiempo, mas sucedió que el viento de la playa le ocasionó una fuerte pulmonía que la llevó a la cama. Sus padres la prodigaron todos los cuidados posibles, y al no cesarle la fie-

bre fueron en busca de un confesor. La niña al verlo se puso desespeada; cortándose un pedazo de su trenza la encerró en un sobre junto con una carta y la envió a su novio Rafael. Al siguiente día su cuerpo fué envuelto en rosas y azucenas y trasladado al cementerio.

Así terminó su vida Elvira, que éste era el nombre de la desgraciada niña que expiró renegando y sin conformidad.

Otro ejemplo. Se encontraban unos cazadores persiguiendo venados, cuando de repente uno de ellos se perdió en una selva donde se creía desamparado de toda criatura humana; en esto escuchó a su rededor una dulcísima voz que cantaba la Salve y el Padre nuestro, repitiendo las hermosas palabras "hágase tu voluntad en la tierra y en el cielo." El cazador se puso a escuchar de donde salía aquella voz, y andando a poco trecho encontró junto a una fuente a un desventurado lázaro. Acercóse a él y preguntóle que cómo podía cantar con tanta dulzura teniendo su cuerpo desgarrado y en tanta desgracia; entonces le contestó que él se consideraba feliz porque sabía que Dios le reservaba una eterna recompensa en pago de su paciencia, en la eternidad.

Atended a esta máxima tan sabia: el que se humilla será ensalzado.

La historia de la Iglesia Católica es la gran fuente santa del heroísmo.

San Remigio, obispo de la ciudad de Reims, previendo el hambre y calamidad de que podían adolecer sus fieles pobres, compró una gran cantidad de víveres para proveerles en sus necesidades y los depositó en una casa. En esto llegó a sus oídos la noticia de que sus adversarios habían penetrado en la ciudad y pegado fuego a los víveres. Así que escuchó, San Remigio montó a caballo y se dirigió al lugar del siniestro; cuando llegó todo estaba concluido, en un montón de escombros y cenizas. Monseñor, apeándose de su caballo, se paró a contemplar las ruinas y rodaron algunas lágrimas sobre sus mejillas, porque veía bajo aquellos escombros el hambre, la desnudez y la tristeza de sus pobres.

Llegaron después algunas personas al lugar del incendio, las cuales dijeron a san Remigio que creyeron encontrarlo desesperado. Preguntóles él con semblante sereno: "¿por qué voy a estar desesperado? Es verdad que las provisiones han desaparecido, mas nos ha quedado el calor del fuego que servirá para calentarnos en esta noche tan fría."

Conocieron entonces la gran paciencia que tenía para sobrellevar con valor las miserias de la vida.

Así debemos ser nosotros, firmes y valientes cuando estamos en desgracia, considerando que los sufrimientos padecidos con resignación son escalones de oro por los cuales subiremos triunfantes a la región del cielo.

En una ocasión vi en un museo un cuadro en el que estaba representada la imagen de un mar cuyas olas embravecidas se alzaban a manera de cascadas y montes de espuma; en ellas se veía luchando un grande buque moderno, fabricado con toda la habilidad y maestría posibles. Sus expertos marineros bregaban también por que el buque no se vuya con todos a fondo. En esto vieron en la cumbre de aquellas olas embravecidas un barquichuelo en el que iba un pescador, que era San Pedro, sin temor de naufragar.

Ved aquí una alegoría de la Iglesia Católica, semejante a ese barquillo que contempla desde la cumbre del cristianismo que van poco a poco destruyéndose las doctrinas, sectas y, todavía más, las grandes naciones en los tiempos actuales, y ella avanza victoriosa.

* * *

La paciencia, hermosa virtud activa que con razón ha sido comparada con el aceite de nuestra máquina social, está revestida con un ropaje de color del cielo tachonado de fúlgidas estrellas.

Esta virtud debe enardecerse en el fuego de la caridad cristiana. Su áncora salvadora es la esperanza: en ella debemos apoyarnos para no sucumbir jamás en los naufragios de la existencia. No sólo necesitamos esperanza para la vida, sino también para la muerte, porque ella nos mostrará, cuando estemos en los umbrales de la eternidad, allá, a lo lejos el verde césped destinado para nuestra felicidad.

La antorcha de la paciencia es la fe: ésta es el faro que debe iluminarnos cuando estemos sumergidos en el profundo piélago del dolor y de la adversidad. En esto debemos imitar a los santos cuyo secreto era la fe, para hacer cerrar la boca a los leones, extinguir el fuego y desafiar a los tiranos. La fe da virtudes imperecederas, firmes como la palabra de Dios. ¿No habéis visto la fe que tiene un niño que empieza apenas a articular algunas palabras con su boca ingénita? Quiere saber algo, lo pregunta y cree porque lo dijo su madre; mas después cree porque lo han asegurado sus maestros en la escuela o por-

que lo ha leído en su libro, y esta creencia sigue y perdura hasta la muerte.

No basta hablar sobre esta hermosa virtud, sino que es menester practicarla. Esta virtud que al ejercitarla toma el nombre de resignación, debe ir encendida en el fuego de la caridad cristiana, cuya áncora salvadora es la fe; en ella debemos apoyarnos para no sucumbir jamás en los naufragios de la vida.

Su vínculo es la esperanza, que debemos llevar siempre delante, como los santos que con su ardiente fe conseguían hacerles cerrar la boca a los leones y sufrían con resignación sus dolencias, alimentándose con la fecunda savia de la esperanza; y subían que abandonando esta miserable tierra volarían sus almas triunfantes a la región del cielo.

No sólo necesitamos esperanza para la vida, sí también al encontrarnos en los umbrales de la muerte, porque nos muestra en lejanía el verde césped reservado a labrarnos nuestra dicha.

En tiempo de la guerra de las Cruzadas enéntase que habiendo caído en poder de los moros algunos franceses, sufrían a más del hambre y desnudez los rigores de un clima muy caluroso; por consiguiente, en esos corazones hervía el deseo de volver a su patria, y un día en un buque que se dirigía a ella lograron embarcarse. Llenos de gozo por verse ya libres, sus pechos palpitaban de emoción, y más todavía cuando divisaron a la distancia, cual una vaporosa y azulada faja, el horizonte de su amada patria. Capaces eran de volar, que lento les parecía el navío. No pudiendo contener su entusiasmo se echaron a nado y llegaron triunfantes a las costas de Marsella.

Somos nosotros aquellos prisioneros; sólo la fe nos ha podido enseñar que en esta miserable tierra no tenemos mansión segura. Sólo la fe nos muestra que este no es nuestro verdadero hogar, sino sólo un instrumento que nos sucumbe en el oleaje del dolor, por medio del cual si sufrimos con paciencia subiremos cantando a esa hermosa mansión, la del cielo, libres ya de los azares terrenales.

Por la caridad sabemos que Dios nos ama con un amor tierno. ¡Ah, el amor es más fuerte que la muerte! El verdadero amor está basado en la caridad que mira al bienestar espiritual y moral.

Había un obrero que habitaba el último piso de una casa, el cual al caer enfermo hallábase solo y abandonado en su lecho de dolor. Su esposa había fallecido pocos días antes y sus siete hijos se encontraban también solos y extenuados. El in-

feliz creía terminar sus días sin una mano amiga que le socorra en su angustia y enjuge el llanto de sus desgraciados hijos; mas un día entró en su aposento un sacerdote, y al verlo casi agonizante le exhortaba a confesarse, y él, desesperado, le manifestó: "no creo en Dios porque me ha abandonado; mi esposa ha muerto, y si no la hubiesen sacado los sepultureros, su cuerpo estaría podrido en este lugar."

Al no conseguir nada el sacerdote, yéndose a un convento contó lo ocurrido a una religiosa, quien fué donde el doliente y le dijo: "ahora sí puede usted terminar su vida tranquilamente porque sus hijos tendrán en mí una madre." Con sólo esto exclamó el enfermo: "¡Dios mío, Dios mío perdonadme, ahora conozco que jamás abandonas al desgraciado, ahora conozco que hay Providencia!" Luego, se confesó y murió.

¡Cuán poderosa es la caridad! hermosa virtud que mira por el bien de los demás, como lo vais a ver en el siguiente ejemplo. Una joven muy bella, ahijada de un emperador, era escéptica y se desposó con un joven llamado Alberto, el cual era cristiano. Este hacía lo posible porque Alejandrina profesase la religión Católica; y al no conseguir esto el virtuoso joven sentía mucho pesar; postrándose un día ante el Sagrario envió a Dios esta petición: "Señor, haz que Alejandrina se salve aun cuando yo me pierda para la tierra." Dios escuchó su súplica, y Alberto cayó gravemente enfermo, y al enviar por un confesor, preguntó Alejandrina que por qué hacía eso y él le contestó: "porque soy cristiano." En aquel momento exclamó también Alejandrina: "¡Soy cristiana como tú!"

Después ella misma compuso con su manto de novia y los azabures del desposorio un altarcillo en el cuarto del enfermo, quien recibió el santo viático, y comulgó también Alejandrina por la primera vez.

Poco después murió Alberto y su yerto cadáver se encontraba en el lecho donde se aspiraban todavía las ilusiones de dos almas juveniles. Alejandrina quedó viuda, pero tenía ya en su corazón el dulce bálsamo de la paciencia que amenizaba su amargo padecer.

Para concluir, no puedo menos que desearos sino el que seáis pacientes con fe, con esperanza en el cielo y con caridad cristiana.

Apenas empezamos a pronunciar algunas palabras cuando infantes, nos preguntan nuestros padres dónde está Dios, y con la certeza de un teólogo contestamos: "Dios está en todo

lugar." No hay respuesta más acertada, porque verdaderamente estamos rodeados de Dios como el pez en el agua, el pájaro en el aire; pero muy pocas veces o casi nunca pensamos en esto, por lo que se cometen tantos pecados. Si reflexionásemos en que Dios nos ve, no esperaríamos el que no nos vigile ninguna persona para hacer una mala acción, no meditaríamos en tantos disparates que nos vienen a la mente, seríamos más modestos en el andar y vestir; y si viviéramos convencidos de que Dios nos oye, tendríamos más medida en las palabras, evitándonos de este modo muchos males, porque la lengua cuando no se la emplea bien, es una pequeña serpiente que despedaza en un momento la buena reputación del prójimo.

En la historia tenemos muchísimos ejemplos sobre este asunto. Vemos a la casta Susana que tentada por dos viejos malignos, no correspondió a sus intentos teniendo en su mente este hermoso pensamiento: "Dios me ve." Y de este modo salió libre, pregonando su inocencia a todo el mundo.

Lo mismo José, tentado por la mujer de Putifar, se llevó de esta idea y se libró del pecado; y ya sabemos cómo fué premiado después, con el cargo de gobernador de Egipto.

Leemos la vida de santa Genoveva, la cual era esposa de un rey; y como no tuviese ningún hijo, pedía de corazón al Señor le concediese uno que fuese como el lazo de unión entre ella y su esposo. En efecto, Dios escuchó su petición y pronto tuvo un hermoso niño que fué la alegría de sus padres.

A poco tiempo de esto el rey se vió precisado a dejar su casa e ir muy lejos a una guerra, y para ello recomendó su hogar y su familia a un amigo suyo. Este hombre prendado de Genoveva procuraba seducirla, y como ella resistiese siempre con energía a sus intentos, tuvo cólera y en un exceso de furor escribió una carta al esposo de Genoveva calumniándola de la manera más inicua.

El rey encendido en furor ordenó en el acto que dieran muerte a la princesa y a su hijo. Así es que la llevaron a un bosque apartado de la ciudad, y los esclavos por compasión la dejaron con vida, pero bajo juramento de no salir jamás de aquel lugar.

Genoveva y su hijo vivieron siete años en el bosque. Dios les envió una cierva, que los alimentaba con su leche. Pasado este tiempo, el esposo de Genoveva salió a caza y dió la casualidad que fué persiguiendo a la misma cierva, la cual corrió y dió en la cueva donde estaba Genoveva. Su esposo la reconoció, pidió mil perdones y lloró su culpa.



Voy a tratar de la modestia, de esta esplendorosa virtud que debe existir con más razón en una niña y especialmente en una hija de María, a ejemplo de su madre Santísima, en quien realzaba esta virtud sobre todas las demás.

La modestia está muy cerca de la humildad; y la humildad es una gran virtud, virtud que prepara al alma para todas las virtudes.

La modestia está particularmente en el exterior.

Los ojos son las puertas del espíritu, y, por lo mismo, debemos vigilar mucho en ellos. Consiste, pues, la modestia de los ojos en no mirar cosas capaces quizá de producir en nuestra alma mala impresión, por ejemplo el leer novelas peligrosas, las cuales después nos acarrean un sinnúmero de pensamientos inútiles y tal vez sueños en los cuales se reflejan imágenes y escenas peligrosas. ¿Quién tiene la culpa de todo esto que nos viene a la memoria?

La poca modestia de los ojos, la curiosidad en una palabra, que consiste en escudriñar una cosa ilícita hasta dar con el fin de ella. El Espíritu Santo, que es el sabio de los sabios, dice que de los pensamientos malos voluntariamente incitados o consentidos, no puede librarnos, pero sí de aquellos que involuntariamente nos vienen a la memoria y nosotros los desechamos.

Por la inmodestia en el mirar se cometen pecados gravísimos que nos encaminan a la perdición eterna. La filosofía sostiene que nadie es capaz de querer sin antes conocer.

Sobre este punto tenemos muchísimos ejemplos en la Sagrada Escritura; no voy a enumerarlos todos, pero sí os recordaré algunos y entre éstos el del Rey David, que dejándose arrastrar por la poca modestia de sus ojos, conoció a la esposa de Urías y cayó en el fango de enormes crímenes y pecados.

Recordaremos también la historia de José y la mujer de Putifar; si ésta hubiese tenido modestia en su mirar, no hubiera concebido en su mente la idea de seducir a José. Vemos también a dos ancianos malignos que habiendo conocido a la casta Susana se prendaron de su hermosura exterior, y ya sabemos lo que intentaban entrambos, y todo esto sucedió por la insistencia en mirar a Susana.

La modestia cristiana consiste en no fijar nuestra atención en lo que pueda ser peligroso a nuestra alma; nuestro porte exterior debe revestirse de cierta gravedad, de modo que sirvamos de edificación al prójimo, y no por nuestra inmodestia

seamos instrumentos de pecado en nosotros mismos y en los demás.

San Luis fué un verdadero modelo de modestia: le tocó el cargo de ser paje de la reina de España, y fué tanta su modestia en el mirar que cuando servía a la reina jamás alzó su vista para mirarla, tanto que si se hubiese encontrado con ella en la calle no la hubiera conocido. Llegó a tal punto su modestia que a su propia madre no se atrevía a mirarla.

Me diréis vosotros: "exageraciones; los santos han sido locos." Han sido locos, pero locos de amor a Dios.

Hemos tratado ya algo sobre la modestia de los ojos, ahora pasemos a la modestia en el vestido. Tocante a esto debo citaros las palabras de San Pablo que decía: "cada uno debe vestir según su condición, mas todos con modestia." San Pablo no prohíbe que sigamos la moda; sin embargo, también nos hace ver que el Evangelio ordena a la moda, y, por consiguiente, si la moda nos manda ponernos un vestido inmoral, debemos arreglarlo.

María Santísima, la perfección por esencia, hechura de la diestra Soberana, fué la criatura más modesta y humilde que ha habido y puede haber. Cuando niña la encontramos en el templo dedicanda al servicio de Dios, y cuando esposa, de San José; la contemplamos en su pequeño y tierno hogar contraída con toda su alma en cuidar al Niño Jesús, a San José y en cumplir sus quehaceres domésticos.

Pidamos con todo nuestro corazón la gracia de imitar la modestia de nuestra madre Santísima, y así nos veremos libres de muchos peligros en ésta y en la otra vida.

No hay ser mortal que no haya sentido en su pecho el dardo punzante del dolor, puesto que en el revuelto mar de la existencia desde el momento en que penetramos en ella experimentamos dolor. Se sufre al crecer, porque en la vida no encontramos sino desengaños, contrariedades; y más tarde, tristes recuerdos de lo pasado; de esta manera seguimos nuestra infausta jornada hasta llegar por fin a ese último y supremo dolor: el de la muerte.

Voy a presentaros el verdadero modelo del dolor, nuestro Señor Jesucristo, heroico varón de dolores y víctima de amor, quien la víspera de su dolorosa pasión, instituyendo el Santísimo Sacramento, abrió su corazón a sus discípulos para que libasen su sangre purísima y se alimentasen con su preciosa car-

ne, dándoles con tanto amor, bajo las especies sagradas del pan y del vino.

Acercábase ya el momento de inmolarse por los pecadores, y tomando consigo a Pedro, Santiago y Juan, encaminóse al huerto de Getsemaní; dejóles al pie del monte mientras se fué a orar en un lugar apartado en la soledad, en donde los retorcidos troncos de los olivos parecían retratar las contorciones dolorosas de Jesús. Las plattendas hojas de los árboles, movidas blandamente por el viento, irradiaban en torno suyo, bañadas por la tenue y melancólica luz de la luna, que parecía un inmenso farol colgado desde el cielo, contemplando la grandiosa escena que iba a realizarse en aquel lugar.

El alma que sufre busca la soledad, porque en ella evoca mejor sus recuerdos y desahoga sus sentimientos. Así Jesús, mirando el cúmulo de pecados de la humanidad entera, buscó el silencio de la noche para ofrecerse cual víctima propiciatoria.

Cuando su Eterno Padre lanzó a Adán en el paraíso, lanzó aquel grito que decía: "¿dónde estás?" Nadie había respondido durante cuatro mil años, y Jesús, cayendo de hinojos, contestó: "padre mío, aquí está la víctima." Tal angustia sintió entonces, que empezó a sudar sangre no solamente de su hermosa cabeza sino por todos los poros de su cuerpo; y aquellas gotas purísimas penetraban hasta las raíces de los olivos y enrojecían la blanca arena del monte.

Creyendo Jesús encontrar algún consuelo en sus discípulos, se levanta, va en busca de ellos y los encuentra dormidos. ¡Oh, qué angustia mortal! por doquiera no encuentra sino tinieblas, de ingratitud y olvido.

Solían los romanos degollar a las hienas para cubrir con sus pieles a los cristianos que debían ser martirizados en el circo, a fin de que los leones se lanzasen con mayor ímpetu y furia contra ellos. Así Jesús, el cordero sin mancha, se presenta al león de justicia, su padre, revestido con la piel de nuestros pecados.

En el año de 1886, en la primera erupción del Tungurahua, los gases contenidos en su seno por espacio de cien años, buscaban salida por todas partes, y, encontrándola, estallaron en torrentes de fuego, lava y otras sustancias, las cuales iban a parar en los ríos Chambo y Patate, que se extienden a las faldas del volcán como dos dispuestas arterias de recibir lo que arroje el gran monarca de los Andes. Aquellas materias desembocaron en el Pastaza, y de allí, formando tumbos y cascadas descendían por el salto de Agoyán, sublime espectáculo

digno de nuestra contemplación. De igual manera el Eterno Padre lanzó sobre Jesús su furibundo enojo. ¡Ah, cuánto sufrió esta víctima santa!

Encuétrase Jesús en el huerto de los olivos, y desde allí contempla el pasado y no encuentra sino una humanidad corrompida; en el presente no mira sino congojas, dolores y muerte; divisa el futuro y ve en él la ingratitud de los hombres que desdennan el precio de su sangre redentora y viven alejados de su saludable doctrina.

Tan hondo y acervo fué el dolor que sintió Jesús en aquellos instantes, que, alzando sus benditas manos al cielo, dijo: "padre mío, si es posible aparta de mí este cáliz." Mas, luego añadió: "hágase en mí tu voluntad." Y descargó el padre todo su enojo.

Jesús sintió miedo, y, despertando a sus discípulos, les avisó: "vienen a prenderme." Un tropel de soldados seguidos de Judas se acercaron a Jesús; Judas le estampó en su mejilla el helado beso de la traición. ¡Cuánto sufrió Jesús al verse traicionado por un discípulo suyo, el cual había comido muchas veces en su mismo plato y recibido el alimento de su cuerpo y sangre con los demás compañeros en la sagrada mesa! ¿Qué necesidad tenía de treinta reales siendo él su tesorero? ¡Vender a su señor en esa miserable cantidad de dinero, con la cual no se compraba sino una cabeza de asno en los llanos de Palestina!

Ved a Jesús, ved ese corazón despedazado de dolor.

¿Habrá por ventura en el mundo algún dolor que no haya tenido cabida en el corazón de Jesús? Puesto que es la fuente de todo sufrimiento, contémosle nuestros pesares. En el sagrario está constantemente esperando al desgraciado para consolarlo en su aflicción.

Vosotras, madres de familia que estáis sometidas a tantas pruebas de resignación en el hogar, sobrellevad con paciencia vuestros sufrimientos, mirándoos constantemente en ese espejo de dolor y de paciencia, nuestro Señor Jesucristo. Vigilad mucho a vuestros hijos; vigilad y orad.

El dolor a solas, el dolor callado es un veneno que va poco a poco lacerando el corazón y conduciéndonos a la tumba. El alma que sufre encuentra consuelo en la oración, en ese santo lenitivo por el cual comunicamos nuestros sentimientos y derramamos nuestro corazón en el del mismo Dios. Echémonos, pues, en brazos de la divina Providencia y suframos con paciencia. Quien mucho sufre en esta vida, gozará mucho en la otra, esto es en el cielo.

Tu voz *

* Séanos permitido estampar en esta sección adicional, a guisa de apéndice, un manojo de pensamientos que enaltecen y describen a la tierna poetisa Luz Elisa Borja Martínez, en el convencimiento que agradarán al lector. Pertenecen a plumas conocidas algunas veces, y otras son homenajes espontáneos de cronistas varios, ignotos y dispersos, de la prensa nacional.—EL EDITOR.

Biblioteca Nacional Eugenio Espejo

Tu voz

Tu voz tiene un dulzor de áticas mieles
y un éxtasis de mística poesía...
Tu voz huele a jazmines y claveles,
y suena a coplas de mi Andalucía.

Tu voz se ha hecho para el rezo y para
dar a las almas débiles aliento...
¡Si alguna estrella en el azul cantara,
tendría las dulzuras de tu acento!

Voz de palabras castas y tranquilas,
voz que impregna de llanto las pupilas
¡a donde nunca se asomara el llanto!...

Voz hecha de piedad y de poesía
para hablarnos en horas de quebranto,
del Cielo, de Jesús y de María.*

* * *

Son sus cantos la esencia de mis flores,
pues su aroma endulza el existir,
en su boca hay delicias y dolores
y en sus ojos irradia el porvenir.

En su cabeza anidan mil ideales
y hay en ella sentida inspiración;
ella es fuente de bienes inefables,
de luz, de amor, en eterna conjunción.

* * *

Esa mar, cuyas olas incansables
van, al primer albor de la mañana
y a la luz moribunda de la tarde,
a saludarte al pie de tu ventana;
y cuyas brisas mecen juguetonas
los undivagos rizos de tu frente,
murmurando a tu oído, misteriosas,
endechas gemebundas y dolientes...

Esa mar, cuya tromba infatigable
es el reflejo de mi joven alma,
el trasunto más fiel y palpitante
de mis anhelos y secretas ansias;

* Lo escribió Francisco Villaespesa.

y en su vaivén monótono y eterno
el remedio sin par de mis quebrantos,
que tornan crudelísimos y fieros,
en medroso tropel y sin descanso...

Esa mar, cuya linfa desgarrada
al impulso feral de la tormenta,
es la imagen terrible y más exacta
de la suerte infeliz que me rodea;
y su arena plomisa y abrasada
por el sol tropical del medio día,
en sus dunas estériles retrata
de mi doliente corazón la vida...

Esa mar procelosa... también tiene
sus horas de bonanza y mansedumbre,
cuando el cielo y el aire no desprenden
la colérica chispa de sus nubes.
Porque el astro del día con sus fulgores
impone en los espacios infinitos,
y al señorear los mares y los montes,
logra que el dios del mal esté tranquilo.

Como las ondas de esa mar, mi vida
se agita bramadora y se desata,
al faltarle el fulgor de tus pupilas,
en tempestad de quejas y de lágrimas.
Y si el ígneo destello de tus soles,
que irradian con su luz ventura intensa,
quisiera que hasta mí llegue sus dones,
jacarían de una vez mis penas!

* * *

¡Luz* es todo lo bello! luz la aurora,
ráfaga de oro tras la noche umbría,
y antorcha del sol deslumbradora
sobre la tierra destellando el día.

Luz es la luna solitaria y blanca
confidente del alma en sus dolores;
luz la brillante lágrima que arranca
del virgen corazón pena de amores.

Luz, el insomnio de la mente inquieta
cuando la casta virgen poesía
viene a besar la frente del poeta
y a verter en su alma melodía.

* Luz, el nombre de la apolonida.

Luz es el alma en que el amor enciende
por vez primera su celeste llama
de luz; las alas que soberbio tiende
un pensamiento que la gloria inflama.

Y luz es la existencia, futuro fuego,
que de la sombra de la cuna brota,
brilla un instante y desaparece luego
en los sepulcros de la noche ignota.

Y luz del porvenir es la esperanza;
luz del alma, la fe; luz de la vida,
estos sueños de amor y venturanza
tras los que corre el ánima perdida.

Y luz es la beldad, ¡oh, luz más bella!
que la vaga ilusión que me enamora;
luz, arcángel que pasas; luz estrella
en la noche del alma que-te adora.

Yo te amo, sí ¡oh, niña de mis sueños!
con el amor ideal de mis delirios;
yo soñador de arcángeles risueños
y vírgenes más puras que los lirios.

Como a ellos te amo; sí, que como ellos
eres himno, perfume, melodía;
y si no te coronan las estrellas,
de tus miradas se desprende el día.

Estrella de beldad, si Luz te llamas
es porque llevas en tu frente aurora,
porque la luz que con mirar derramas
alumbra el corazón y le enamora.

Mujer de bendición inolvidable,
realizada creación del pensamiento,
nunca a mi lado dejaré que te hable,
nunca, ilusión, te desdora mi aliento.

Como la estrella en el azul perdida
que se mira, se adora y no se alcanza,
así, mi luz, estrella de mi vida,
te idolatra de lejos mi esperanza.

* * *

Nos es un honor publicar en estas columnas—de "La Prensa,"
Guayaquil—el retrato de esta lírica femenina, quien desde hace
tiempos nos viene brindando sus poemas que son todo una melodía
que entonara Chopin o una bella serenata que cantara Pierrot.

Roma, la señora del mundo por sus conquistas belicosas, cuando decretaba el triunfo a sus cónsules y pretores que, por la gloria de las armas romanas, eran declarados dignos de la admiración del pueblo, les condecoraba con las insignias de la república, para que, presentándose ante las muchedumbres que les ensalzaban y aclamaban, exhibieran en pos de sí los trofeos de la victoria.

Pero esas glorias, envenenados frutos de hierro y sangre, sólo significaban la esclavitud de las ciudades vencidas y atadas a sus carros triunfales; y la ostentación orgullosa de la fuerza de los vencedores, a poco era reprimida por la veleidad de esas mismas muchedumbres y reducida al estrecho circuito de su primitiva explosión, porque su dominio es siempre limitado en el tiempo y el espacio.

No así en los certámenes de las letras, en esos combates pacíficos del progreso civilizador, en que los triunfos de la inteligencia se asemejan a los esplendores del sol, que hasta donde avanzan sus rayos llega la luz fundida en el calor que vivifica. De modo que, siendo inmenso el espacio que recorren, son más amplios los horizontes que se abrazan a la vida, y sus frutos son perdurables.

Por este orden, los triunfos del saber propagan la ilustración por medio del estímulo, que despierta en los pueblos la tendencia innata del espíritu hacia la verdad, y del amor instintivo del ser racional a lo bello y a lo honesto. Y a medida que las ciencias y las artes ensanchan sus círculos en ondas luminosas, preparan el imperio de la justicia sobre la fuerza, de la libertad sobre la tiranía, de la verdad sobre el error.

De aquí que, dada la libertad de acción que conquistan los pueblos para gobernarse por sí mismos, entre los beneficios que brotan espontáneos de la autonomía, sobresale el del noble empeño de la entidad política por desarrollar en su seno los conocimientos humanos. Los pueblos que dan prendas del cultivo de las letras, de su poder intelectual y moral, por el mismo hecho demuestran que han plantado dentro de sus fronteras el árbol de la civilización, porque pueblo que no cultiva su inteligencia, es pueblo bárbaro.

Vosotros ¡oh, jóvenes y niñas! que habéis saboreado la independencia de la patria, por la cual se sacrificaron vuestros mayores, tenéis la prenda de lo que importa la autonomía al progreso intelectual de las naciones, porque habéis concurrido a la fiesta de hoy con vuestro óbolo de luz literaria y el caudal de belleza, cultura y esplendor de la mujer, para solemnizarla con los atavíos y trofeos de la civilización.

Se os ha llamado al torneo de la inteligencia, y el pueblo de Riobamba, a manera del Senado Romano, ha decretado el triunfo a vuestras proezas literarias, para perpetuar la memoria de este día, en la apoteosis gloriosa de la emancipación de la patria.

¡Quién me diera en este momento poner en mis labios las dulcísimas notas de la lira del cantor de Ulises, y tomar de su frente un ramo de laurel, para hablar el lenguaje de los dioses y adornar vuestra frente, ¡oh, hija de las musas! al entregaros esta insignia, con que la ciudad de Riobamba, vuestra noble cuna, os condecora

hoy por vuestro triunfo intelectual, aprendido por vos en las perfumadas florestas de la poesía, escuchando el placido parloteo de las faentes murmuradoras y de las auras musicales de nuestras montañas.

Resplandece ella en vuestro pecho con los matices del sol naciente del níveo Altar y los reflejos argentinos del monarca de los Andes, tanto como el lustre de la espada de la emancipación, para honra y gloria de la mujer riobambeña, porque el triunfo del individuo es gloria de la colectividad.

Recordad siempre que ella será vuestro propio estímulo y el de la intelectualidad juvenil, para el engrandecimiento de la patria, porque la poesía es manantial de civilización y atraviesa los tiempos y el espacio, como los resplandores del sol.

El suscrito,* designado por la Junta del Centenario de la independencia seccional en 1920 para esta honrosa misión, agradecerá a la autora de la poesía "A mi patria," premiada por el Jurado Calificador del mérito de las composiciones en verso, que conserve este discurso como perenne recuerdo de su triunfo y estímulo constante de la gloria literaria que la espera, por la circunstancia especial de que él ha contribuido, en gran parte, a despertar en la juventud de Riobamba el amor a las letras y al arte escénico-literario, y de que, por una coincidencia, se vió en las tablas del proscenio ante una flor, lozana y bella, que si él no la ha cultivado, ha brotado de la tierra de sus afanes literarios.

* * *

Un día soleado. Es domingo. El ambiente está pesado con aquella pesadumbre propia de las tardes serraniegas y dominicales. Es medio día.

—La señorita...

—Pase usted.

Y me dirigen a un gabinetito todo arte y ensueño, todo quietud y armonía y serenidad. Un gabinete donde el espíritu, sin quererlo, se predispone a soñar. Es una salita pequeña, pero arreglada con una elegancia y coquetería admirables.

Cuadros de variados colores, dorados de sol, enrojecidos de crepúsculo, empalidecidos de luna o de aurora; biombos con cisnes impecables, garzas lánguidas, cigüeñas clibreadas y altas. Jarrones con flores, muebles elegantes, alfombras polícromas, un piano color caoba y muchas flores, muchas.

Después de un momento aparece la poetisa: sonriente, ingenua, franca y naturalmente cordial, me estrecha la mano. Hay en sus ojos un mirar tranquilo como si asomara su alma blanca y sencilla en la mirada; sus manos son dos perfectas esculturas de marfil, dignas amasadoras de bellezas.

Le hablo de su labor literaria. Yo que me he preocupado mucho de sus publicaciones, le insinúo que abandone aquellos viejos moldes clásicos, que cante libremente como el verso de hoy; que cambie de escuela, y me responde: Sí, pienso escribir en otra forma; en una forma nueva completamente.

* El distinguido educacionista doctor Julio Antonio Vela.

LA BELLA DURMIENTE...

Le insinúa me obsequie con una melodía; y en el piano, cofre de perfumes armónicos, sus manos pálidas vuelan como dos mariposas hermanas entonando una sinfonía lánguida, triste, exquisita de Lang.

Habla de música y me cuenta que al entrar a la academia ha tenido que olvidar intencionalmente todo lo que sabía para aprender concienzudamente el arte de Litz, Schubert y Beethoven.

Como he ido por conocer todo lo emotivo de su espíritu, le pido me recite algo. "El pensil marchito" es hermoso, un poema pleno de alma y de amor, de tortura y de espera...

"Soy como el cisne que en la laguna persigue un blanco rayo de luna..."

Y en verdad, pinta su esperanza, su para esperanza hecha rayo de luna...

Llega a un minuto de desilusión:

"Ya nada espero,
soy jardinero sin heredad..."

Y se torna suplicante, con las manos juntas, rezando la súplica ansiosa y balsámica:

"Señor, por las ternuras de tu bondad,
dadme un oasis donde florezca la primavera;
dadme unos labios para que absorban mi amargo llanto,
¡porque me muero!... ¡porque me muero de desencanto!"

Y prosigue con la tortura angustiosa de la ansiedad, desilusión eterna...

Luego recita "Remembranzas" y en todos los versos de estas dos composiciones saturadas de alma, armonía y ensueño, se siente en el ambiente palpar algo intangible como una bandada de palomas blancas: su espíritu sutil...

Finaliza con "Barea ignota..." Es un poema todo súplica, súplicas a El, a los suyos y a los poetas sus buenos hermanos, sus ingenuos hermanos...

Se torna una exquisita maestra del símil:

"Cuando mi corazón
palpite lentamente como un reloj cansado..."

Y siente entre sueños lo voluptuoso de la muerte:
"piedad para los míos, que en un espasmo loco
abrazarán mi yerto cadáver misterioso."

Y su ansiedad vigorosa, robusta, acaricia el afán de perpetuarse, que desde más allá de su vida, ésta continúe:

"Yo quiero que mi cuerpo se infiltre en sus raíces."

Quiere sentirse reencarnada, hecha flor, planta, nube, y que su polvo sea un germen floreciente.

"Yo quiero que mis venas se truequen en ramajes."

Y luego brota la pena, el dolor de irse:

"Mañana cuando muera, mi lira se hará una ave doliente y canciónera..."

Añade la súplica a nosotros:

"Poetas embrujados, poetas soñadores,
os pido que en mi huesa vertáis dulce canción;

os pido que indulgentes sembréis sobre mi tumba
la flor enardecida de vuestra inspiración..."

El final es un trozo de amor humano, de terror sincero y fraterno, pleno de ingenuidad como ninguno:

"Mi espíritu errabundo, en las sombrías noches,
os besará en la frente con misteriosa unción."

Luego me pasan por su salita como por una exposición. Me enseña sus primeros cuadros, sus cuadros cuando de una manera intuitiva pintaba. Me enseña unos apuntes hechos al natural en la academia y al llegar al último apunte dice: "ahora es más fácil la pintura..."

Contemplo los cuadros y me llama sorprendentemente la atención: "El Ticiano," obra firme y complicada; a seguida está: "La india," que es un fresco todo alma, y parece que el alma incaica estuviera encerrada en su marco.

Y destilan "La hilandera romana," su primer pastel de principiante, una obra de colorido y de armonía; "La floresta," en la que hay cambiantes de sol y de luna... y otros muchos.

Ella sintetiza la trilogía del arte noble, del arte blanco: poesía, música, pintura.

Me habla de su futuro libro que aún no sabe como titular, aquel libro que es como un estuche de armonía, y de él escojo estos dos acordes:

"Pensil marchito" y "Barea ignota..."

Charlando pasan las horas.

—Qué opina usted del matrimonio?...

Piensa un momento y responde:

—Creo que el matrimonio sería un obstáculo para soñar. Es tan pesado eso. Las nuevas obligaciones hogareñas me impedirían gozar como hoy, libremente. Además, si mi marido no resultase artista, si no me comprendiera, la vida sería entonces un martirio. Mejor es estar así...

Me habla de que piensa viajar.

¡Ah, viajar, viajar, conocer nuevos horizontes! Y sus ojos se exaltan ante la bella e imaginaria perspectiva...

Me despedí. Era ya de noche: hacía frío y la luna ascendía tras el monte Altar, blanco de nieves, como una gran alma de artista; y seguí caminando por las calles vacías de la ciudad de los volcanes, pensando en el espíritu multiforme y artístico de esta artista que honra a su patria y es una realidad blanca en el campo literario.

* * *

El día en que tu mueras habrá un negro tributo junto a tu fosa helada; y las rosas blancas se vestirán de luto, quedando mustias como las rosas muertas; y habrán negras primaveras; y las rosas blanquísimas serán ya negras... el día en que tu mueras.

Y mis versos, mis ensueños me recordarán de tu alma como una dulce nota.

Y con unción devota me postraré en tu fosa y lleno de misticismo desgajaré unos pétalos.

El día en que tú mueras, tu tumba será mi palacio; y si en él no quepo, entonces viviré en el espacio.

* * *

Algunos años que se ocultó para siempre del escenario de la vida la joven poetisa riobambeña que dió brillo a las letras nacionales.

Varios años hace ya que su casita está desolada y triste...

El blanco teclado de su piano ya no produce notas, ya no sienten las caricias de sus dedos marfileños.

Los cuadros, los lienzos, copiadores de su rica fantasía, tampoco reciben el toque de su pincel de rosa.

Las cuerdas de su lira han callado eternamente...

¡Ah! nunca podremos llorar bien su muerte; su fama en temprana edad rebasó los límites de su patria, y fué admirada en el exterior y figuró su nombre entre Sarah Hubner, Gabriela Mistral, Alfonsina Storni y más escritoras y literatas que mantienen en alto el pensamiento y el valor de la mujer.

Triunfó y recibió varias condecoraciones por su estro y talento en los concursos que terciara.

A más de Riobamba, su ciudad natal, en Quito y Ambato le tributaron mil veces aplausos, conquistando también en la capital algunos premios cuando participaba en los torneos.

La genial y sin par artista riobambeña cultivó la poesía, la música, la pintura, la escultura, cuyas obras merecieron importantes elogios de cuantas personas llegaban a su estudio con el ferviente deseo de conocerla.

Escribió todos sus versos con el sentimiento de su almita pura y delicada, con la tristeza del crepúsculo agonizante, con la inspiración y el dolor del que sufre las nostalgias y asperezas de la vida.

Y así, mientras cantaba al son de las cuerdas de su lira, llegó la muerte, y despiadada cortó al principio del camino el mejor capullo del nuestro jardín poético.

* * *

El tiempo va pasando desde el vuelo a cerúleas regiones de la musa del Chimborazo: la dulce y bella poetisa de alma de arriño, espíritu superior. En su corto paso por la vida sus encantos fueron la poesía, la música y la pintura, que cultivó con talento y notable inspiración.

Ella fué como un ángel que rozó con sus alas blancas el altivo alero de su ciudad natal. Nació para cantar; pulsó la lira y arrancó de su plectro de oro dulcísimas estrofas.

Su tomo de poesías, recientemente publicado,* así lo revela. Cuando su obra sea ampliamente conocida, brillará en el cielo del Parnaso Americano como una de las más eximias mujeres de nuestra patria y de nuestra raza.

*"COFRE ROMÁNTICO".

* * *

Inspirada poetisa que en su sed infinita de belleza supo plasmar en delicados versos polieromas sinfonías de emociones.

Mujer nacida para cantar; con la música de su selecto espíritu pobló los cármenes andinos de arpegios sublimes; y en su deseo de encontrar la clave de la belleza en lo desconocido, se fué un día silenciosamente a confundir su alma en la armonía del cielo.

* * *

Duerme el sueño eterno, bajo el limo cariñoso de su tierra nativa, la que fué tierna alondra del Chimborazo.

Con justicia se ha dicho que Magdalena Dávalos y ella constituyen los dos más altos valores femeninos de Riobamba. Su lira, dulce, sincera, parnasiana, de una fecundidad admirable, vibrará siempre en nuestras almas, porque sus versos, tan ingenuos y diáfanos, son fragmentos palpitantes de su vida, torturada por la incompreensión del medio y por la injusticia de sus propios conterráneos.

"Cofre romántico" es su corazón mismo hecho libro; su corazón noble y generoso, que supo ofrecerse a todos tan fraternalmente como una ánfora cordial plena de dulzura y de bondad. Por eso sus poesías llegan al fondo del alma y le saturan de una ternura infinita, de una placidez bucólica. Sus versos nos hacen ver, nos hacen sentir, y este es su mayor mérito, aparte de la corrección de la forma, austera, clásica al par que sentimental; versos escritos al conjuro del sentimiento, sin artificios; versos espontáneos, dúctiles y claros.

Su nombre, prestigia altamente a su cuna. En otra ciudad que no fuera la nuestra, ya se le habría rendido el homenaje que ella merece; pero... nosotros nos estamos demorando demasiado en pagar esa deuda de gratitud y de cultura; talvez por desidia, nada más; mientras tanto esta actitud de descuido puede desprestigiarnos si continúa por más tiempo.

Por fortuna, ya el municipio se ha preocupado de reparar este olvido de sus representados; por eso confiamos en que muy pronto se rendirá el homenaje que me ece y reclama la memoria inolvidable de esta ilustre hija de nuestro suelo.

* * *

"Era una nota melodiosa, era un perfume delicado. Bajo la diáfandad del límpido cielo riobambeño, mecida en los regazos de los nevados milenarios, cantó fluída y apasionadamente con un humanismo penetrante que tiene las aéreas musicalidades de las fuentes ancestrales..."

"Poetas embrujados,
poetas soñadores,
os pido que en mi huesa
vertáis dulce canción;
os pido que indulgentes
sembréis sobre mi tumba
la flor enardecida
de vuestra inspiración"...

Hace varios años que los bronce dolientes de los templos riobambeños, semejantes a una gran entraña lacerada que sangrara nota a nota, hicieron estremecer la mañana. Pregonaban con el clamoreo de sus voces metálicas la irremediable pérdida sufrida por la sociedad riobambeña y por la literatura nacional.

Y ahí, en la penumbra violeta de la alcoba que había presenciado su agonía de cisne, ella, la muerta, risueñamente dormida sobre un tálamo de rosas y ataviada con el *trousseau* de las novias apolíneas, nos recordaba el acierto con que supo intuirse; en sus poemas nos descubre su psiquis rara y bellamente atormentada.

En el segundo aniversario de su muerte asoma al público la edición de "Cofre romántico", de los exquisitos poemas en prosa y verso de ese excepcional temperamento enamorado del ideal, que al don natural del canto sabía unir disciplinas culturales que producían la milagrosa flor del arte, que fluye de su pluma, sencilla, ingenua y cristalina como un surtidor de agua dulce. Su arte exquisito se refina en ser sincera, llana, serena, sin hermetismos estudiados ni complicaciones de figuración, cantando con el primado del alba, cosas dulces, cosas nobles y haciendo de la plegaria y de las lágrimas el máspreciado acervo de su númen poético.

* * *

La artista fecunda y múltiple; la prematura víctima de la sociedad y del destino; la niña dulce y modesta que atravesó por este suelo cual un meteoro, dejando, eso sí, una estela luminosa de amor, cadencia y armonía.

Su "Cofre romántico" —ensueño de su juventud— debía haber salido a luz hace ya algunos años, cuando ella vivía aún; pero, desgraciadamente, el trabajo de impresión ha sido tardo, lento, aniquilador, desesperante, y su libro, al presente, va a ser póstumo, y no reposará cual mariposa sobre su regazo, acelerando las palpitaciones de su sensible corazón.

Siendo un volumen exento de mérito literario o algún tomo de versos académicos, pesados y jactanciosos, es evidente que hubiérase editado con el apoyo oficial, tal vez en los talleres tipográficos de Gobierno...

"Cofre romántico" será un precioso estuche que guardará alhajas de inestimable valor: más de trescientas páginas de endechas fáciles, lloradas y sentidas; rimas puras y cristalinas, como las cascadas y deshielos de las montañas que rodean a este valle rico y esplendoroso; prosas poéticas, llenas de vida, matizadas con el fulgor de una alma joven que vibraba a impulsos de la esperanza y de la ilusión, para luego sumirse en el abismo de la fatalidad que marca su destino. Sus estrofas vislumbran el prematuro desenlace de su existencia. Nació, cantó, murió. Y tan bello poema, tan sublime tragedia, encierra este "Cofre Romántico", arca santa de palo de sándalo.

* Es obra de Segundo Martínez D.

Hasta hoy el retrato de esta eximia poetisa no ha sido colocado en la galería de effigies de personas célebres que forma y conserva el Cabildo de Riobamba, cuando juzga que alguno de los hijos de esta tierra ha sobresalido por su talento o virtudes, legando a la posteridad una grata memoria de grandeza.

Pero, en la mayoría de los casos, mal ha juzgado o elegido el Ayuntamiento Cantonal: muchos de sus retratos nada nos recuerdan de legendario o memorable, al no ser que háyase fundado la tal colección para perpetuar la fisonomía de individuos que tienen únicamente como mérito—si mérito puede llamarse—el ser miembros del partido político liberal-radical; u otros, porque fueron empleados públicos o jefes de familia, sin que tampoco sepamos si fueron elogiosas o reprochables sus vidas privadas e íntimas.

O nos hace suponer, semejante pobreza de grandes hombres, que una ciudad tan preclara como Riobamba ha carecido de ellos.

Mas no. Nos basta y sobra con dos colosos de la humanidad: el padre Juan de Velasco, historiador de valor indiscutible, y don José Antonio Lizarzaburu, aquel por mil títulos ilustre fundador de esta bella ciudad.

A don Pedro Maldonado no es posible colocarle al lado de los dos prohombres anteriores. No se los iguala ni se acerca a la talla de ellos. Su monumento es demasiado grande para él, quien está abatido bajo su altura y su peso; pero en análogo pedestal, resaltarán bien los primeros. Para una effigie en el salón municipal, si tiene merecimientos el abolengo y distinguido porte de don Pedro, por su gentil remembranza de tiempos idos y edades muertas: caballería y romanticismo.

Es lógico que una celebridad—no mundial, sino simplemente nacional o provincial—se respalde en algunas obras de importancia. Un pintor, deja tras sí sus cuadros; un geógrafo, su geografía o sus mapas; un filántropo, sus museos, hospitales o bibliotecas, algún vestigio de desprendimiento y beneficencia; y un poeta, sus versos, siempre que sean de poeta y no de poetaastro... Un escritor, legará a la posteridad sus libros...

Un simple político ¿qué puede dejar? Talvez su retrato para el salón familiar; ¡nunca para una galería de eminencias!...

Sin embargo, allí están ellos, como grandes entre los grandes, y allí se hallan otros, quienes no fueron políticos ni nada.

Pero Luz Elisa ha sido repudiada. Ella, según los Cabildos pasados, no merece ingresar en el santuario de semejantes notabilidades, que tantas obras desconocidas nos han legado. Ella es demasiado pequeña, humilde, insignificante: sus pinturas, nada valen; y valen menos sus estrofas y párrafos. El célebre Cabildo de la época en que ella falleció, no brindó siquiera una corona de flores sobre su séfetro, talvez creyendo que con esta noble ofrenda se desprestigiaba. ¡Ah, ella, la buena, la dulce, la autora del armonioso "Cofre romántico", no era acreedora a penetrar en el recinto de tan excelsos personajes! Así lo habrán decretado los cabildantes de Riobamba, su cuna, por la cual, siempre, derramó sus lágrimas, dedicó sus rimas y exhaló los effluvios de su corazón.

¿Serán tales jueces capaces de aquilatar su obra? ¡No, mil veces no! Es, pues, preferible que la hayan repudiado, despreciándola, porque ello significa que es valiosa, sublime, ya que por serlo ha despertado la emulación, la envidia, que muerde lo grande sin conseguir romperlo, para atestiguar su solidez y, luego, para preparar el camino de abrojos por donde sube el mérito al sitio que le corresponde.

Ya llegará, impreso y nítido, el libro de la inolvidable riobambellá; ya vendrá, desde lejos, el homenaje de reparación y justicia; otras gentes, otros hombres, no serán iguales a los contemporáneos de ella: la poetisa niña, la artista genial y múltiple, gloria de la tierra de Velasco.*

* * *

Todo lo sublime se va; todo lo bueno se acaba; y por más que se lo busque y que se lo espere, no vuelve; así, suave y delicada poetisa, cruzaste de esta vida los umbrales, dejando entre un reguero de diamantes, desprendidos de tus dulces y tiernos cantares; no quisiste vivir entre nosotros porque tuviste razón y derecho; las grandes almas se ahogan en el ambiente pequeñito de este mundo; y tu alma, grande y generosa, buscó algo más grande: lo que buscan los poetas; y te fuiste en precipitado vuelo, cruzando las gasas del cielo; y duermes el eterno sueño de la muerte; tu nombre, entre flores y perfumes, late en nuestra mente; viviste en la tierra y fuiste todo encanto, dulzura y ritmo; partiste, y hoy eres toda recuerdo, pensamiento y admiración.

* * *

Entre las mujeres de la bella capital del Chimborazo ninguna se ha destacado con más profundas y evidentes dotes de espiritualidad y cultivado talento como este exponente de la feminidad ecuatoriana.

Muerta cuando la vida era para ella una canción de amor y de belleza, su paso por la senda plena de luchas y de avatares dejó sembrado su camino de rosas y de músicas, en los muy bien escritos y sentidos versos que su estro fecundo produjo. Cultivadora de la pintura y de la música, su mano ágil y maestra trazó cuadros de tonos vivos y de brillante concepción, así como en los teclados en muchas ocasiones desgarró el rosario blanco de sus interpretaciones de Schubert, Beethoven y Lange.

* * *

En un día como éste, límpido y soleado, que tenía aquella diafanidad cristalina de nuestro cielo, traspasó los umbrales de la existencia.

Su paso breve por el planeta fué como esos amaneceres tropicales, luminosos y fugaces, que preludian la llegada triunfal del astro rey. "Nació, vivió, cantó..." E hizo de su vida que semeje el ca-

* Lo produjo L. A. Borja.

pítulo es una novela romántica y pequeña, y que tuvo suaves serenidades de remanso, el mejor y mas sincero de sus poemas.

Con voz queda y cariciosa, que guarde el rumor alado de una conseja, dicha muy al oído bajo la maravilla plenilunar, se hará el cordial recuerdo de esta poetisa, de la "alondra del Chimborazo", que tan dulcemente vertió el caudal precioso de sus emociones en el anfora divina del verso.

Y en un día como hoy, día de julio, diáfano y de sol, acudió la Intrusa al llamamiento de la poetisa, que había vivido siempre invocándola en sus sentimentales estrofas; y en medio de la indiferencia de nuestro ambiente, en el que se aspira el hielo de los vecinos nevados, que parece que en ciertas ocasiones nos enfriara hasta el alma, la tierna alondra hizo su entrada a las mansiones de la eternidad.

Día de liberación definitiva para su espíritu incomprendido y selecto, y de luto para la tierra que le vio nacer y morir, que fué tan injusta con esta noble hija, con cuya memoria tiene contráida una deuda inmensa de reparación y que muy pronto, lo creemos firmemente, ha de comenzar a pagarla, pues ahora su personalidad por sobre todos los egoísmos y desconocimientos, tan propios de nuestro terruño, adquiere relieves magníficos, que hacen de ella una consagrada y la mujer riobambena que, con Magdalena Dávalos, ha dado mayor prestigio a su patria chica.

Fué un caso admirable de precocidad artística y literaria. Sus poesías, poesías de verdad, de correcto corte clásico, tienen un característico sello de hermosura eglógica y de suave romanticismo, de una musicalidad ingenua, espontánea, sin artificios. En ellas vibra estremecida de honda emoción el alma de la poetisa, que supo vivirlas, sentirlas y acariciarlas. Su labor fué fecunda, de una fecundidad que ya no está de moda, porque los libros de versos de hoy en día se llenan con una docena de éstos, a lo sumo. Ella escribió tanto y tan bien...

Penetrar a su aposento era ingresar en el santuario del arte, dar un baño de idealidad al espíritu. Allí se rendía culto a la gran Trilogía, como en un ateneo griego. Allí el piano, que en las manos liliales de la poetisa parecía tener un lírico teclado, hecho de corazones palpitantes. Allí también los lienzos en los que su pincel maestro dió colorido emocional a los motivos sencillos que ella prefería, tomándolos de la naturaleza, que es la limpia fuente de inspiración en donde escancian los verdaderos artistas los motivos campestres que ejercieron una irresistible sugestión en su temperamento, abierto como una flor a todas las inquietudes. Alma de artista, artista alma que plasmó las emociones, que tradujo los sentimientos al lenguaje de los dioses que estereotipó las corrientes del espíritu, por medio del verso, hecho corazón, del pincel hecho vida y del piano, hecho una cascada de armonías.

Y murió la autora de "Injusticia", la de muchas otras bellas composiciones que son un susurro de melodía en los labios acariciadores de los amantes y que se elevan como un dardo amoroso hacia los balcones floridos de tantas mujeres queridas en

las noches de amor y de bohemia; de esas poesías que son parte muy valiosa de nuestro patrimonio lírico, a las que se hará justicia completa cuando se escriba la genuina historia de la Literatura nacional fuera de las estrechas celdas carcelarias en que se encierran obstinadamente los fanáticos de las diversas escuelas y tendencias, y sin ese pobre sectarismo intelectual que caracteriza a nuestros consagrados, que mucho honor nos hacen si se dignan mirarnos desde sus aéreos sitials.

La muerte de la poetisa, tuvo muchos puntos de similitud con la de Eleonora Duse, la "Divina Trágica". Falleció tranquila, suave, resignadamente, como fué su vida, crucificada en el madero del egoísmo y con la corona de espinas de la incomprensión de la noble frente, bajo la cual se albergaron tan hermosos sentimientos y un cerebro superior. Su entierro fué el último ultraje que le infligió la patria chica: apenas un grupo de familiares y amigos y de colegas que supieron comprenderla, iba detrás del carruaje mortuario en un desfile que fué un paréntesis de dolor y de pesar sinceros atravesando nuestro ambiente aburguesado, en donde pocas veces se apreció los méritos de los hijos del lugar. Y ella, la poetisa niña, que cantó por igual a la idealidad sublime el amor y el dolor, la escritora cuya obra luminosa perdurará a través del tiempo y del egoísmo, tenía entonces una dulcísima sonrisa en los labios aún frescos y floridos, que parecían entreabrirse para perdonar a todos cuantos le hicieron sufrir sin ella merecerlo.

Su ciudad cuna no le hace justicia aún; pero la hará pronto. Que no se diga ya que hemos sido implacables con ella hasta después de su muerte. "Cofre Romántico" es el libro que contiene, según se cree, todas las composiciones que escribió, y que hará su consagración definitiva, colocando su nombre en el alto sitial que le corresponde, siendo un valor indiscutible.

Ese día esperamos con íntima fruición, porque será el de su triunfo póstumo. Mientras tanto, al conmemorarse el aniversario de su sueño eterno, dediquemos un momento cordial a su querida memoria. Era buena y amaba a sus semejantes, como la santa reina de Hungría; cantó al amor y al dolor con ritmo inefable, e hizo de su vida breve el más bello y sincero de sus poemas. Abandonó este mundo cuando apenas comenzaba a vivir sus ilusiones, y murió, como el Divino Maestro, perdonando a todos cuantos le hicieron sufrir, sin ella merecerlo.*

* * *

Hablar de ella es recordar la gloria y preza de la literatura chimboracense y, por ende, del Ecuador. Es el valor literario que ha dado y dará prestancia a Riobamba, la Sultana de los Andes.

El ilustre nombre de esta riobambeña ha traspasado los linderos nacionales. Hoy en el mundo literario se la recuerda con admiración, con simpatía, porque supo hacer del verso un arte vivificador.

*Lo trazó la pluma de Francisco Mancero Y.

América Hispánica le rinde su tributo, ya que no solamente es presca ecuatoriana, sino también continental: "es piedra valiosísima engastada en la lira".

Leer sus versos es trasladarse a una región nueva, vivir en los propios arcanos, aspirar el tenue perfume de lo bello, de lo sublime.

Fué una poetisa como pocas. Sus estrofas llegan a lo recóndito del alma; sus frases, bien pulidas, conmueven y apasionan. Estuvo impregnada de candoroso aroma. Nació para cantar. Su musa es prodigiosa. Sus versos son armoniosos, delicados, de musicalidad inefable: encierran todo su espíritu, que fué grande; todas sus virtudes, que fueron numerosas.

¡Es inmortal! Su nombre está incrustado en la mente. Sus recuerdos viven. Nadie puede olvidarla. Su fama, de año en año, de día a día, crece más y más. Está levantándose por sí mismo el monumento que hará perdurable su memoria, que la proclama como uno de los preciados valores de la intelectualidad femenina del Ecuador.

* * *

Poetisa de numen fecundo y artista múltiple, fallecida prematuramente en plenitud de juventud e inspiración; ha sido la mujer riobambena que con Magdalena Dávalos ha honrado más a la noble capital del Chimborazo.

Al cumplirse ciento quince años de la independencia de Riobamba, nada más a propósito que publicar sus versos patrióticos, escritos cuando la preclara autora era todavía una adolescente, pero ya una hermosa promesa para las letras ecuatorianas.

* * *

Con el título de "Cofre romántico" ha circulado un volumen de poesías y unos cuantos escritos en prosa de la que fué la distinguida poetisa.

Vamos a delinear no un juicio crítico, sino unas ligeras apreciaciones del conjunto de versos y prosa contenidos en dicho volumen.

Comenzaremos por un rasgo biográfico de la autora.

Nació en Riobamba en el año de 1904 y falleció el 10 de julio de 1927. Educada en el colegio de niñas de San Vicente de Paul, regentado con maestría por las hermanas de la Caridad, desde temprana edad demostró su afición literaria y gusto artístico, así como la bondad de su carácter y otras cualidades descollantes.

Más tarde se reveló como un talento, dedicándose por entero, con apoyo de sus padres, al estudio y cultivo de las musas, del arte musical y de la pintura; en esta última dejó trabajos meritorios, que al vivir más tiempo hubieran sido mejores, pues evidente es que con estudios y perseverancia las artes y facultades humanas se perfeccionan en cualquier orden de cosas.

El volumen predicho ha sido editado en la imprenta quiteña del antiguo y reputado profesional señor Julio Sáenz Rebolledo, con toda nitidez.

Al leer sus páginas puede notar un espíritu observador el sentimiento profundo, la notable inspiración y dulzura ancestral de

LA BELLA DURMIENTE...

quien escribió esas líneas; como el ave canora que, al nacer y crecer, canta con sencillez y entusiasmo a la madre naturaleza, ella la mira y palpa, plena de emotividad, ilusiones y esperanzas. Mas ¡ay! bien pronto se penetró de que no era esa la realidad de la vida, cubierta de cardos y de abrojos.

Compuso, pues, sus composiciones con un sentimiento, impresionismo y ternura raros, notándose en ellas la prematura comprensión del dolor y de las decepciones humanas, lo cual tal vez no experimentó en su corta existencia, pero que rozaron con sus negras alas su alma pura y soñadora. Cantó a sus ilusiones y cantó sus amores, a sus padres, a sus maestros y amigos, a la naturaleza gigantesca y espléndida de su terruño, que mora al pie del coloso Chimborazo; también a su querida patria y a sus heroicos hijos:

"Salve, oh patria inmortal, llena de gloria!
¡Con noble orgullo y placentera calma,
un himno de victoria
cantarte yo quisiera
con todo el entusiasmo de mi alma!"

"El arco iris me presta sus colores;
sus arrullos, las candidas palomas;
sus trinos, los divinos ruiseñores;
el alma de la selva, sus aromas...
sus bramidos, los fieros huracanes;
¡y su fuego tremendo, los volcanes!"

Podríamos referirnos a casi todas sus bellas composiciones, mas sólo citaremos algunas estrofas:

De "Mi ilusión":

"Nació la ilusión primera
de mi alma candorosa,
en una tarde de rosa
con frescor de primavera."

Y esta otra de "La espera":

"Como la amante Samaritana,
te espero al borde de la fontana
para brindarte del agua clara de mis amores;
ven dulce amado desconocido
por el sendero de mi destino,
te aguardo ansiosa
con frescas flores..."

Muchos de sus versos podían muy bien suscribir Rosario Sansores, Juana de Ibarborou y otras grandes intelectualidades femeninas, orgullo de la América Hispana. No resistimos a transcribir lo siguiente:

De "El Río":

"El río es una sierpe de entrañas de diamante
que ondula su corriente con incansable anhelo;
el río que se aleja cual raudo caminante,
copiando en sus cristales la bóveda del cielo.

¡Oh río! yo te amo, porque en tu azul corriente
las aves peregrinas mitigan sus ardores;
porque en tu terso espejo, inquieto y reluciente,
la luna solitaria derrama sus fulgores.

Intrépido viajero, jamás su marcha altera,
y corre, corre altivo, rimando en son eterno
fragantes madrigales de hermosa primavera,
romances de verano y endechas del invierno."

En "Motivo primaveral", nos parece estar leyendo a la Mistral:

"Abro las vidrieras y una lluvia de oro,
perfumada y tibia, baña mi aposento,
oigo de las aves el trinar canoro
y las tenues rimas que recita el viento..."

"Escepticismo", es una nota de ilusión completa:

"La negra realidad me ha visitado
con su saña de fiera enfurecida,
y mi pecho doliente y desgarrado
ya conoce las farsas de la vida."

"Poema soñado", "Spleen", son muy recomendables; "Cantares"
dedicado a la cuna de Juan Montalvo, es una égloga virgiliana, en
la que canta la belleza de las vegas primorosas de esa tierra fecun-
da desde todo punto de vista: Ambato. En "Mi bandera", termina
con esta conminación patriótica:

"Es tiempo que levantes el látigo severo
y estrujes en tus manos tus hijos desleales...
¿no ves cómo han manchado tu trono lisonjero?
¡castiga, heroica patria, su arrojo y sus maldades!"

Sus versos son románticos, melancólicos, sentidos, y en muchos
de ellos presiente su temprano fin. En "Súplica" empieza:

"Mañana... ¡Ah, mañana!
cuando mi cuerpo cansado de la vida
se rinda sobre el lecho como una flor marchita;
cuando mis labios mustios,
sedientos y convulsos se entreabran angustiosos...
entonces ¡oh Dios mío! piedad para mi espíritu,
que volará convulso como una mariposa
buscando en tus jardines la flor más olorosa!"

Hacemos hincapié en su "Poema incaico" y sus poemas en prosa, en los que, con exquisitez de estilo, con inspiración ardorosa y primaveral, derrama su fantasía, descubre sus ternezas y se demuestra sobresaliente.

Al revolver las páginas de este libro, un lector consciente y observador quedará admirado de la notable labor poética realizada en tan cortos años, reconociendo las no comunes cualidades de una alma estética. En cuanto al volumen mismo de sus versos, si mal no recordamos, fuera del eximio vate don Remigio Crespo Toral y algún otro literato o poetisa nacionales, de ninguno se ha publicado un volumen tan nutrido y abundante como el que nos ocupa. Cuando a su autora se la conozca más con la circulación de "Cofre romántico" y la divulgación de sus poesías, para solaz de muchos lectores o lectoras, entonces se reconocerá el valor de esta intelectual riobambena, honrada en el extranjero por doctas plumas.

Y a propósito: no sabemos si el Municipio de Riobamba, que se preocupa algunas veces en galardonar acciones y obritas de relativo mérito, haya parado mientes en el inspirado intelecto de la "Musa del Chimborazo", como se la ha llamado, a la cual se la ha hecho figurar en otras partes entre los mejores exponentes de la intelectualidad femenina hispanoamericana. Si no hacen caso de ella los flogadores de casco vacío; si no le rinden pleitesía las mediocridades ensimismadas, las celebridades de oropel, por lo menos los ciudadanos ilustrados y patriotas, como son los que componen la respetable corporación municipal, debieran recordar de ella, exhibiendo siquiera su retrato entre los demás distinguidos hijos, que fueron honra y proz de la cuna de Maldonado y de Velasco.*

El día 10 de julio de 1923 se cumplieron seis años del nunca bien sentido fallecimiento de la que fué ilustre poetisa y notable exponenta del arte en sus varios aspectos, que perteneció a una familia de noble abolengo, en la cual el talento es un patrimonio hereditario y una especial característica.

Muerta en edad temprana, cuando recién comenzaba a vivir sus ilusiones, dejó un vacío imposible de llenar en las letras ecuatorianas, en las que representa un valor de primera línea. Su obra póstuma, "Cofre romántico", es un cuantioso volumen en el cual se encuentra recopilada gran parte de su obra literaria, el verso diáfano, rotundo, ya clásico, ya moderno; el artículo sociológico y de actualidad, la novela corta, que comenzó a cultivar con maestría, y la crítica artística justa y ecuaníme.

Con motivo de haberse cumplido en aquella fecha un nuevo aniversario del luctuoso suceso, el I. Municipio de Riobamba, rindiendo tributo al verdadero mérito, tuvo el acierto de colocar el retrato de tan eminente hija en la galería de chimboracenses ilustres, en la sala máxima de la Casa del Pueblo, y esta es también la causa para que nosotros exornemos nuestra revista, "Guayaquil gráfico",

*Emana de la pluma de Carlos Romero Gálvez.

con el fotograbado de la genial escritora que con grande e inimitable maestría supo cultivar la literatura y que legó con sus vívidos y hermosos cuadros un patrimonio por demás valioso al arte ecuatoriano.

* * *

Han transcurrido algunos años desde el día en que ella se fué.

Su libro ha circulado; su alma, en sus versos, háse difundido; sus estrofas, cristalinas y diáfanas, han sido repasadas por muchos corazones femeniles, gemelos del suyo.

Según el tiempo va corriendo, el nombre de la poetisa adquiere relieves más precisos, y brilla, en la costelación de nuestros vates, entre los mejores y primeros.

Se refiere que una dama intelectual que visitaba Riobamba acudió a la biblioteca municipal, deseando conocer a los escritores nacionales en sus obras publicadas, que son raras y escasas.

La bibliotecaria, en caso tan apurado, considerando la deficiencia de sus colecciones, echó mano del volumen "Cofre romántico" y se lo presentó a la solícita y competente lectora.

Ella lo recibió con complacencia, lo hojeó y se entusiasmó con su contenido.

Y después de haber estudiado y admirado varias composiciones, hubo de exclamar:

—¡Pero ustedes, los riobambinos, no saben lo que poseen! ¡Este libro enorgullece a una ciudad! ¡Jamás esperaba encontrar un tesoro semejante!

Y no hay duda, lo que también la habrá sorprendido es hallar un libro de trescientas páginas en una república incipiente en materia literaria, en donde sus poetas, los más aventajados, han producido únicamente pequeños e insignificantes opúsculos, libracos en miniatura, poemas diversos, prosas fragmentarias e interrumpidas.

Sólo el doctor Remigio Crespo Toral puede ostentar una recopilación abundante y voluminosa de sus versos académicos y antiguos, de un parnaso clásico y pesado, soporífero y anaerónico.

Talvez existan gruesos infolios de bardos coronados y diplomáticos y políticos, editados en la imprenta nacional, adecuados para llenar los anaqueles de colegios, academias y bibliotecas, para que ocupen el espacio, y que no los lean jamás, ni los más aficionados a descubrimientos filológicos.

Ni siquiera esto, porque algún recuerdo tuviéramos de aquella literatura.

Un Olmedo, un Numa Pompilio Llona y un Nicolás Augusto González, si que nos legaron algo de importancia, junto con el estro jocos y fecundo de don Luis Cordero y Ricardo Borja León.

Pero al lado de estos insignes representantes de las bellas letras ecuatorianas, no desdice la personalidad de nuestra sentimental alondra, ni en la cantidad de su producción ni en su valía, sin contar con que ella expiró en temprana edad, cuando apenas comenzaba a volar en las regiones del arte y de la hermosura.

Disipados y abatidos los escollos del ambiente, ya triunfa la obra de la artista precoz, y esto nos causa íntimo placer, puesto que

desde el principio, cuando vivía aún, aplaudimos su inclinación, y, desapasionados, regamos un ápice de dulzura en la hiel que sus concupiscencias la hacían apurar, enturbando su faena de amor y armonía, de sonoridad y sentimiento.

Su victoria es nuestra, porque siempre estuvimos, según nuestro criterio, de parte de la justicia, de la virtud y de la inteligencia; desenvainamos la espada y esgrimimos la péñola; y después de la disputa, contra follones y malandrines, obtuvimos la palma y el laurel.

Su libro perdurará en los anales del terruño, mientras sucumban, en desfile maldecido, uno tras de otro, los seres apocados, egoístas y vulgares que han opuesto una valla a la expansión de su renombre.

Ya morirán, merced al destino implacable, aquellos que postergaron el ingreso de la inspirada cantora en el santuario de los "inmortales", como si ellos—insignificantes criaturas!—fuesen suficientes para aquilatar una obra extraordinaria y premiar la excelencia ajena; y en tanto que ellos desaparezcán, confundándose sus incipientes acciones en el polvo de sus cuerpos, se acrecenta la nombradía de la suave y melodiosa poetisa.

A un eminente profesor de literatura un alumno le preguntó en qué consistía ser un escritor notable, y la contestación fué la siguiente:

—Es un escritor notable quien no escribe parecido ni igual a los demás.—

Nuestra aludida intelectual no era imitadora, ya que no hubo quien la sirviera de maestra o de modelo; antes de ella, ninguna otra mujer, en nuestro suelo, produjo un folleto y menos aún un libro; y ella pudo ser la iniciadora, el ejemplo, el estímulo, y nunca la continuadora de huellas inexistentes; y sus rimas y sus versos son espontáneos y propios, brote de sus aptitudes y manera de concebir la vida.

No copió escuelas y tendencias extrañas porque era sencilla e ingenua; y los equívocos de los bardos modernistas, contemporáneos suyos, no penetraron en sus endechas, que son claras como un rayo de luna, y sentidas y floradas, cual fiel espejo y emanación de su alma, sensitiva y buena.

Por pequeño que sea su mérito literario—que lo es muy grande,—nadie puede amenguarle su fecundidad, su exuberancia, su naturalidad.

Y ser fecundo, natural y pródigo, es ser un verdadero artista.

Dicen ciertos escritores modernistas y "faturistas", que la habilidad de manejar la pluma es una función "cerebral", es decir, el resultado, casi científico y matemático, de una combinación de vocablos, con giros rumbosos y estrambóticos, que semejan encajes y arabescos, de artifices sublimes.

¡Bah! ¡Buena es para cuento! ¡Así estarán de repujadas las divinas cábalas que ellos exhiben!...

El don de producir una obra de arte, es una facultad innata, que luego se la cultiva y pule con el estudio y la constancia.

La afición encamina y conduce; lucha contra el ambiente y la pereza, que son las causas primordiales para el fracaso de las mejores aptitudes.

Pero hay una diferencia notoria entre el arte que emana del esfuerzo y de los cálculos cerebrales, y el que proviene de la inspiración y facilidad, del individuo privilegiado que nació esteta, ungido por el destino para sacerdote de lo bello.

En la tierra nativa, en donde el arte todavía no ha sido consagrado como la expresión más alta de la humanidad, nuestros intelectuales no viven con el producto de su genio, y se rinden, ensimismados y satisfechos, en el enjambre de la burocracia, en que florecen los alardes de pundonor e independencia, y se atrofian en un vegetar sedentario, y se dejan cortar las alas del pensamiento, mediante una irrisoria soldada.

De escritores noveles, talvez de panfletos y opúsculos, que prometen ser los autores de algún libro, degeneran en periodistas políticos o en mantenedores de revistas literarias, que requieren menos laboriosidad y preparación, y en donde se continúa dentro de la marcha burocrática y bajo la tutela del régimen administrativo.

Envaneceidos, habiendo contemplado sus nombres estampados, alguna vez, con tipo y tinta de imprenta, no abandonan. en el resto de sus existencias, las ínfulas de poetas y filósofos, y son los censores que demuelen, los críticos obligados y los exponentes de la cultura ciudadana.

En aquella atmósfera asfixiante, se congelan las mentes y las almas, y brotan los redentores, que llevan en sus frentes la señal del martirio.

Tal fué el aire que respiró la poetisa; y sus plantas hollaron cardos y abrojos; los zarzales se tupían a su paso; y, sin embargo, ella avanzaba, cumpliendo su cometido de alondra y de hada.

La sociedad, endurecida por prejuicios e hipocresías, le cerraba sus puertas, y ella, con sus manos de ángel, merced a sus versos, las abría de par en par, para colocarse a la vanguardia de su generación y ser, más tarde, blasón y orgullo del suelo y del cielo que la vieron nacer.

¡Así se surge; así, se escala las alturas; así, se lega un nombre y una obra a la posteridad!...*

* * *

Se cumplió un año más del sensible fallecimiento de la inspirada poetisa, a quien se le ha hecho ya justicia reconociendo su valor intelectual.

Ayer se celebraron en todos los templos de la ciudad actos litúrgicos, a pedido de sus deudos, que, en todo momento, demuestran cuán grande es el cariño para la destacada intelectual riobambena, especialmente de parte de su señora madre, que con ejemplar amor para su hija le rinde constante tributo de elevado recuerdo, consagrándole permanente atención, cual supo hacerlo en vida.

*Lo es también escrito por L. A. Borja.

Allí está el artístico y valioso mausoleo que la decisión maternal ha erigido para la poetisa, y allí están también las continuadas demostraciones de afecto para la extinta, comprobando hasta donde llega la abnegación de quien le dió el ser; actitud que, con ocasión de rememorar el aniversario de su fallecimiento, nos es grato hacer resaltar.

Conforme va transcurriendo el tiempo, antes que entrar al olvido su nombre, va siendo exaltado por sus admiradores. Ya el Municipio tiene su retrato en la galería de ciudadanos distinguidos del Chimborazo.

Esta personalidad literaria va acentuándose más, a medida que la crítica tiene como fundamentación la imparcialidad. ¡Es que casi siempre la justicia llega, pero tarde!

No solamente por tratarse de quien se destacó en el campo de las letras, sino hasta como un estímulo a la mujer que dedica sus actividades al cultivo de la inteligencia y venciendo toda clase de obstáculos consagra en sus producciones el fruto de su preparación, debe rendírsele el homenaje que se merece.

Sus familiares más cercanos, con ejemplar proceder, le han dedicado a su memoria un hermoso mausoleo; y gracias también al noble empeño que han tenido porque no se pierda la obra literaria de la inspirada lirida, están recopilados en "Cofre romántico" sus mejores trabajos, los que han obtenido el más franco aplauso y elevados comentarios fuera del país, como tenía que suceder.

Sí, fuera del país, porque es lo que acontece con casi todos los valores nacionales, que para triunfar tienen necesidad de otro medio, de ser juzgados por quienes no procedan influenciados por la pasión, el egoísmo o la mezquindad, sino tan sólo por la rectitud de criterio que encuentra el mérito en donde esté.

La recordamos siempre porque lo merece, porque al hacerlo, además de cumplir con el deber de rendir pleitesía a sus aptitudes, demostramos que no pasan inadvertidos los esfuerzos de los que se forman por sí propio y dedican su entusiasmo, que a veces les lleva a la abnegación, a hacer labor fructífera en pos de un ideal.

Su ideal fué rendir culto a las bellas artes y a la literatura, consagrándose por entero a ellas, y consiguió triunfar. Ha triunfado, indudablemente, lo dice la crítica de las mentalidades que han emitido su dictamen acerca de las composiciones de nuestra conterránea y lo sustentarán las generaciones venideras, cuando, haciéndole justicia, le rindan el homenaje a que tiene derecho.

No queremos concluir estas frases sin dedicar el aplauso que se merece la madre de la poetisa, la que, en todo momento, apoyada por los demás familiares suyos, consagra la memoria de su idolatrada hija, ofreciéndole los más cariñosos y significativos tributos póstumos.

En Alausí se fundó la biblioteca Luz Elisa Borja Martínez en homenaje a la esclarecida poetisa.

Al describir la hecatombe de Chanchán en 1931, que al volcarse un cerro sepultó a cientos de trabajadores, el parroco de Chunchi doctor Nicolás Brito dice que sólo los versos de la lirida del Chimborazo pueden pintar las lágrimas que se derraman:

"Grato es llorar cuando afligida el alma
no encuentra alivio en su dolor profundo;
son las lágrimas jugo misterioso
para calmar las penas de este mundo.

Con el profuso aceite de mis lágrimas
ablandaré el rigor del cruel destino;
lamparilla radiosa de mis ojos,
no desmayes jamás en mi camino."

Gentilísima y hermosa niña:

La suprema visión, de intensa luz, de cariño indescriptible, que tuve el lunes pasado en el templo del arte, del cual usted es su diosa, vivirá en mi memoria mi vida.

Lo que deploro amargamente es que ese delicioso sueño haya sido tan breve. La prosa de la vida, siempre, lo quiero así.

Cuando iba a pedirle algo suyo, ayer fui gratamente sorprendido con su carta y sus deliciosas y tan sentidas poesías, una y otras la revelación del genio de la encantadora Musa, orgullo de nuestro padre Chimborazo.

Gracias y muy rendidas, niña mía: esos recuerdos suyos, para mí, son un tesoro, y, como tal, los guardaré como se merecen.

Una súplica. El más afectuoso abrazo a su papá, tanto porque a él debo la felicidad de conocerle a usted, cuanto porque nos liga la amistad más cordial y sincera que dura ya casi medio siglo.

A los pies de usted, gentilísima y hermosa niña, le besa la mano el viejo que ahora tiene el orgullo de llamarse amigo de la Musa del Chimborazo.*

ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE RIOBAMBA—ECUADOR

Aprobada por la Muy Ilustre Municipalidad
con la concesión de Becas.
(20 de Junio de 1925).

Director—Fundador: Maestro Pedro P. Traversari.

Certificado concedido a la señorita Luz E. Borja Martínez por haber rendido el Examen de Piano como alumna pensionista de la clase del Profesor Pedro P. Traversari, en el que ha sido aprobada por la Comisión examinadora con la calificación de *Alta Distinción*.

Dado en Riobamba, a 10 de noviembre de 1925. El Director, Pedro P. Traversari.

*Tan cortés misiva la pergeñó en 1924 el ilustre ambateño Augusto N. Martínez.

* * *

ACADEMIA DE BELLAS ARTES
DE RIOBAMBA—ECUADOR
Aprobada por la Muy Ilustre Municipalidad
con la concesión de Becas
(20 de Junio de 1925).

Director—Fundador: Maestro Pedro P. Traversari.

Certificado concedido a la señorita Luz Elisa Borja Martínez por haber rendido el Examen de Teoría de la Música como alumna pensionista de la clase del Profesor Pedro P. Traversari, en el que ha sido aprobada por la Comisión examinadora con la calificación de *óptima*.

Dado en Riobamba, a 10 de noviembre de 1925. El Director, Pedro P. Traversari.

FIN

INDICE

	Pág.
Palabras liminares	III

LA BELLA DURMIENTE...

El dolor de la vida.....	3
Recuerda, amiga.....	4
Embeleso.....	4
Leonor.....	5
Más allá.....	5
Crepúsculo.....	6
La gran culpa.....	7
Toques de la gracia.....	9
¡Oh, estrellal.....	11
Plegaria.....	12
Seré como las aves... ..	13
¿Quién sabe!.....	13
Unos ojos.....	14
El campo.....	14
Mi gato negro.....	15
Suspiros.....	16
El anciano.....	17
Mayo.....	17
Tú, el bueno.....	18
Quimeras.....	18
Infortunio.....	19
Las golondrinas.....	20
El imán de la danza.....	20
Soledad.....	21
De hinojos.....	22
Tá, el humano.....	24
Dulce es llorar.....	25
A través de la distancia.....	25
Un cuarto viejo.....	26
Julietta.....	27
María Elena.....	28
Tres amigas.....	28

	Pág.
Anita	29
La mariposa y la flor	29
Fantasia.....	30
Filial	31
Desencanto	31
Amor, destino y mujer	32
Mírame	34
Anhelos	34
Revístase de gozo.	35
Válvula.....	36
Edad de rosa	36
Cual el capullo.....	37
Momento indefinido.....	37
No me abandones	38
Como la muerte	38
Sembradora.....	39
Jamás.....	40
Entonces.....	40
Por doquier	40
Nací entre flores.....	41
Virgen del amor.....	41
Pasa el tiempo.	42
Vuelva la luz.....	42
La vida.....	43
Separarse es unirse.....	43
Igual al sol.....	44
Congoja	44
Sublime armonía.....	45
Supremo recurso	45
La dicha fugaz	46
Embajadora de Cicalpa.....	47
Reina de Pungalá	47
Invocación.....	48
Una espina.....	48
Misiva.....	50
Una flor	51
Una mañana.....	52
Inés.....	54
Lucía	55
El terruño.....	55
En pos de una tregua	57
Alma mater.....	58

INDICE

Pág.

Página triste	58
Pesadumbre.....	59
Día de gloria	60
Otra vez	61
Juntando nuestros labios	61
Angustia	62
A todo instante.....	62
Flores secas	62
Flores de ideas	63
Vicisitudes	64
Pasó para siempre.....	64
Hay una barrera	64
Arrullo	66
Visiones	68
¡Oh, sorpresa!	68
Siempre conmigo.....	68
Adiós	70
Ofrenda	71
¿Recuerdas?	72
Imposible olvidar	73
Al declinar la tarde	74
Ave pasajera	74
Quiero llorar.....	76
Lamento	77
Algo insondable.....	78
Sufrimiento.....	78
Duerme	79

DIADEMA FULGENTE

Súplica.....	83
Injusticia	84
A la Intrusa.....	86
Zarzales de la vida	87
En una noche.....	89
Ojos dolientes	89
Cenizas	90
Ausencia.....	91
Cantares del alma.....	92
Deseo	93
Burbujitas	94
Espejismos	95

INDICE

	Pág.
Atardecer.....	96
Pensil marchito.....	97
Poema soñado.....	98
Paisaje quimérico.....	99
Ensueño y realidad.....	101
La sombra.....	102
Enigmas del alma.....	103
No vuelvas a mirarme... ..	103
Bohemio.....	104
"Spleen".....	105
El epitalamio de las flores.....	106
El marino.....	108
Invernal.....	109
El río.....	111
Vida campestre.....	112
Viajero.....	112
No sufras... ..	113
No despiertes mi ilusión.....	114
Pasionaria.....	114
La espera.....	115
Escepticismo.....	116
La poetisa suicida... ..	117
Madre.....	122
Padre.....	123
Ingenuidad.....	124
Para un hijo ausente.....	125
Madrigal.....	127
Campesina.....	128
El poema de la aldea.....	129
Recuerdos.....	134
Confidencial.....	135
Jesús agonizante.....	135
Marcha triunfal.....	136
La cuna de Juan Montalvo.....	138
Eloy Alfaro.....	139
La raza latina.....	141
Mi bandera.....	141
Himno.....	142
A mi patria.....	143
AURA MATUTINA (prosa).....	147
Tu voz (apéndice).....	173

*Se acabó de editar
este libro en el
año de 1936,
en los talleres
Artes Gráficas Scnefelder,
de Guayaquil.*



E0040295